Salvador Cayetano Carpio

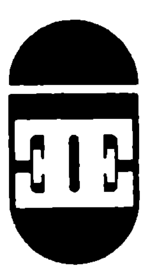
secuestro y capucha



SALVADOR CAYETANO CARPIO

SECUESTRO Y CAPUCHA

EN UN PAIS DEL "MUNDO LIBRE"



P R O L O G O

Este es un relato de experiencias vividas en las cárceles del despotismo militar, durante el gobierno del coronel Oscar Osorio. Los nombres de personas y de los lugares en que ocurrieron los hechos se presentan sin modificaciones, para conservar íntegramente la autenticidad del relato. Sería éste un simple recuerdo de cosas pasadas, que tal vez no valdría la pena referir, si no mediara el hecho de que los mismos métodos aquí descritos son constantemente utilizados por los gobiernos militares iniciados en mi patria el 2 de diciembre de 1931 y continuados hasta el momento.

El valor que podrán tener estas letras es mostrar con realismo tales procedimientos antidemocráticos, a fin de estimular la lucha de los sectores progresistas por su total abolición y por la puesta en práctica de los derechos democráticos y humanos.

De estas experiencias individuales y colectivas me parece que es posible extraer conclusiones generales, algunas de las cuales expongo a continuación:

1. Los derechos humanos y las garantías

constitucionales son letra muerta para los sectores militares reaccionarios que han gobernado el país desde 1931.

2 *El secuestro de los detenidos políticos se ha convertido en una norma.*

3. *Las torturas físicas y morales son el procedimiento preferido por el régimen militar, como método de investigación y castigo. Se aplican sistemáticamente contra los delincuentes comunes y se descargan con especial ensañamiento en los presos políticos.*

4. *Los métodos carcelarios son ferozmente inhumanos. Las prisiones constituyen inenarrables centros de crueldad y sufrimientos físicos y morales. La regeneración de los delincuentes comunes es imposible en tales condiciones y las cárceles se convierten en escuelas de criminalidad.*

5. *Las reformas carcelarias que esporádicamente proclaman los jefes de prisiones son, más que todo, maniobras de distracción para aplacar la intranquilidad pública por esos métodos. Pocos días después de "iniciadas" se dejan en el olvido.*

6. *Los más despiadados métodos de terror y persecución policial contra los sectores populares, y la experiencia más refinada en materia de torturas, son generalizadas en América Latina por los técnicos policiales norteamericanos (F.B.I., C.I.A., INTERPOL, etc.), como parte de su penetración en el país y de su política de*

neo-colonización. Es indudable que a medida en que los pueblos intensifiquen sus esfuerzos por su independencia y soberanía nacionales, los gobiernos reaccionarios y sus asesores norteamericanos, tratarán de contrarrestar esos esfuerzos con los medios más crueles, sin que por ello puedan impedir los triunfos populares.

7. *Las acciones de solidaridad de nuestro pueblo, así como de otros pueblos del mundo, por los presos políticos, han mostrado en esta ocasión, como en otras, ser el medio decisivo para arrancar a los luchadores democráticos de las garras de los verdugos y carceleros.*

Estas son algunas consideraciones derivadas de estas experiencias.

Que estas páginas contribuyan a la lucha por la democratización definitiva del país, son los deseos del autor.

San Salvador, El Salvador, C. A., 1954.

I PARTE

TORTURAS

CAPTURA

Allí, sentado al fondo de la bartolina No. 7, con las ropas ensangrentadas, la boca reseca y el cuerpo debilitado por la sangre perdida a causa de un golpe en la cabeza, taladró mis oídos el agudo sirenazo de un cercano taller de mecánica que llamaba a los obreros al trabajo. Me imaginé a los trabajadores entrando al taller, cada uno con sus penas, sus pequeñas alegrías y una sola y gran esperanza, un solo y gran deseo que nos une a todos los obreros en un solo corazón inmenso, fuerte, invencible: nuestro deseo de que termine la injusticia, nuestro anhelo de construir un mundo de paz, libertad y felicidad para todos los hombres.

Y comenzaron a pasar por mi mente todas las escenas ocurridas esa mañana. . .

¿Cómo me encontraba allí?

Todo comenzó súbitamente, a las cinco de la mañana en nuestra habitación. Nos despertaron unos golpes secos en la puerta.

—"¿Quién es?", pregunta la anciana madre de mi compañera.

—"Abran", se oye una voz al otro lado.

Renegando entre dientes se levanta la anciana, casi ciega, y abre.

De un empellón es arrojada al suelo y entran violentamente en la habitación varios policías armados con pistolas. Son cuatro uniformados y dos vestidos de civil. Comienzan a registrar como sabuesos metiendo la nariz en gavetas y cajones. Los niños, espantados, miran con los ojos bien abiertos. Nosotros hemos saltado de la cama. Mi compañera, terminando de vestirse, protesta por el atropello causado a su viejecita, por el allanamiento ilegal de morada y por el irrespeto que todo esto significa para los derechos ciudadanos. Con tono irritado contesta el jefe de la comisión:

—"A nosotros no tiene que decirnos nada. Cumplimos órdenes superiores y vamos a llevarlos a la Policía".

Luego, envía a un agente a traer el carro radio-patrulla que han dejado estacionado en la cercana sección de Policía.

Al oir esto, decido huir. Se lo comunico en voz baja a mi compañera pues, ¿qué derecho tienen para capturarnos? ¿Con qué orden judicial proceden? ¿No pierden, acaso, su autoridad al proceder tan arbitrariamente?

Llamo al menor de los niños:

—"Toñito, alcanza agua para lavarme".

Sé que es muy difícil huir: tres agentes uniformados están dentro de la habitación; un judicial junto a la puerta, otro uniformado de pie frente a la misma. Pero es preciso arriesgarse. Me acerco a la puerta con la palangana de agua entre las manos. Todos los ojos están fijos en mí. Todos están alertas, prestos a arrojarse encima al menor movimiento. Necesito que se distraigan. Inclino la cabeza en ademán de tomar agua. Ha disminuido la tensión hipnótica en los ojos vigilantes. ¡Ahora! Lanzo la palangana con agua al cuerpo del agente que está frente a la puerta y aprovechando el instante de confusión salto junto a él, corro por el patio del mesón y no tardo en ganar la calle.

Corro, corro con todas mis fuerzas. Detrás oigo el resonar de las pesadas botas de los policías que van en mi persecución. Un disparo, dos, tres, más disparos. . . Cruzo la esquina, comienzo a ganar terreno; cruzo otra esquina. Un zapato se me ha zafado. Antes de cruzar otra calle veo que los agentes vienen muy atrás, como a cien metros de distancia.

Un camión de cervecería va cruzando la calle muy despacio. En una fracción de segundo, pienso: "El que va manejando ese camión es un obrero, tal vez sea un obrero consciente. Si le digo por qué me persiguen quizás me ayude". Salto al estribo y le digo:

—"Compañero, deme un jalón".

—"Entréguese", me dice.

—"Me persiguen por la cuestión de los

sindicatos. A Tula, la dirigente de "su" sindicato la acaban de capturar. Ayúdeme".

Oigo que los agentes se acercan rápidamente. Veo a la cara al compañero. Miro a sus ojos que está tomando una resolución. Ha parado el camión, mira a los policías que se aproximan, ve las bocas de las pistolas; quizás piensa en sus hijos, en su mujercita, en su hogar. ¿Qué derecho tiene para ponerlos en peligro? Me agarra repentinamente de la mano con que me apoyo en la cabina:

—"Entréguese", me dice.

Doy un fuerte tirón, salto del camión, cuando ya casi me alcanzan los perseguidores. Ya estoy corriendo otra vez, los voy dejando atrás, se ven cansados. No, no resultó ser obrero consciente el compañero: no quiso ayudar a un obrero perseguido y me hizo perder mucha ventaja.

Varias manos se alargan a mi paso, quieren detenerme. ¡Qué dolor! Son manos de gente del pueblo, manos ennoblecidas por el trabajo. Al verme correr desalado, calzado de un pie y con un lodoso calcetín colgando del otro, sin duda me toman por delincuente y desean ayudar a la "autoridad". Quisiera gritar, abrir los brazos y decirles: "Soy de los vuestros, compañeros, no os confundáis"; pero no es momento oportuno, ya habrá tiempo suficiente para hacer conciencia, para gritar la verdad. Por de pronto, lo esencial es llegar al río. Esta calle, como a 150 metros adelante, desemboca en él. Ya las piernas

quieren acalambrarse, la respiración cada vez es más entrecortada. Corro y corro.

En la próxima esquina me corta el paso un radio-patrulla. Ahora recuerdo que enviaron un agente a traerlo. Su carga de policías blandiendo batones y pistolas cae sobre mí. No presento resistencia. ¿Para qué? Sería inútil. Agacho la cabeza bajo los golpes, suena la espalda como un tambor apagado.

Llegan los otros, los perseguidores, jadeantes, sudorosos y entran a la orgía de golpes. Brota la sangre, a borbotones se desliza desde la cabeza, tibia, espesa, cae sobre el pecho, la espalda; inunda la frente, gotea sobre los ojos. Ya me ataron los dedos con cordeles, hacia atrás. Miro a la muchedumbre que se ha formado a nuestro alrededor. Hay indignación en los ojos de las gentes del pueblo. Y hablo increpando a los policías:

—"¿Esta es la democracia? ¿Esta es la libertad que están dando al pueblo? ¿Así tratan ustedes a los obreros? "

Sí, ya las gentes han comenzado a comprender que no soy un delincuente; hay chispa de rabia contenida en sus pupilas. Los agentes se sienten incómodos:

—"Silencio", gritan.

Y a empellones me introducen al vehículo. Histéricamente, un agente de investigaciones, obeso, me da golpes cortos en el rostro, en el pecho, en las piernas:

—"¿Por qué te corriste, maldito? Corrías más que un venado".

Y desahoga con golpes su furia. El miedo de que hubiera podido escapar le hace estremecer.

Al llegar al mesón suben a mi compañera al vehículo. Me ve y poniéndose intensamente pálida, exclama:

—"Te han baleado, te han baleado".

—"Es sólo un golpe", le digo. Y se tranquiliza.

Raudo cruza las calles el vehículo. Cuánta gente. Nadie parece conocernos.

Hemos llegado al edificio de la Policía, ¡Qué frías e inclementes nos parecen sus sólidas paredes de cemento! Vamos subiendo los escalerones. Hemos llegado al segundo piso. Nos conducen a las oficinas de la Policía de Investigaciones. Apuntan nuestros nombres en un libro. Me registran los bolsillos y nos llevan a las bartolinas. Mientras abren la número 1, beso la frente de mi compañera y susurro al oído:

—"Cumple con tu deber".

—"Sí", es su respuesta.

Nuestras manos se aprietan hasta hacerse daño en un mudo mensaje de solidaridad y cariño. ¡Su deber! ¿Cuál es el deber de todo obrero en estas condiciones? Ser fiel a los intereses del pueblo. Tras mi compañera se cierra la puerta de la celda con desagradable chasquido metálico.

De momento he pensado que sólo nosotros dos hemos sido objeto de atropello; pero. . . ¿quién está en esa otra bartolina?

¿Será posible? Al pasar he visto fugazmente a Fide. . . Sí, a Fidelina, la misma que ha dejado su vida en las artesas de las panaderías, la que tanto ha luchado por organizar al Sindicato de Panificadores, la que en 1946 bregó con entusiasmo sin par por conseguir que sus compañeras trabajaran la jornada de 8 horas. Fue tan difícil conquistar ese derecho, pues las panificadoras tenían que pasar junto al horno y la cubierta 14 y 16 horas de cada día. Ahora está allí, en la No. 2, pálida, desencajada. . .

Con estas reflexiones entro a "mi" bartolina. Una duda atenaza mi pensamiento hasta causarme daño: "¿Será éste un golpe al pueblo? ¿Qué proporciones tomará? . . .

UN PAIS "DEMOCRATICO"

Son más de las 8 de la mañana, he oído el pito del taller. Los obreros ya están trabajando. Se oye a la distancia el vigoroso repicar de sus martillos. ¿Hasta dónde llegará el golpe contra sus sindicatos, contra sus salarios de hambre, contra sus derechos políticos?

Me resisto todavía a pensar en la palabra "represión".

No, no es posible. Tal vez sólo seamos nosotros tres.

Me parece ver a los locutores de radio, con los rostros encendidos de entusiasmo,

repitiendo noche a noche el estribillo de que estamos viviendo una era de revolución, de democracia, de libertades.

¡Ojalá sólo seamos nosotros tres!

Pero la realidad es dura. He dejado de imaginar. Me acerco a la puerta. Veo unos brazos robustos y velludos que salen por entre los barrotes de una celda que queda enfrente. Aguzo la vista: parece un estudiante. ¡Ojalá que no! . . . ¿Quién es éste que traen espodado? ¡Caramba! es un compañero del Sindicato de la Construcción. Luego, ya no me cabe duda: uno tras otro van desfilando hacia las bartolinas, obreros de diferentes sindicatos, estudiantes de "Opinión Estudiantil", de la A.G.E.U.S., profesionales, miembros del P.A.R. (Partido Acción Renovadora), ciudadanos de diversos sectores democráticos. Las comisiones de agentes de investigaciones no descansan. Las puertas de las celdas se abren y cierran, sin cesar un momento en el quejumbroso gemido de sus goznes.

No hay duda: ¡se ha desencadenado la represión contra el pueblo!

Pero aún en este instante no alcanzo a valorar en toda su magnitud la fuerza del golpe asestado contra los sectores democráticos. Para eso, sería preciso estar en las calles, ver el despliegue de fuerzas armadas, las capturas, los allanamientos de morada, los registros, el terror desencadenado en muchas ciudades simultáneamente; el llanto, el dolor de los hijos, madres, hermanos, esposas, al ver arrancados de sus brazos a los seres más

queridos. Sería preciso estar en todas las cárceles y ver a lo más noble del pueblo salvadoreño amontonándose como ganado en las prisiones.

A esta hora, aún no se ha decretado el Estado de Sitio.

***

Regreso al fondo de la celda. La debilidad devora mi organismo. Poco después, oigo botas militares que se acercan. Se ha detenido frente a mi bartolina un militar.

—"¿Usted es Carpio? ".

—"Sí, señor".

Se apoya en los barrotes y en silencio me mira, largamente con fijeza, con sus ojos verdes inyectados de sangre. Me da la impresión de un tigre que estudia los movimientos, las reacciones de su presa. Se aleja sin agregar palabra.

Ya estoy otra vez junto a la puerta. Allí viene de nuevo el mismo militar. Se detiene frente a mí:

—"¿Por qué está ensangrentado? ", me pregunta.

—"Me golpearon los agentes", respondo.

—"¿Por qué se corrió? ".

—"Quise evitar la consumación de una detención ilegal".

—"Sepa que la Autoridad se respeta, me dice, porque aquí estamos en un paíz civilizado".

—"¿Democrático?" pregunto cauteloso.

—"Como Usted guste", responde.

Comprendo que no debo aceptar provocaciones; pero no resisto el deseo de replicarle moderadamente:

—"Si estamos en un país democrático, la policía está obligada a respetar las normas que establecen las garantías ciudadanas" El efecto producido por estas palabras ha sido inesperado, fulminante. Se ha puesto lívido, después rojo, congestionado el rostro por la ira. Mira hacia todos lados y llama al agente más próximo:

—"Saquen a este malcriado y le ponen la capucha", ordena señalándome con el índice.

En ese momento no podía imaginar los extremos de horror que encierra esa simple palabra: "capucha". Expresión que disimula arteramente la horrorosa agonía de la asfixia.

Por un instante, desvio mis ojos del índice que me señala, para fijarlos en alguien que pasa frente a nosotros. Va esposado, lo conducen a una celda. Es el Bachiller Mario Salazar Valiente. El asombro me hace olvidar la amenaza. Y pienso: ¡pero sí es el propio ex-jefe de la Sección de Sindicatos del Ministerio de Trabajo! Eso me da la medida del terror que se está sembrando entre el pueblo. No se trata de reprimir solamente a los obreros, a los estudiantes, a los sectores políticos de oposición. Veo claro que se está desarrollando un gigantesco intento por aplastar, triturar y anular hasta el mínimo

vestigio individual de independencia de criterio.

El militar ha dado la vuelta y se aleja. Sus botas resuenan sobre el piso. Se detiene frente a otra bartolina.

He conocido al Jefe de la Policía de Investigaciones: Mayor José Alberto Medrano.

***

De repente, el alarido de una sirena rasga los aires. Comienza con voz ronca, poderosa. Se eleva, se agudiza, se convierte en un aullido escalofriante que infunde pavor y alarma en el corazón de los habitantes. Se apaga. Vuelve a empezar. Una y otra vez. Otro aullido infernal se ha unido al primero. Son los periódicos enviando al aire su mensaje de inquietud.

La mercancía cargada de mentiras oficiales galopa por las calles. Allá abajo se oye el pregón nervioso de los chiquillos voceadores: EXTRA. . . EXTRA. . . EXTRA. . .

ASFIXIA

Mediodía.

Está prohibido acercarse por acá; sin embargo, dos agentes de investigaciones han llegado junto a la puerta. ¿Traerán comida?

Pues aún no he desayunado. De todas maneras, no tengo hambre. Siento reseca la garganta. No, no es comida lo que traen; propiamente, nada traen, a no ser una fiera mirada en las pupilas. Han abierto la puerta de mi celda:

—"Levántese", me dicen con voz desagradable.

Definitivamente, tienen un aspecto siniestro. Uno es el Inspector José Urías Orantes; el otro el comandante Daniel Menjívar. El primero es de mediana estatura, moreno, el tipo del asesino profesional, que despide crueldad por todos los poros; mirada sanguinaria, voz cascada, desagradable, impersonal, como una máquina trituradora incapaz de reflejar sonidos de bondad o compasión. El segundo, blanco, de estatura regular, pelo rebelde que le cae como cola de gallo sobre la frente: el tipo inquisitivo de ave de rapiña, listo a clavar las garras y humedecer el pico con la sangre de sus víctimas.

Voy caminando en medio de los dos. Qué mal se camina cuando uno está calzado con un sólo zapato. Hubiera hecho bien dejándolo en la bartolina.

Una tras otra vamos dejando atrás las bartolinas, todas ellas repletas de obreros, estudiantes y profesionales. En cambio: ¿Por qué habrán destinado toda una bartolina sólo para mí? ¿Adónde me conducirán ahora?

Pasamos por las oficinas de investigaciones. Vamos por el corredor del segundo

piso, junto a las salas que miran a la calle. Entramos en una de éstas. Es una cuadra donde duermen los agentes. Hay muchos catres de hierro ordenados en varias filas, con pasillos para la circulación.

Muchos agentes descansan. Al entrar veo a uno leyendo un periódico. ¿Será la *Extra*? ¿Qué dirá? Sí, es la *Extra*; enormes titulares anuncian la gran mentira inventada en el último cuarto de siglo: "Descubierto Complot Comunista", y como contrapeso, la fatídica verdad: "Decretado el Estado de Sitio".

El corazón me da un vuelco, pues de un vistazo he comprendido la monstruosidad y felonía de la maniobra oficialista. Ha sido montada la gigantesca farsa estilo Incendio del Reichstag, siguiendo la técnica del sanguinario Adolfo Hitler, para aplastar despiadadamente al movimiento democrático. Profunda indignación me invade y tengo clara consciencia de que ha llegado el momento de prepararse para lo peor.

Casi al fondo del largo salón, en un espacio abierto entre dos camas, hay una mesa. Encima, está una máquina de escribir. Detrás, una silla. Frente a la mesa me detienen. Hemos llegado.

***

—"Bueno, pues, aquí está Carpio", exclama Menjívar en voz alta.

Como obedeciendo a una consigna se

levantan de sus camas todos los agentes. Lentamente se van acercando de todos lados, profiriendo amenazas e insultos:

—"Al fin caíste, hijo de p. . ."

—"De aquí no saldrás vivo".

—"¿Este es el que se quería ir? ".

Se han acercado formando un círculo a nuestro alrededor entre las camas vecinas.

Comienza el interrogatorio.

Menjívar plantea las cosas de la siguiente manera:

—"Bueno, con vos no vamos a andar con introducciones. Ya te conocemos, has andado en los sindicatos. Sabemos que sos comunista. Contestá: ¿Quiénes otros son comunistas? ".

—"No sé", contesto.

Una sonora bofetada me da en pleno rostro. Se alborotan los otros agentes. Hablan todos a la vez:

—"Habla, hijo de p. . .; ¿dónde están las armas? ; ¿quiénes son los otros comunistas? ".

—"No sé nada de lo que me preguntan".

Un puñetazo, otro, un puntapié, otro, otro más. Llueven los golpes y entre los insultos más soeces y mortales amenazas, todos a la vez quieren tener el privilegio de golpear a un obrero. Están excitados, saben que ha sido decretado el Estado de Sitio y eso les parece un cheque en blanco para cometer los peores atropellos.

Hasta cierto grado se dan cuenta de que ellos están cumpliendo parte de un gigantesco plan general que se ha puesto en movimiento.

Saben que por la mañana, el Señor Ministro Lemus elevó a la Honorable Asamblea Nacional la petición al efecto de implantar el Estado de Sitio, que poseído de santo patriotismo se refirió al inminente peligro en que se encuentran las Instituciones Democráticas, que es preciso defender las bases en que se asientan la familia, la moral, la religión, las buenas costumbres. Sí, ¡la moral y las buenas costumbres! La civilización "occidental", en suma, amenazada en nuestro país por los vándalos rojos. Saben que los augustos Padres de la Patria compenetrados hasta la médula de su ser, de la enorme responsabilidad histórica que les corresponde en la noble tarea de salvar al país en esta emergencia, asintieron casi unánimes:

—"Sí, es necesario implantar el Estado de Sitio": y saben que el decreto fue firmado.

Han visto que todo el aparato de propaganda se ha puesto en movimiento con estrépito ensordecedor y que difusoras y periódicos aturden al pueblo poniendo en juego todos los resortes de su técnica; mientras la inmensa red de agencias noticiosas internacionales dan a conocer por todos los ámbitos del globo la electrizante nueva.

Por otra parte, han recibido órdenes concretas. Su impunidad está asegurada. Por eso, con tanta avidez golpean al obrero que tienen enfrente, esposado, indefenso. Es necesario conseguir deposiciones falsas para seguir alimentando el monstruo de la propaganda, seguir llenando de inocentes las cárceles.

ampliar y profundizar más la represión contra el pueblo.

Me arriman a la cara una lista grandísima escrita a máquina, conteniendo varias líneas de nombres de ciudadanos de distintas profesiones y categorías sociales:

—"¿Verdad que todos estos son comunistas? "'

—"No sé".

—"Pónganle la capucha", ordena Menjívar. "Ya va a hablar".

Entra en acción Urías. Un puntapié en el abdomen. Al doblarme de dolor, un puñetazo en la cabeza, entre las orejas, y ya estoy en el suelo besando los ladrillos. Los anteojos se han hecho añicos en el choque. Ahora Urías es el personaje central. Es la última avanzada en la defensa de la civilización y la cultura.

Mientras prepara los instrumentos de tortura: cordeles y capucha, los otros le ablandan el terreno. Es parte de la técnica. Puntapiés en los costados y taconazos en la espalda, a granel, entre horribles maldiciones e insultos.

Se acerca Urías, le abren paso. Sigo de bruces sobre el piso. Me quitan las esposas. Qué bien, ahora ya podrá llegar la sangre hasta los dedos amoratados. Pero no, ya me están atando nuevamente. Sobre las muñecas adoloridas corre áspero el cordel. Me han quitado el zapato. Ahora me estiran los pies. Me los están halando hacia la espalda. Pies y manos se han besado: juntos, estrechamente atados en un sólo haz. Qué honda sensación de

invalidez. Cuando los ojos, que están a ras del suelo, cercados por un bosque de botas policiales, ven levantarse un pie amenazador reflejos intuitivos parten hacia la extremidades urgiendo nerviosamente su intervención: éstas no responden, se desangran bajo los cordeles, pero siguen levantadas como astas que pregonan la impotencia.

Habla Menjívar.

—"Por última vez: ¿vas a hablar? "'

—"No sé nada".

Ahora me da instrucciones:

—"Bueno, cuando querrás hablar, mové la cabeza afirmativamente para quitarte la capucha, de lo contrario no te la quitaremos hasta que murás".

Eso me indica que voy a entrar en un mundo dentro del cual quedan ahogados los sonidos.

Urías se monta a horcajadas sobre mi espalda, me va cubriendo la cabeza, hasta el cuello, con la parte superior de la capa de hule que usan reglamentariamente los policías. El forro queda hacia afuera, el hule pegado a mi piel. Ahora no veo nada, la oscuridad me ha caído en pleno día. Qué desagradable el olor del hule que me llena de aire tibio en las últimas inhalaciones.

De repente el jinete que tengo sobre las espaldas descarga todo el peso de su cuerpo. Al mismo tiempo ha metido el brazo bajo mi barbilla. Me está levantando la cabeza con fuerza, atrayéndola hacia su pecho. Me están empujando las piernas hacia atrás, más, más:

cruje la columna vertebral. Mi cuerpo forma un arco, tenso, vibrante. Qué difícil es respirar. Están aplastados los pulmones. Uno, otro y otro puntapié, con fuerza, con maestría, con precisión, sobre las costillas, en los puntos que dejan libres las piernas del jinete. Ahora ya no caen al azar. Ahora tienen un objeto: vaciar de aire los pulmones. Pujidos cortos y agudos echan hacia afuera la ínfima reserva de aire que guardaban. Quedan vacíos como una bolsa de papel desfondado. Un círculo de acero va ciñendo mi garganta. Una mano implacable, formando un torniquete con los bordes de la capucha, va apretando. . . aprentando. . . hundiendo. . . hundiendo los bordes como una cuchillo alrededor del cuello. Ya el aire no se puede filtrar adentro de la bolsa de hule. Hacia afuera, inmensa cantidad de oxígeno: todo el oxígeno del Universo. Adentro, nada. Los pulmones piden aire, aire, aire. Bombean hacia afuera la misérrima cantidad que entre sus pliegues aún había; la garganta lo regresa; vuelve a subir y a bajar, a subir y a bajar, cada vez más aprisa, más aprisa, como los émbolos de un ferrocarril en marcha. Màs puntapiés. La boca se abre, quiere aspirar, quiere succionar, chupar aire, aire. . . El hule se pega en los dientes, obtura los conductos nasales. La boca está abierta. . . ahora está gritando, gritando, con los alaridos de un animal en el matadero. El cuerpo se estira, se encoje, convulsionado por la agonía salta con la desesperación de un pez fuera del agua. El jinete se aferra más y más; acuden en su

auxilio a sofrenar al caballo desbocado. El cuerpo se ha cubierto de un sudor viscoso, todos los poros están en máxima tensión, las sienes golpean como un gigantesco martillo, los oídos zumban como una estridente orquesta de un millón de grillos; siento que los ojos están saliendo de sus órbitas, el corazón, los pulmones y los intestinos quieren saltar por la boca. . . "Compañeros, hermanos, todos los que sufriendo están la explotación, la injusticia, la miseria y la ignorancia: si este es el último instante de mi vida, ¡que viva la justicia, que viva la libertad! ¡Que viva el nuevo mundo de paz y de amor que está construyendo la Humanidad que se levanta. . .! "

Los estertores de la asfixia llegan a su clímax de violencia. Ahora van descendiendo, se van debilitando. Un temblor convulsivo sacude todo el cuerpo. No he perdido la conciencia. Los verdugos se dan cuenta que han llegado al límite tras el cual está la muerte. Aflojan poco a poco el círculo que apireta la garganta. Entra el aire, la vida. Uno, dos, tres. . . cinco segundos. . . y ya está el torniquete apretando, ciñendo la garganta. Otra vez los puntapiés, la asfixia, las convulviones, los estertores de la agonía. . . y ya en el dintel de la muerte, se vuelve a aflojar el torniquete, no por piedad, sino por frío cálculo, para tener la oportunidad de repetir la infernal experiencia.

Después de esta segunda vez, he quedado agotado, no reacciono con avidez al aire que

se cuela por la bolsa de hule. Se ha levantado el jinete. Me quita la capucha, me examina.

—"Denle aire", ordena.

Me levantan de las cuatro extremidades atadas en un nudo y me balancean en el aire, rítmicamente, para trás y para adelante, como el péndulo de un reloj: uno, dos, uno, dos. . .

. . . ¡Ah! ¡qué fresco el aire! ¡Qué bueno, qué hermoso el aire! ¿Cómo es que nunca lo había notado? Es como una catarata de agua fresca y cristalina que me inunda saciando mi sed en medio de la aridez de un cálido desierto. Los pulmones están en su elemento. Se inflan gozosos. Quisieran ser esponjas gigantescas para absorber tanto aire que nunca más haya el peligro de agotarse. Saborean el oxígeno con deleite. Nunca habían estado tanto tiempo sin él. Desde el primer vagido, desde el instante mismo en que el nuevo ser se asomó a la vida, acompañados por el primer llanto e impulsados por el primer dolor, comenzaron a funcionar rítmicamente como la fina maquinaria de un reloj que nunca se detiene. Sólo una vez antes habían estado a punto de pararse.

. . .Fue en una tarde calurosa de Mayo, en los primeros años de mi vida. Descalzo (pues la abuela Petronila, mi amada viejecita de cabellera blanca como la melcocha de azúcar que ella misma trabajaba, no alcanzaba a veces ni siquiera para el diario mendrugo de pan), con calzones cortos arriba de la rodilla, iba feliz a la escuela ese jueves. Nuestra humilde alegría era el paseo que todos los

jueves por la tarde hacíamos a una finca de los alrededores de la ciudad. Una pila grande en medio de la finca era nuestra piscina. Más tarde voy contento en el paseo, abstraído en las cosas bellas de la naturaleza. ¡Cuánto árbol, qué hermosura! ¿Habrá manzanas rosas? ¿Habrá jocotes? Hacia allá corremos felices, bajo los árboles frutales, a buscar nances y pepetos. A correr tras lagartijas y ratas que se esconden entre los piñales. La voz del maestro reclama:

—"Niños, vengan a bañarse".

Y allá vamos. Dentro del agua nos da horror el alejarnos de la orilla de la pila. Es honda en relación con nuestra estatura de chicos de 9 años, desmedrados y anémicos. Pero el buen maestro quiere enseñarnos a nadar:

—"Suéltese del borde de la pila, tírese".

—"Tengo miedo, maestro".

—"Tírese. ¿Cuándo va a aprender a nadar? "

Obedezco. Doy brazadas cortas como perrito de agua. Me voy hundiendo. Me entra pánico. Quiero tocar el fondo y me hundo. Trago agua, siento que me ahogo. Las manos están crispadas en el aire pidiendo auxilio. El maestro me toma de los brazos y me saca:

—"Vaya, no es nada, muchacho; ya aprenderás a nadar".

Ya estoy afuera pasando el susto. ¡No quiero volver a sentir esa eternidad de desesperación e impotencia! . . .

Pero ahora no estoy allá. Ya no soy el

chiquillo que corre alborozado tras las ratas de piñal. Ahora soy un obrero de esta época grandiosa en que, como nunca, se siente el vigoroso latido de la historia que avanza incontenible en hombros, de los seres sencillos de la tierra. Pero estoy en la cámara de tormentos, balanceándome en el aire, entre las manos huesudas de quienes quieren evitar la llegada de ese nuevo día de justicia y libertad.

Con el último impulso, me sueltan en el aire y me estrello contra el piso. Han terminado treinta segundos de aire.

Y vuelve a comenzar el tormento de la asfixia. El jínete vuela desenfrenado en alas de una vida que se escapa, que se encabrita bajo sus espuelas, que brinca, salta y se convulsiona en estertores de agonía, locura y violencia; que llega al paroxismo, incontenible, desbocada; pero él sigue implacable, sosteniendo el fatídico bozal de la muerte. Ha sentido circular a torrentes la vida que se vá; ahora comienza a sentir que languidecen los espasmos, que la vida se aleja, se va, se va. . .

Y así, una y otra vez. Luego:

—"Denle aire".

Después, otra vez la asfixia, otra y otra vez. . .

Pero cada vez es más doloroso el proceso de agonía. Calan más hondo los golpes, es más afanoso, más cruel y torturante el esfuerzo de todo el ser privado de aire. Y los encargados de la tortura se encolerizan gradualmente. Crece y se vuelve incontenible su irritación.

Ya no les importa que la vida se escape definitivamente y no regrese; ¿qué son unos segundos de más o de menos? ¿Qué valor tiene una vida más que se apague en el tormento? ¡Bah!

De repente, al final de la octava pesadilla, me agita un último estertor convulsionado. Siento como un supremo despedazarse de pulmones, corazón y nervios. Como una fulgurante explosión de fuegos artificiales estallando en el cerebro. . . Y entro en los dominios de las sombras. . . He traspuesto las fronteras de la vida. ¡He entrado en el vasto Imperio de la Muerte! Se han roto los resortes de la vida, la armonía que hacía funcionar esa maravillosa maquinaria humana.

Ahora no pienso, no siento, no hablo, no veo, no vibro, no reacciono.

Soy un despojo humano insensible, inanimado, listo para ser arrojado desde la majestuosa estructura de un puente del caudaloso Padre Lempa y perderme en el torrente tumultuoso de sus aguas hasta entrar en el inmenso Océano Pacífico o, con un destino más modesto, ser encontrado al siguiente día entre la frescura de un cafetal o a la vera de un apartado camino de mi patria, desfigurado el rostro hasta ser imposible el reconocimiento. . .

Los verdugos, descansan. . .

LATIGO

No siento, no pienso, no oigo.

Mas, no ha terminado todo definitivamente. ¡Sómos duros los proletarios!

Algo comienza a vibrar allá en las profundidades del cerebro. Algo, alguna raicilla nerviosa como una fina cuerda de violín ha iniciado un solo casi imperceptible al que poco a poco se va uniendo toda la orquesta de la vida. Ya comienzo a sentir: primero, una sensación de calor entre dulce y sofocante, aún no bien definida. Luego, un vago bienestar, confuso, inexplicable. No siento malestar, hay sosiego en el corazón. ¿Dónde estoy?

Comienzo a oir; primero, muy suavemente, un rumor como de confusas voces lejanas que se hacen perceptibles más y más. Ahora ya oigo más claramente: una voz áspera está diciendo:

—"Ya se murió este maje. Hicimos lo posible, pero no revive".

Otras voces hablan en idéntica forma. He vuelto a la dura realidad. Todavía estoy en el suelo, de bruces, atado. ¿Cuánto tiempo he estado así? ¡Quién sabe!

Abro los ojos y veo los pies de los agentes, ahora dispersos, descansando. Uno de ellos nota movimientos en mi cuerpo y exclama:

—"Ya está volviendo".

Se acercan todos:

—" ¡Ajá! ¿Ya estás reviviendo, cabrón? ".

—"Que descanse un poco, ordena Menjívar; tráiganse, para mientras a uno de esos estudiantes".

Momentos después llegan con alguien:

—"Aquí está".

—"Si no querés decirnos dónde están las armas y quiénes son los otros comunistas, le dice Menjívar, te vamos a dejar como ese que está allí en el suelo. ¿Lo conocés?

Me dan vuelta. El recién llegado me mira y les dice:

—"No, no lo conozco".

Luego, me preguntan:

—" ¿Y vos, lo conocés? ".

Lo miro un momento. Es joven, alto, fornido. ¡Ah! si es el mismo que he visto en la mañana asomando sus brazos robustos por las rejas!

—"No lo conozco".

Realmente, nunca antes lo había visto.

Se encaran al estudiante. Le insultan. Sabiendo que por su posición social está acostumbrado al trato respetuoso, le hablan groseramente, para desmoralizarlo. Comienzan a golpearlo. Me desatan y me arrastran como a 5 metros de distancia en el pasillo principal, y en el lugar vacante comienzan a aplicarle el tormento de la asfixia.

Ahora me rodean ocho o diez verdugos. Forman un círculo en cuyo centro estoy de pie, después de quitarme la camisa me han vuelto a esposar las manos hacia la espalda.

Inician un nuevo tormento acompañado

de insultos e innumerables y absurdas preguntas sobre los mismos temas. La repuesta:: "No sé" les encoleriza enormemente. Y golpean y golpean, dándome vueltas entre un círculo de puños y botas, como pelota de un nuevo juego escalofriante: el agente que está frente a mí, estrella su puño contra mi rostro; el brutal impacto me hace perder el equilibrio y voy cayendo de espaldas; pero allí está el puño huesudo del agente que espera detrás. Su golpe me arroja hacia adelante y hacia un lado, donde están otros puños ávidos de descargarse sobre la frente, los oídos, la boca o la cabeza. Y giro, y giro entre el remolino vertiginoso de sus golpes.

Pero algunas veces tengo que caer al suelo. Y eso sucede cuando uno de sus puntapiés da de lleno sobre el abdomen o los testículos. Caigo como fulminado, retorciéndome de dolor y perdida la respiración. Al principio no atiendo la lluvia de puntapiés y taconazos que imperativamente me ordenan levantarme. Me incorporo apenas me es posible, y otra vez el macabro carrusel de golpes se pone en movimiento. De aquí para allá, de allá para acá... ¡Qué estimulante ejercicio para los torturadores! Por momentos se ponen de buen humor, ríen y celebran los mejores golpes.

Uno de ellos hurga en sus bolsillos, extrae una manopla de hierro con salientes dentados, se calza los dedos, me amenaza con ella a una pulgada de los ojos:

—"Si no hablás, te rompo la nariz".

Tiene los labios entreabiertos por el satisfecho placer de torturar, asoma los sucios dientes manchados por el tabaco. Mas, a pesar de la amenaza, no llega a descargarla con fuerza.

Otro, extrae una navaja, la deshoja:

—"Ya vamos a cortarte los dedos, hablá'"

Me la acerca al pecho: da un corte sobre un tirante de la camiseta, otro corte vertical sobre la misma, corta el otro tirante y arroja lejos la prenda de vestir. Pero no corta la piel ni cercena los dedos. ¡Quizá no es hora, todavía! Vuelve la navaja a su bolsillo.

Pasados estos cortos intervalos se reanuda la vorágine de golpes. Y más. . . y más. . .

Pero por fin parecen irse cansando. Se sofocan. Están sudando. Deciden descansar. Calculo que he pasado más de media hora en esta rueda de puñetazos y puntapiés.

Estoy acezando, la cabeza inclinada.

Descansan.

***

¿Por qué no descansarán definitivamente? Ahora andan ocupados en otros preparativos. Me conducen al fondo de la sala. Me quitan las esposas:

—"Desnúdese", ordenan.

Ya sólo estoy vestido con pantalón y calzoncillos. Me los quito. Me ordenan tenderme de bruces en el suelo. ¿Qué vendrá ahora?

Espero con un brazo cruzado bajo la frente. Luego, un latigazo silba en el aire y cae sobre la espalda, haciendo que se encoja hasta la última fibra de mi ser. No es propiamente como el filo de un cuchillo que cortara la carne, es más bien como si una culebra de fuego cayera sobre el cuerpo dando la sensación de penetrar hasta el hueso. Pero no hay tiempo para hacer comparaciones, el látigo ha comenzado a caer, ha saboreado la carne y ya no se detiene: cruza la espalda, las caderas, busca los muslos, las piernas. Vibran los nervios, la carne se estremece y la serpiente sigue lacerando una y otra vez, más, más y más. . .

Aquí no hay necesidad de llevar cuentas. ¿Qué objeto tendría éso? Yo he visto en películas azotar a los criminales. He leído, también, que la santa Inquisición ordenaba dar azotes: aparecía el fraile inquisidor y, después de hacer besar el crucifijo al condenado, leía la sentancia y ordenaba: "25 azotes" o bien "50 azotes", o más, según la gravedad de la herejía. Y restallaba el látigo sobre el infeliz, haciéndole salir con cada quejido, la maldad o el demonio que se había posesionado de su alma. Pero eso sería en la Edad Media. Entonces se contaban uno a uno los latigazos y, al llegar al límite fijado, se suspendía el castigo. ¡Lástima! ¡Qué poca cultura tenían esas gentes, qué poco empeño ponían en defender la religión y la moral! Mas, ese lamentable atraso tiene explicación:

entonces no gozaban de la refinada cultura burguesa, eran otras las tradiciones. Ahora, en cambio, estamos a medio siglo xx, en el mundo Occidental, en las postrimerías de la era capitalista. No hay para qué limitar ni contar los latigazos. Ha avanzado mucho la civilización. Se está derrumbando todo un sistema económico caduco y no hay tiempo para atender esos pequeños detalles, sobre todo cuando se trata de defender las tradiciones, la moral y la cultura o dicho en otras palabras, cuando se trata de defender el derecho de unos cuantos a enriquecerse sobre la miseria y el sudor de la inmensa mayoría, su derecho a seguir embruteciendo a la gente sèncilla de nuestro pueblo con el fomento de os vicios, de la prostitución y de la ignorancia.

¿Cuántos latigazos van ya? ¿Treinta? ¿Cincuenta? Quién sabe. Lo cierto es que el primer verdugo se ha cansado. Ha levantado tantas veces el látigo, ha tomado impulso, lo ha descargado con todas sus fuerzas, tantas y tantas veces, que está extenuado. Suda. Resopla. Por fin lo entrega en manos de otro de los diez o doce flageladores que esperan turnos.

Y así pasa de mano en mano. Cada verdugo cumple con su oficio a conciencia. Empuñan el látigo con ambas manos. Lo elevan sobre su cabeza tomando impulso y lo descargan con todo el vigor que les permiten sus fuerzas. De arriba abajo: de abajo arriba, desde los omóplatos hasta los calcañares, tejiendo un rojo petate de huellas alargadas.

Propiamente el instrumento que están usando no tiene la clásica forma del látigo. Es más bien como un bastón grueso, de hule, sólido pero flexible. Está envuelto en una manta, probablemente para que no corte la piel innecesariamente.

La flagelación va alternada con un suplicio más doloroso si es posible. Se acerca un verdugo, otros me alzan un pie de manera que la planta ha quedado extendida frente a él. Comienza a machacar la planta del pie con el filo de una varilla de hierro, cuadrilonga. Me retuerzo, brinco, trato de eludir los golpes y zafar el pie; pero fornidas manos lo sostienen inflexibles, inapelables mientras el ejecutor principal golpea como un herrero sobre el yunque amoratado. Del talón hasta los dedos, de los dedos al talón. Saben que han tocado un punto muy sensible y azuzan con gritos destemplados:

—"Dale más, más duro, más".

Luego, el otro pie. ¿Cómo es posible soportar tan agudo dolor sin desmayarse?

Le llega el turno a otro flagelador, a otro, a otro... Luego, nuevamente el hierro golpea implacable las plantas de los pies. Y siguen los latigazos. Los azotadores ejecutan su tarea con verdadero empeño. ¡Pobres instrumentos de un régimen corrompido! Se les ha secado el alma y no tienen ya ni el más leve sentimiento noble o humanitario. Son infrahumanos, sub-productos de una sociedad carcomida hasta sus cimientos, que se hunde

pudriéndose en el estercolero de su irremediable caducidad.

Realmente no se les puede reprochar que los últimos latigazos de cada turno a pesar de sus esfuerzos, no alcancen toda la salvaje furia con que cada uno inicia su tarea.

Mientras tanto, ha entrado a la sala de tortura, una vez más, el Jefe de la Policía de Investigaciones, Mayor José Alberto Medrano. Es una de tantas veces que esta tarde ha venido a darse cuenta personal del desarrollo del tormento y a dejar órdenes para su continuación. Ahora le acompañan el Comandante de Policía Roque Antonio Canales y otro Oficial.

Al indagar el resultado de la "investigación", el comandante Canales se indigna e increpa a los policías:

—"Es que ustedes son un atajo de inútiles. Ya les voy a enseñar cómo se pega. Van a ver si no le hago hablar".

Y arrebatando el látigo de manos del verdugo de turno, con toda la fuerza que le permite su alto y musculoso cuerpo, como quien toma un hacha para rajar leña, descarga los más salvajes latigazos sobre el cuerpo, sin excluir la cabeza. Hay un desesperado contraerse de músculos bajo el azote, y en los momentos en que las contracciones me han hecho separar del suelo la cara, dirige un brutal latigazo sobre la cabeza. El látigo se dobla sobre la frente y su extremo estalla con violencia infernal sobre el ojo izquierdo.

Siento como si éste hubiese sido arrancado de cuajo y no puedo menos que pensar en que lo he perdido para siempre. "Vaya digo, primer órgano del cuerpo que pierdo". Pero qué más da. Que arranquen, que cercenen, que despedacen el cuerpo de un obrero. Nada ganan. No podrán detener el curso de la historia. No podrán evitar la marcha del pueblo hacia la conquista de la paz y el bienestar.

Con la mano que tengo colocada bajo la frente, separo cuidadosamente los párpados del ojo flagelado. Oscuridad completa. ¿Volveré a ver?

Cuando finalmente me dan vuelta, a los mismos flageladores les toma por sorpresa el estrago causado sobre el ojo golpeado; pues no se habían dado cuenta de ello, mientras permanecía de bruces.

Los jefes se han retirado. Los agentes me tienen de pie, frente a ellos. Sólo con un ojo puedo verlos. Sus rostros reflejan ira, las pupilas despiden el odio concentrado en sus almas envilecidas. Está hablando uno de ellos:

—"Estos desgraciados como que estuvieran todos cortados con la misma tijera".

—"Es que este es indio. Es igual a aquel otro indio que colgaron en Juayúa para el 32".

Esa evocación me hace pensar en la página más cruel en la historia de nuestro país. Pienso en los 30.000 campesinos, obreros y estudiantes que fueron asesinados fríamente en el año de 1932 por reclamar un pedazo de tierra para trabajar, para vivir, para

hacer florecer el suelo con el arado y con el sudor y así tener algo más que llevar a la boca de los hijos hambrientos. Y pienso en los cafetales, en las serranías, en las costas y en el polvo, enrojecidos por la sangre de tanto y tanto hombre sencillo, de tanto campesino bueno, franco, honesto, vituperado, calumniado, despedazado y masacrado por la jauría de lobos al servicio de la oligarquía dominante. ¡Pensar que hace veinte años que sucedió eso! ¡Que hace veinte años se masacraba a tanto padre de familia bajo la imputación de ser comunista! Pensar que entre oleadas del vaho caliente de la sangre, que flotaba encima de los campos; que sobre montañas de esqueletos; entre el llanto lastimero de miles y miles y miles de huérfanos, viudas, padres, que formaban un coro pavoroso cuyo eco resonaba en todo el orbe; que sobre tanto dolor y tanto sufrimiento se proclamó a los cuatro vientos, con fanfarrias y banderas desplegadas, que para siempre habían destruido al comunismo ¡En El Salvador! ¿Por qué hoy se contradicen? ¿Qué fuerza social histórica les hace contradecir sus palabras? ¿Por qué ahora, 20 años después, vuelven a llenar las cárceles con gente obrera y campesina, con estudiantes y elementos de los demás sectores democráticos y siguen torturando, y siguen desterrando, bajo el desacreditado, manoseado y hediondo lema del anticomunismo? Mas, no tengo tiempo para continuar mis reflexiones. Ahora es Urías quien está hablando. Me ha ofrecido un cigarrillo y no lo he aceptado.

Prosigue:

—"No seas bruto, hombre; ¿qué te sacas con negarte a declarar como nosotros queremos? Si te seguís negando no creás que vas a salir vivo de aquí. En último caso, vos tenés hijos. Sabemos que tenés dos muchachitas. ¿Vas a hablar o traemos a tu hija mayor para matarla delante de vos?

La bárbara amenaza me hace estremecer y respondo débilmente:

—"Yo no creo que lleguen hasta el extremo de mancharse las manos con la sangre de una niña".

—"¿Cómo vas a creer que no, hijo de p. . ., me responde brutalmente, si ustedes los comunistas son capaces de matar a mujeres y niños? ".

Y ordena:

—"Vaya. Pónganlo a hacer el "avión".

Mientras me conducen al nuevo suplicio, voy pensando: ¿Cómo es posible llamar criminales a los trabajadores, estudiantes, empleados y profesionales honestos y demás sectores democráticos del pueblo?

—¿Cómo es posible llamar criminales a nosotros los obreros y campesinos conscientes que con tanta ternura y sencillez amamos a nuestros hijos y compañeras; a nosotros que anhelamos con todo nuestro corazón el bienestar y la educación, la felicidad, la salud y la alegría? ¿A nosotros, que deseamos la hermosa alegría de la vida, ahora oscurecida por la miseria y la ignorancia, no sólo para nuestros hijos, sino también para los hijos de todos los

hombres de nuestro pueblo; a nosotros que anhelamos la completa emancipación de la mujer de la esclavitud y de las trabas convencionales en que la tienen hundida las costumbres emanadas de la explotación? ¿A los que ansiamos ver libre, próspero e independiente a nuestro país, sin la infamia del atraso y la dependencia colonialista? ¿A los que anhelamos que reine la paz en campos y ciudades y que nunca más el hombre vuelva a despedazarse con la metralla o el cañón? . . .

¡Ah, hombres, perversos y malvados, indignos de pertenecer a la familia humana, los que arrojan veneno, lodo y calumnias contra los patriotas y demócratas, contra estudiantes, empleados y profesionales honestos, contra obreros y campesinos: lo más sencillo, puro y vital de nuestro pueblo, lo que es el germen de una nueva vida despojada de egoísmo, maldad y corrupción! ¡Los que arrojan veneno y calumnias contra la humanidad progresista, que está creando un mundo de paz y fraternidad en donde el hombre no será, nunca más, garra y colmillo. . .!

A sabiendas de que, por sus mismos principios elevados que profesan, no pueden ser criminales los hombres (comunistas o no) que anhelan el bienestar, la libertad y la felicidad del pueblo, el perverso verdugo ha repetido la vil calumnia, mas que todo, para auto-justificarse e impulsarse en su tarea.

EL AVION

Qué fácil es convertir los objetos más sencillos: cuerdas, botas, capas de hule, trozos de hierro, todo, en terribles medios de tortura. Los verdugos encuentran su utilidad, casualmente talvez o como consecuencia de su inventiva, y poco a poco van perfeccionando su técnica en el empleo de cada uno de estos instrumentos, para causar más intenso dolor, para tocar los puntos más sensibles, para hacer vibrar el cuerpo de la víctima en agonías espantosas.

Ahora estoy colgado. Previamente me arrojaron sobre el piso. Otra vez ataron pies y manos en un sólo nudo, detrás de la espalda. Y de las cuatro extremidades me suspendieron con una cuerda cuyo extremo superior está atado a una gruesa regla de madera enganchada entre los espaldares de dos catres de hierro, dobles.

Me balanceo en el aire con oscilaciones pendulares: de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. La cara dirigida hacia el piso como a quince pulgadas de separación. Todo el peso del cuerpo pende de las extremidades. A la izquierda, cerca de mi cabeza está la pata angular de un catre de hierro; a mi derecha, otra igual.

Un torturador se ha sentado frente a mí, hacia la izquierda, en el extremo de una cama vecina. Sigue formulando fantásticas pregun-

tas. Ha levantado un pie. Le estoy viendo de reojo. Allí viene el taconazo dirigido a la cabeza. ¿Cómo eludirlo? . Imposible. Cae de lleno cerca de la oreja. El suave balanceo se ve bruscamente interrumpido. Ahora mi cabeza vuela a estrellarse violentamente contra el ángulo de hierro de la pata de la cama que está a mi derecha. ¡Ha chocado! Por la furia del choque salta y se estrella en el ángulo de hierro que tengo a mi izquierda. En rápida oscilación regresa, y otro taconazo le impulsa a estrellarse de nuevo contra los hierros de ambos lados. Cada patada inicia el ciclo de otros dos golpes en cadena, agudos, dolorosos, a uno y otro lado de la cabeza.

Puesto en marcha el nuevo método, acelera su ritmo, gana rapidez y fuerza, se intensifica.

¿Cómo es que a veces un simple golpe en la cabeza basta para enviar a la tumba a cualquier mortal? Un pequeño accidente: un resbalón en una cáscara de plátano, un golpe sobre el pavimento y ya está listo el prójimo para que le tiendan en la morgue. Fractura del cráneo, dictaminan los forenses. Y ya no hay más que agregar.

¿En realidad, no será mejor morir? ¿No será mejor ladear un poquito la cabeza: que golpeen los hierros en el cráneo, talvez un leve crujido y... ya? ¿Por qué no intentarlo? Talvez resulte. ¡Morir! ... ¡Morir! ... y que termine esto de una vez... Una corriente interna me arrastra hacia un remolino fasci-

nante. Me tienta. Me impulsa. Pero otra fuerza poderosa surge en lo interior: ¿No significará eso un intento de fuga vergonzoso? ¿Hay derecho para abandonar al pueblo, a los obreros y campesinos en un momento en que más necesitan de todos sus hombres? La vida, mi vida, ¿me pertenece exclusivamente o pertenece a mi pueblo? No, la vida de un obrero consciente no pertenece sólo a él; sino a su pueblo, a sus hermanos en el sufrimiento y en la explotación. Un obrero consciente no tiene derecho a abandonarse a la muerte o acelerarla para evitarse cualquier sufrimiento natural o extraordinario que se presente. Hasta el último soplo de su vida es de los trabajadores y de su pueblo. Lo contrario es fugarse del deber. Hay que luchar contra la invitación, contra el halago fatal. No hay que olvidar ni por un instante, que inevitablemente llegará el día en que las caras sonrientes de la gente del pueblo celebrarán el arribo de una era de paz y libertad. ¡Y ese día yo quiero estar allí, acompañando al pueblo en el gran regocijo! Pero, ¿por qué sólo en la alegría? ¿No debemos acompañarle también en sus agudos momentos de dolor y sufrimiento? . . .

La idea malsana ha huído.

Desde hace rato, un profundo desfallecimiento físico va avanzando más y más. Un amodorramiento pesado como el plomo va bajando. Estoy exhausto. ¡Qué sensación de malestar general! ¿Cuánto más soportará el organismo sin entrar en coma?

Ahora, cada vez que me aproximo al choque hago esfuerzos casi instintivos para alargar el cuello para evitar en lo posible los golpes en la cabeza y desviarlos hacia la nuca.

En los descansos, otro verdugo machaca las plantas de los pies con la barra de hierro. Ya están convertidas en bombas color de berenjena.

Se acercan otros y descargan puntapiés en el tórax y abdomen o taconazos en la espalda.

El verdugo principal regresa descansando. Parece que fue a refrescarse el gaznate. Reanuda el ciclo de golpes entre las patas de las camas. A pocas pulgadas debajo de mi cara giran vertiginosamente los ladrillos del piso, casi se confunden sus colores... rojo..., amarillo... rojo... amarillo. Sigo meciéndome en el columpio del tormento: el "Avión", como dicen con cinismo los verdugos...

***

Serán las 4 de la tarde.

Se han llevado al estudiante de regreso a la bartolina.

Ahora estoy de pie, con los brazos en alto. Las palmas de las manos pegadas a la pared. El látigo está en movimiento.

Hace un momento me descolgaron y me soltaron pies y manos, poniendo fin al suplicio anterior. Me condujeron frente a la pared del fondo y reanudaron la flagelación: por

turnos, como al principio.

He entrado en un estado físico lamentable; casi no puedo tenerme en pie. Tiendo a desplomarme al suelo.

Ahora, alternan los latigazos largos con otra forma de flagelación. Toman el látigo por la mitad y dan golpes cortos, rápidos y vigorosos, con la punta del mismo, concentrando los golpes, primero en una zona, después en otra: caderas, muslos, piernas, posaderas. El objeto es uniformar en una sola mancha roja y morada todas las huellas del látigo, de la cintura para abajo.

Punzan las plantas de los pies con la punta de un trozo de madera, para uniformar también los golpes del hierro.

Luego, más látigo. Y vuelven a "picar".

***

Estoy perdiendo la noción del tiempo que dura ese último suplicio.

De pronto, la voz de Menjívar que ahora me parece más terrible y ominosa que nunca por la naturaleza de las palabras que pronuncia, me estremece:

—"Si seguís con tu capricho, negándote a declarar como nosotros necesitamos, vamos a traer aquí a tu mujer para golpearla delante de vos".

La amenaza, sacudiéndome moralmente, me saca del semi-letargo en que estaba cayendo. Ahora cumple la sentencia:

—"Vayan a traer a la mujer de éste, que

está en la bartolina número uno, ordena. Ya va a ver este hijo de p. . ."

Dos policías judiciales se alejan. Van a cumplir la orden recibida.

Los torturadores han cesado de flagelarme.

CRUZ

Espero.

Sigo con el rostro pegado a la pared.

Oigo pasos que están entrando a la sala de torturas. Se acercan. Se han detenido como a dos metros detrás de mí.

—"Aquí traemos a la mujer", dice una voz. Enseguida, Menjívar se dirige a ella:

—"Mirá como está tu marido. Si no querés decir si ustedes dos y quiénes más son comunistas y dónde están las armas, a vos te vamos a dejar igual que a él y luego le vamos a matar en tu presencia. En tus manos está decidir si querés que no te golpeemos y si querés salvarle".

—"Yo he luchado dentro del movimiento sindical, contesta. No se nada de lo que me preguntan". Sí, es la voz de ella.

—"Dejate de "tangos", p. . .", insulta bestialmente el malvado.

—"Bueno, mirá bien como está tu marido", repite Menjívar.

La acercan más. Está como a un metro a mis espaldas. Oigo su respiración entrecor-

tada. Casi siento cómo clava sus miradas en mi cuerpo, en el dorso, en la cintura, en las piernas. . . Casi oigo los latidos del corazón de mi amada compañera.

Después de una pausa, ordenan:

—"Denle vuelta a ese, para que ella mire cómo está de frente".

Ahora estoy frente a ella, desnudo completamente. Una nube de dolor empaña su frente; pero su semblante no refleja indecisión y sus dulces ojos están acerados con una fría determinación. Un gran aliento inunda mi alma.

Me sorprendo al ver que no la han traído sólo a ella. A la par se encuentra una. . . ¿Pero, es posible? ¿No me está engañando la vista? Porque este condenado ojo derecho no es mucho lo que me quiere ayudar ahora: quiere cerrarse como el otro. Ya a veces lo empañan fugaces nubecillas rojas. Pero no, no me engaña. Junto a mi compañera, frente a mí, contemplándome con una angustia congelada en la garganta, temblando, apretándose nerviosamente las manecitas, se encuentra una niña. . . Sí, una niña de 13 a 14 años. . . No la conozco, nunca la he visto. Me mira con ojos desorbitados. Para ella esta escena debe ser horripilante. Algo que de golpe le revela cuánta maldad se esconde en el corazón de los hombres cegados por el poder, por la corrupción y por el miedo a perder sus privilegios en manos de un pueblo que se está cansando de opresiones. Ella, que talvez nunca había conocido la desnudez del sexo opuesto, tiene

ahora, de repente, ante sí, un sexo que cuelga entre las laceraciones de la carne magullada. Impresión profunda que ya no se podrá borrar jamás de su tierna alma sensitiva. La depravación moral de quienes se autonombran defensores de los valores espirituales, de la cultura y la moral, de una cultura y una moral putrefactas, no tiene límites. Quieren declaraciones falsas para volverlas contra el pueblo. No les importa los medios aunque tengan que corromper el alma tierna de los niños. Pero, ¿qué más puede esperarse de quienes defienden el sistema de corrupción organizada que corrompe, degenera y deforma el alma de la niñez y de las juventudes con el fomento constante de la miseria, el alcoholismo, la prostitución, la ignorancia? Muy podrido debe estar el fondo de hombres que han perdido hasta tal grado toda noción de moral. Pero de moral legítima, que no es la moral farisaica, tema favorito de los falsarios y degenerados que calumnian al proletariado.

¡Moral! ¡He allí vuestra moral, verdugos! ¡Allí está vuestra moral, escritores vendidos a la corrupción organizada! ¡Esa es vuestra moral, todos vosotros, hipócritas defensores y ejecutores de la abyección y degradación humana como sistema intocable. . .!

***

Se acercan a mi compañera. La acosan a preguntas y amenazas. Al ver su determinación, deciden actuar.

—"Pónganle la capucha", ordena Menjívar.

Ella todavía no sabe a qué se refiere. Comienza a comprender, cuando un puntapié en el vientre le hace inclinarse de dolor y, cuando un bestial puñetazo en la cabeza la arroja contra el suelo con los brazos abiertos, la frente pegada a los ladrillos y el cabello en desorden Luego, se lanzan contra ella a molerla a patadas. Urías se acerca con los lazos y el hule.

Le están atando pies y manos cruzados sobre la espalda. Al levantarle los pies, le alzan la falda del vestido, deliberadamente, para satisfacer el morbo con la contemplación de sus formas físicas. Ella protesta enérgicamente y el director del tormento les ordena bajarle las faldas. Eso sólo al principio, pues en el curso del tormento las ropas tienen que desordenársele.

Nunca he visto hombres poseídos de una bestialidad semejante. Están invadidos por un deseo frenético de golpear, de descargar sus botas sobre la mujer que está atada en el suelo. Sus miradas tienen destellos demoníacos, sus bocas se contraen en repulsivas sonrisas, lanzan frases obscenas, hirientes para el pudor de una mujer. Se ríen, están ebrios, ebrios y sedientos, ebrios de un licor fuerte:

ebrios y sedientos de sadismo que los lleva al frenesí, y dan puntapiés en el cuerpo delicado de la hembra maniatada. En piernas y costados, en caderas y espaldas. . .

Urías ha llegado. Se monta a horcajadas sobre las espaldas femeninas. Le cubre la cabeza con la capa. Comienzan los estertores de la agonía.

Veo. Me esfuerzo por no dar a comprender mi sufrimiento a los verdugos, para no alentarlos a intensificar el tormento contra ella. Quisiera arrancarla de allí. Quisiera, por lo menos, poder ayudarle en alguna forma, aunque fuera alentándola, susurrándole al corazón: ". . .Hermana, dulce, noble compañera de mi vida, tan querida. No te extrañe que no me arroje con uñas y dientes sobre las bestias que te torturan; para arrancarte de entre sus garras; pues eso sería un acto de locura que empeoraría tus tormentos. No olvides que hay algo más grande que nuestro cariño y que nuestras propias vidas: los profundos intereses del pueblo. Piensa, piensa, compañera, que en cada rancho campesino, en cada hogar obrero, los seres sufren una larga agonía de miseria, explotación, vicios, enfermedades e ignorancia; pero que luchan por un nuevo amanecer forjado con sus propias manos creadoras de la historia. Piensa que perteneces a tu pueblo, a la clase obrera. . ."

Mas, no hay necesidad. Prácticamente estoy comprendiendo la enorme fuerza moral

que imprimen las convicciones aún en los seres más débiles físicamente. Y la mujer obrera consciente es fuerte ante el sufrimiento. Es fuerte por ser mujer, conformada para soportar el extremadamente doloroso, pero fecundo, desgarramiento de la maternidad; por ser obrera: forjada en la escuela de la frugalidad y la pobreza, acostumbrada a los diarios y obligados sacrificios, privaciones y abnegaciones que le impone el sistema económico actual; pero, sobre todo, es fuerte por ser consciente, pues la conciencia obrera imprime fuerzas morales prodigiosas e invencibles aun en los cuerpos más endebles.

Al ver a mi amada compañera retorciéndose en el suelo entre los estertores de la cruel agonía por asfixia, y bajo los puntapiés de esos malvados que de esa manera descargan su crueldad y su sadismo sobre una mujer honrada, honesta, trabajadora, digna del mayor respeto y estimación, comprendo total, definitivamente, hasta qué profundo abismo de maldad, vesanía y perversidad ha tenido que caer el régimen actual para recurrir a métodos tan malvados contra la gente del pueblo, creyendo apuntalar, a base de terror, su ruinoso edificio.

***

—"Hablá, mirá cómo están golpeando a tu mujer. ¿Qué no le tenés lástima?", ladra uno de esos sub-hombres, reforzando su mal

fingida indignación con puntapiés dirigidos a mi abdomen.

—"Estos desgraciados no se tienen lástima ni ellos mismos", dice otro.

—"De capricho a capricho, dice valientemente el jefe de las torturas. Pongan a éste colgado en cruz. Le vamos a demostrar que también nosotros tenemos capricho. No lo bajen hasta que se muera o hable".

Algunas camas al fondo de la cuadra están super-puestas como literas. Sus espaldares quedan frente a otros separados por el pasillo principal. Los de las camas superiores están a un nivel mayor que la altura de un hombre. Entre ellas me aplicaron hace un rato el suplicio que ellos llaman "el avión" Ahora se preparan allí mismo para colgarme en cruz.

Pero no hay a la vista nada que pueda llevar ese nombre. El clásico madero, tan en moda durante el Imperio Romano, tan útil para reprimir los levantamientos de esclavos, lo mismo que para colgar fascinerosos o adversarios de la dominación imperial, está ausente de esta sala.

Me acercan a la espalda un palo largo, no muy grueso, de más de dos metros de longitud. Lo sostienen al nivel de los hombros, en posición apropiada para poder atarme en él ambos brazos extendidos en cruz.

Ahora me están estirando el brazo derecho. Tratan de darle vuelta alrededor del madero. Más. Parece que fueran a romper el hueso. Me atan fuertemente la muñeca contra el palo. Cómo ciñen los cordeles. Qué agudo

dolor causa el leño al oprimir el hueso y los tendones. Ahora el brazo izquierdo, al otro extremo del madero.

Me alzan en peso y enganchan el palo en los espaldares de hierro de dos camas superiores. Quedo suspendido sobre el pasillo central. Sin tocar el piso. Todo el cuerpo pende de los brazos. En los hombros un agudo dolor va penetrando, como un punzón de hielo clavado entre los huesos. Es como si se fueran desgarrando. Como si se fuera desligando la unión entre los omóplatos y las extremidades superiores. Si me retuerzo es más punzante el dolor. Cada contracción repercute sobre los hombros. Pesa el cuerpo como un costal repleto de plomo. Como una carga a la que estuvieran agregando una libra cada minuto.

Procuro estar quieto. Que no oscile el cuerpo, que no se encoja ni se estire. A los extremos del madero las manos están engarrotadas, las uñas casi negras, hasta allí no fluye la sangre.

Pero los verdugos no son partidarios de la quietud. El cuerpo en su posición actual es un blanco apetecible para sus puntapiés. También el látigo golpea a su sabor, y el hierro le ha tomado afición a las plantas de los pies.

Los torturadores están volviendo por los fueros de la religión. ¡No faltaba más! Se inyectan furia y célica indignación, repitiendo una y otra vez, que los obreros no creemos en Dios. Uno de ellos, me dice:

—"Como es seguro que vos no creés en

Dios, hoy sí vas a creer, hijo de p..."

Carcajadas. Otro agrega:

—"A Jesucristo lo crucificaron por ser bueno; pero a vos te hemos crucificado por malo, cabrón".

Están satisfechos con sus burlas. Tienen tranquila su conciencia. Pueden seguir golpeando sin escrúpulos, que su causa es "justa". Ya pueden ir a revolcarse con las meretrices o a corromper a las escolares hijas de obreros. ¡Son los defensores de la religión!

Pero ya no importa lo que digan. Sus burlas suenan en mis oídos como algo que ya no me concierne. Tengo los labios resecos, sedientos. Ahora no se abren ni siquiera para responder el "no" que tanto irrita a los torturadores. Estos se enfurecen. Avivan sus preguntas y golpes. Ahora quisieran oir aunque no fuera más que un sonido que les alentara en su esperanza. Voy entrando en un semi-desvanecimiento físico, como un río que se arrastra lentamente entre una niebla que se espesa poco a poco.

***

Se ha ocultado el sol. Las bombillas eléctricas iluminan la sala de torturas.

Parece que por ahora, los verdugos han perdido la esperanza. Me están descolgando. Me sueltan una mano, después la otra. Caigo al suelo sin ánimo para mover ni un dedo.

Regresan a mi compañera a la bartolina. Se llevan también a la muchacha de 13 años.

Medrano está autorizando que me lleven a la celda:

—"Mañana que tenga los golpes maduros, lo vuelven a sacar". Ahora me está hablando: "Y todos los días te vamos a traer aquí hasta que estés dispuesto a hablar. Y hoy en la noche vas a quedar desnudo, y que te echen agua salada sobre el cuerpo, para que te ardan más los latigazos con el vientecito de la noche. Llévenselo".

***

Me han levantado dos agentes tomándome de las axilas. Me ponen el pantalón, la camisa. Me llevan fuera de la sala de tortura. Se detienen en el corredor. Se abre la puerta del salón vecino. Es la sala de archivos. De ella están sacando a otro obrero. Es Miguel Angel Cea, obrero de Construcción (*).

Lo traen entre dos agentes. Casi no puede andar. Le han aplicado el tormento de la asfixia. Le han golpeado las plantas de los pies. Le han colgado de las manos atadas hacia atrás, enganchando las esposas en un archivero metálico. Le han molido a puntapiés. Le han quebrado una costilla. Le han saltado varias muelas. Tiene ampollas en los labios: se los han quemado con la brasa de puros encendidos. . .

Empezamos la marcha hacia la bartolina. Larga marcha. Descalzos. Arrastrando los pies amoratados. Hay que moverlos. Es cierto que

* En esos momentos aún no le conozco.

bajo el brazo sentimos la ayuda de los agentes que nos conducen, pero las plantas de los pies tienen que fijarse sobre el suelo. Cada piedrecita parece hundírsenos hasta el corazón. ¿Por qué no harán los pisos de una sola pieza, lisos, como esas canchas de patinar sobre el hielo? Cada juntura de los ladrillos nos molesta.

Hemos llegado a la celda. Es la misma donde estuve en la mañana, la No. 7. Ahora no estaré solo. Estaré con este compañero a quien no conozco.

—"Desnúdense", nos ordenan.

Al cabo de un momento:

—"Apúrense".

Les damos la ropa. Cierran.

Cada uno de nosotros se derrumba en un rincón. Cada nervio salta con un temblor irresistible, interminable. Pareciera que el suelo tiene brasas o alfileres que se incrustan en todo el cuerpo. En ninguna posición se puede descansar. Ni de espaldas, ni de bruces, ni de lado. Todo duele.

Mucho falta para que termine este viernes 26 de septiembre de 1952. Las cámaras de tortura seguirán trabajando toda la noche, como fauces de un monstruo que tritura cuerpos de obreros y obreras, estudiantes y profesionales, de la gente vinculada a los dolores y sufrimientos del pueblo.

Esta misma noche la seca voz del Presidente habla a través de todas las difusoras, encadenadas al efecto.

No habla de los pechos de las obreras

machacados por las botas de sus agentes; no habla de obreros y estudiantes torturados, no habla de allanamientos ilegales, ni de arrestos arbitrarios. . .

Habla de estar salvando a la patria de un enorme peligro. Habla de una gran conspiración. De un golpe rojo descubierto a tiempo. Habla de defender al país, de "fuerzas capaces de sembrar la confusión, de trastornar el orden público. . . de disolver las tradiciones nacionales. . . atentar contra las instituciones democráticas. . . peligrosas para las libertades de sus habitantes y para la Paz Social. . ." Repite mentiras y calumnias desgastadas por el uso, como si estuviera leyendo en un polvoriento texto hitlerista.

La radio multiplica la arenga cuartelaria:

—"El futuro del país como Nación Independiente, ha estado hasta este momento en serio peligro. . . De la misma manera que lo he hecho en otras ocasiones, me dirijo nuevamente al Pueblo para informarle de los acontecimientos últimos y de las providencias que, para preservar el orden y la paz, han sido cumplidas. . . Estoy firmemente convencido de que mi gobierno al actuar en la forma relatada, al mismo tiempo que cumple con sus deberes constitucionales, satisface los anhelos del pueblo salvadoreño. . ."

Pero el pueblo sufre con sus hijos en las cárceles y en los potros de tormento.

***

Por la radio no se oyen los gemidos de los torturados.

Desde esta bartolina sí se escucha, en el silencio de esta noche interminable, cómo gime y se desangra la parte más honesta, sincera y consciente del pueblo salvadoreño. . .

BESTIALIDAD

Sábado 27.—Es de noche, las celdas están envueltas en penumbra. En ellas sólo se filtra la luz de mortecinas bombillas colocadas afuera, cerca de la puerta y de las rejas posteriores. Segundo día sin que se ocupen de proporcionarnos alimentos. En sus cálculos el hambre juega su papel: tratan de minar así la resistencia moral. Ellos cuentan con que, cuando la serpiente del hambre comience a devorar los intestinos y la perspectiva de los continuados tormentos físicos se haga más intolerable, los individuos se tornen dóciles a sus designios.

Todo el día hemos estado esperando que se cumpliera la amenaza de sacarnos al tormento. Cada momento, al siniestro tintinear de llaves, esperamos tensos, espectantes, inmóviles en nuestro respectivo rincón. Oímos los pasos que se acercan: "¿vendrán por mí? ¿Por este compañero que está hecho un ovillo en ese otro rincón?" Pero todo el día los carceleros han estado llegando a otras celdas

antes de la nuestra o han pasado de largo. Chirrian continuamente las puertas dejando salir más y más personas para que sigan trabajando las salas de tortura.

Sólo dos veces se han detenido en ésta. La primera vez, como a las 8 de la mañana. Llegan Urías y Menjívar. Abren. Entran.

—"¿Carpio?"

—"Mmh".

Se dirigen al rincón donde estoy tendido. Vienen sonrientes; con sonrisa falsa, forzada, que se esfuerza por parecer amistosa. Se sientan en el suelo con los pies estirados, uno se sienta a mi derecha, el otro a la izquierda. Están obsequiosos, campechanos:

—"¿Querés un cigarro?"

—"No, gracias".

—"¿Qué brutos los muchachos, verdad? Cómo te golpearon ayer. Nosotros por estar ocupados con el estudiante no nos fijamos, y esos carajos te agarraron por su cuenta. Pero es que vos también tenés la culpa. Mirá: ¿Por qué no cooperás con nosotros? ¿Qué te sacás con negarte? Nosotros te podemos ayudar. . ."

Hacen gala de cinismo. Ahora pretenden desempeñar el papel de protectores. Ya no son verdugos, quieren mostrarse como amigos. ¡Qué buenas gentes! Despliegan la táctica del halago. Viejas artes de policías. Luego sacan a relucir una de sus argucias favoritas. Tratan de hacer creer que ha habido quienes se han prestado a su juego. "Mirá, Fulano de Tal

confesó y te ha complicado en todo". Yo sé que es una trampa muy conocida el acercársele a un individuo diciéndole que otros se han hecho cargo de las acusaciones y luego lo mismo le dicen a los otros con relación al primero. Esa engañifa están empleando ahora conmigo; seguramente la estarán desplegando con todos. Cambiando de táctica me muestran una fotografía que me tomé junto con mi compañera y que siempre llevaba en el bolsillo y comienzan a preguntarme de ella. Finalmente, hacen a un lado la sonrisa y el tono protector y amistoso. Se retiran después de amenazarme. Se acercan al otro rincón, tratan de reanudar el juego allí también y muy pronto desisten.

--"Ya vamos a venir por ustedes", dicen al largarse.

Más tarde se oyen voces cerca de la puerta. Varias personas conversan. Desde este rincón no puedo verlos. Ellos tampoco me ven, aunque atisben pegados a las rejas. Después de un momento de oirles hablar entre sí, escucho:

—"Acérquese a la puerta".

No me levanto. En realidad me cuesta mucho moverme.

—"Hey, levántese".

Arrastrándome llego junto a las rejas. Es Medrano con otros dos jefes de Policía y un agente. Me están viendo. Platican entre sí.

—"Dese vuelta".

Hago un esfuerzo. Tomado de los barrotes me incorporo. Me doy vuelta poco a

poco. Están examinando la espalda. Deliberan. Medrano repite la amenaza:

—"Ya van a venir por usted".

¡Qué rostros más fríos! Indiferentes, apagados. Se podría pensar que están hastiados de hartarse sangre. Como bestias ahitas. No muestran ira, pero tampoco compasión. Tienen el aire impersonal de quien dictamina sobre algo que no le concierne en absoluto.

Llaman a Cea. Me retiro a mi rincón. Repiten la escena. Al alejarse se escucha la voz del agente que les acompaña, Humberto Henríquez, preguntando solícito:

—"¿Por qué no les echamos agua, mi Mayor? Anoche, al fin, ya no les tiramos el agua con sal."

***

Eso fue en la mañana. Ahora, ya de noche, todo ha seguido al mismo ritmo. Dolor, sufrimiento. Bestialidad cebándose en el cuerpo de los obreros y estudiantes.

Pasadas las diez de la noche, conducen a mi compañera ante los verdugos. Preguntas, amenazas, luego:

—"Desnúdese".

Ella se niega.

—"Desnúdese", repiten.

No hace caso. Protesta. Cierra los ojos y espera el golpe. Entonces se arrojan como perros contra ella. Le rasgan el vestido, se lo rompen. Se lo quitan. Ella resiste, forcejea. Le hacen tiras el fustán. Lo arrojan lejos. La

están dejando desnuda. Hacen hilachas las prendas íntimas. La han dejado completamente desnuda, de pie, frente a ellos.

Al verse así, ante la mirada insana de los malvados, mira para todos lados, busca con qué cubrirse, no lo encuentra. Se sienta sobre los ladrillos, cubriéndose con brazos y manos los órganos femeninos. Golpes, puntapiés. Palabras ofensiva e hirientes.

—"Esta desgraciada no es ninguna mujer buena; de lo contrario ya hubiera aceptado declarar como queremos en vez de dar lugar a estar desnuda".

Risotadas, mofas, expresiones soeces. Se están riendo de una obrera. Están insultando a una madre, cuyos dos hijos han conocido su nobleza, su dulzura, su amor sencillo y puro, su abnegación. Se ríen de una mujer honesta, de una hija sostén único de su anciana madre ciega. Destilan sobre una trabajadora, en la baba sucia de sus expresiones injuriosas, todo el veneno y el odio que sienten contra la clase obrera, la clase explotada, única históricamente capaz de dar al mundo una nueva moral y una nueva cultura despojada de los vicios, corrupciones y maldades emanadas del sistema de explotación.

Le halan y alborotan el cabello. Con un crayón de labios le manchan el rostro: la boca, las mejillas, la frente. . .

—" ¡Hey, meretriz! So, prostituta, hablá".

Entra Medrano. Llega acompañado de su chofer. Desde su ensoberbecido desdén militar

contempla burlón, hiriente, con sus ojos verdosos despidiendo rayos de maldad. Habla. Bromea. Escarnece. Interroga. Amenaza. Se encoleriza. Vuelve a reir con risa chocarrera.

...Y así, sentada en el piso, con los brazos cruzados por delante, cubriéndose de las miradas perversas de la jauría de verdugos, ante sus palabras injuriosas, sus mofas, sus risas; temblando de frío, de odio y de vergüenza, remachados los dientes por la indignación que la ahoga, permanece una obrera salvadoreña, una mujer del pueblo, horas y horas hasta cerca de las tres de la madrugada, en que por fin la conducen a su celda, cubierta por jirones de sus ropas.

Sobre los ladrillos de la celda, la sacude temblor intermitente causado por el choque nervioso y por la rabia impotente, y piensa todavía con horror, cómo es que los malvados no se atrevieron a cometer la violación física. Oye la voz cariñosa de Fide, quien ahora ya está en la misma bartolina:

—"Tome, Tulita, cúbrase con mi vestido".

Manos solidarias de obrera se tienden hacia ella...

***

Domingo, medianoche. Hace un rato, a las 11, se llevaron a Cea. ¿Volverán con él? ¿Se quedará en el tormento? Estaba muy grave el compañero, casi a rastras lo sacaron. Estamos al filo de las 12. Se está acercando un

grupo de personas. Se han detenido frente a la celda. Están abriendo. Traen de regreso al compañero. Físicamente viene peor. Cuatro veces más le han aplicado la tortura de la asfixia. Se les quedó. Les costó trabajo volverlo a la vida y dispusieron traerlo al calabozo. Menos mal. Me siento aliviado del peso que me oprimía.

—"Arriba, levantate".

Vamos. Cómo resuena, a esta hora, en este tétrico edificio, cada paso de mis acompañantes. Me parece que cien ojos están clavados en nosotros, agazapados detrás de cada reja. Me parece que todos se están dando cuenta y que si no regreso, cien, más de cien testigos podrán decirle mañana a mi pueblo, a los trabajadores: "Nosotros vimos que tal noche lo sacaron y que ya no regresó". Y dirán los nombres de quienes llegaron por mí. Pero talvez no, talvez cada uno esté oyendo, aguzando el oído al máximo, escuchando, contando cada paso, esperando, pensando: "¿Será mi turno?". Y luego, al oir cómo se alejan los pasos de la comitiva: "¿A quién llevarán? . . ." Pero siempre, más de alguno se da cuenta.

Entramos a la sala de archivos. Es la que en el segundo piso, forma el ángulo noreste del edificio. Al frente, separada sólo por la calle, la Iglesia de La Merced, levanta sus viejas cúpulas de lámina. Pocos metros nos separan del campanario histórico desde el cual nuestros próceres lanzaron el Primer Grito de la

Independencia de Centro América, en rebeldía contra el coloniaje español. De acercarme a las ventanas de esta sala podría verlo.

Se respira un ambiente raro, distinto al de hace dos días en la cuadra de agentes. Allí, desde el instante en que entré sonaron los insultos, las amenazas, los bofetones. Aquí, en cambio, todo es quietud, serenidad. Aquí ni siquiera los ojos de los verdugos se ven cargados de odio, preñados de furor. Parece que han preparado todo esto para impresionar, para dar la sensación de una severidad solemne, majestuosa; pero al mismo tiempo sobría, sobrecogedora. Los pasos de los agentes suenan quedos, apagados, como si trataran de no despertar a alguien de importancia que estuviera dormido por allí, en cualquier rincón. Allá era como el desenfreno de hienas disputándose la oportunidad de dar las primeras dentelladas a su presa; aquí, como el silencioso rondar de panteras alrededor de la víctima.

La sala no es muy grande. Al fondo, un escritorio. Varias mesas y archiveros metálicos distribuidos como en cualquier oficina.

Me detienen frente al escritorio principal. Un reflector de luz potente enfocado sobre el rostro me hiere la vista, me encandila. Me ordenan que abra bien los ojos. No puedo. El izquierdo no se abre, el derecho está semi-cerrado. No insisten.

Tras el escritorio están tres personas, mirándome fijamente. Del rostro sólo la fren-

te y los ojos quedan libres. El resto se lo han cubierto de la nariz para abajo, con sendos pañuelos, al estilo de los gangsters. No quieren ser identificados más tarde. Inmediatamente se advierte que son de muy alta jerarquía por la manera respetuosa y servil con que son tratados. Los agentes se cuadran frente a ellos, con solicitud; están pendientes del menor gesto. Se adivina su deseo de agradarles, de quedar bien. Ese trato no lo reciben ni los más altos jefes de policía. El que está en medio y parece ser el jefe principal, moreno de muy robusta complexión, de anchos hombros y espalda, mirada fría y penetrante, pelo lacio y cortado a la usanza militar, habla primero. Se esfuerza por dar a su voz entonación grave, pausada, ceremoniosa:

—"Nosotros no queremos causarle daño. El gobierno no quiere crear víctimas. Acepte en declarar como queremos".

Vuelven las mismas preguntas. Fantásticas. Persiguen comprometer a muchos ciudadanos en un inexistente complot. Paulatinamente va abandonando el tono grave, el ademán ceremonioso, reposado. Poco a poco va cobrando sonido metálico su voz, se impacienta, se irrita, chilla, estalla:

—"Vuélvanle a poner la capucha".

Se desmorona todo su artificio impresionista. Vuelven a llamear los ojos de los verdugos con sadismo desbordado. De las bocas aguardentosas se precipitan cataratas de lodo fétido de sus injurias y toda la maqui-

naria de la asfixia se vuelve a poner en movimiento: el hule, los cordeles, el jinete, puntapiés, una... dos... tres... cuatro veces... cuatro agonías, ahora hondamente más dolorosas, pues los pulmones, doliendo como heridas lastimadas, se tornan más sensibles al esfuerzo supremo de la asfixia.

Luego, habla el Jerarca detrás de su antifaz:

—"Levántenlo ya. Este no quiere con capuchas".

Me quitan el hule, me sueltan, me levantan.

***

Los tres jefes se consultan en voz baja. Parece que se están poniendo de acuerdo sobre si ya llegó el momento de poner en práctica la segunda parte de su plan. La voz del personaje máximo da una orden seca, cortante, colérica:

—"Traigan a la mujer de éste".

Dos verdugos vuelan a cumplir el mandato. La sala queda envuelta en el silencio. Por las ventanas abiertas, en alas de la brisa que entra bienhechora, se escuchan los sonidos apagados de una ciudad que duerme: la nerviosa clarinada de un gallo lejano, el ladrar de perros por allá por la cuesta de la Vega, la bocina de un automóvil... Casi se siente el hálito humano y cálido de 200.000 seres que descansan de sus fatigas. ¡Cuánta gente nos rodea, aquí cerquita, casi se podría tocar con

la mano! Gente nuestra, gente del pueblo, gente que sufre, que espera, que ansía un nuevo despertar sin la pesadilla de la miseria y el hambre. ¡Los verdugos no la sienten! Pierden la perspectiva de las cosas. Se creen impunes, absolutos, omnipotentes. ¡Qué fácil es también para uno olvidarse de eso, creerse solo, indefenso, abandonado en garras de las fieras! Pero qué gran error sería el dar cabida aunque fuera por un segundo, a esa sensación de soledad e impotencia. No estamos solos los luchadores, los que anhelamos la libertad y la justicia. Aún en los lugares más apartados, más aislados, cuando parece que nadie sabe dónde estamos, que nadie oye nuestra voz, —si estamos defendiendo los intereses del pueblo— allí está el pueblo con nosotros, infundiéndonos la voluntad y la fuerza de miles y miles de corazones palpitando al unísono. No estamos solos. Y los verdugos parecen ignorarlo. Se esfuerzan por anonadar a sus víctimas haciéndoles sentir la limitación de sus fuerzas físicas, haciéndoles sentir que están solos, que en ese momento nadie puede ayudarles. Parecen ignorar los verdugos que cada golpe que descarguen sobre un obrero, un campesino, un estudiante, sobre un luchador demócrata, por mucho que se aislen para que nadie los vea, por mucho que se amparen en las sombras de la noche, no podrá quedar impune. El pueblo, por momentos puede parecer dormido, indiferente, tardo; pero tiene millones de ojos, millones de oídos, millones y millones de manos que trabajan,

que construyen, que crean; pero que también envuelven, aprisionan, rodean en una red inescapable a los verdugos, a los cerebros que están tras los verdugos y que no les dejarán escapar de su justicia, cuando la justicia sea la expresión de los intereses populares.

Ya están de vuelta. Traen a mi compañera. Qué demacrado está su rostro. Qué pálido y marchito. Qué hondas huellas de sufrimiento ha marcado en su frente el horror de estos días. Pero en sus ojos hay fuego. Ella también me está examinando. Estamos a la par, el uno junto al otro.

Han reanudado las preguntas y amenazas. Finalmente ella les dice:

—"Es increíble la forma en que ustedes están procediendo. Cómo a base de tormentos quieren arrancar declaraciones falsas. Hasta a esa pobre señora que está en la misma bartolina conmigo, dueña de un comedor y que jamás ha pensado ni siquiera en llegar a un sindicato, la han golpeado tan bárbaramente".

—"¿Por qué dice eso? " preguntan.

Creo oportuno hacer una observación:

—"El recurrir a estos métodos es el medio más seguro de que el gobierno caiga en el más profundo desprestigio ante el pueblo. Todo el pueblo lo tendrá que saber".

Al ver que un agente, con una mano me ha agarrado del cabello y con la otra me va a descargar una bofetada en el rostro, exclama mi compañera:

—"No repliques nada, te van a golpear".

Simultáneamente se oyen toques en la puerta de la sala. La bofetada se detiene en el aire. Un agente abre. Vuelve a cerrar la puerta y regresa apresurado. Susurra algo al oído del Jerarca principal. Este da una orden. Nos vendan los ojos con sendas mantas dobladas en dos, cuyos extremos nos anudan a la cabeza. Vuelven a abrir la puerta y entran un grupo de personas. El cuarto se ha llenado de sus pasos. ¿Quiénes serán? ¿Qué importantes personajes han de ser como para que nos tengan que cubrir los ojos? ¿Por qué tanto interés en que no podamos identificarlos después; siendo que por el contrario, no tienen interés alguno en impedir que veamos, junto a los torturadores, a los más altos jefes de la policía? Sin duda alguna son muy altos funcionarios del gobierno, pero: ¿vendrán entre ellos sus asesores de la Embajada Norteamericana?

El pensamiento es interrumpido por una voz ya conocida. De entre el grupo que ha entrado, Medrano me dirige la palabra:

—"Por fin, ¿nos va a decir si ustedes son comunistas? ¿Nos va a decir quién lo conquistó para el comunismo? ¿Quiénes más lo son? "

—"Ustedes me han estado vigilando durante mucho tiempo. Se han dado cuenta que todas mis actividades se han desarrollado dentro del movimiento sindical, a lo cual, como ciudadano y trabajador tengo pleno derecho, garantizado por la Constitución Política y leyes respectivas. Nada en absoluto sé

de lo que me preguntan".

—"Eso no importa, replica Medrano, puesto que es notorio que dentro del movimiento sindical hay una tendencia a actuar sin la dirección del Ministerio del Trabajo. Hay... ¿cómo podría llamarlo?..,. hay un sindicalismo independiente. El gobierno está decidido a que los sindicatos estén bajo el control y dirección del Ministerio, por consiguiente, todo movimiento sindical que se aparte de eso lo considera como subversivo y comunista y está dispuesto a deshacerlo".

Nada tengo que replicar a eso. Tampoco mi compañera. Nada replicamos a las amenazas cada vez más irritadas que nos dirigen. Pero la tensión general va en aumento, se siente hasta en el aire, se percibe que en algo más siniestro va a desembocar esto. Luego, estalla en nuestros oídos, como un latigazo, la siniestra amenaza dirigida a mi compañera:

—"Mirá, desgraciada, si no aceptan declarar como queremos, te vamos a echar a la bartolina de los ladrones para que todos te violen".

No puedo impedir que bajo la manta que me cubre el rostro, los labios se contraigan con temblor nervioso. Instintivamente mi compañera se ha pegado junto a mí. Siento su brazo rozando el mío, su cuerpo vibra como un pajarillo asustado. Silencio absoluto. Están atentos a nuestros movimientos. Esperan nuestra reacción. Se impacientan. Repiten la amenaza. Por nuestra imaginación, en sucesión vertiginosa, cruzan nítidamente las horri-

pilantes escenas de esas bartolinas de ladrones. Semi-desnudos, hacinados hasta lo imposible en cada una de ellas, 50 ó 60 seres humanos de todas las edades, esqueléticos, la mayoría de ellos con el fuego de la tisis brillando en las pupilas junto a sus pómulos salientes, cubiertos de horribles ulceraciones sifilíticas, famélicos: hambrientos de comida hasta la desesperación y también hasta la desesperación hambrientos de mujer. ¿Qué suerte correría una pobre mujer que fuera arrojada en ese infierno? Es indudable que moriría despedazada, como entre las fauces de lobos hambrientos. Se hundiría en un ululante remolino humano, se perdería bajo bajo oleadas de brazos huesudos, de piernas ulcerosas, de ojos afiebrados, de baba... hasta no reaparecer más que sus despojos destrozados...

Los verdugos no hablan. Esperan. Hacen una pausa para que la bestial amenaza golpee como un mazazo en el cerebro. Que se expanda por todas las celdillas de la masa encefálica. Que haga enloquecer. La espada está pendiente. Vuelan los segundos. La tenebrosa voz del jefe principal da la orden:

—"Echen a la mujer a una bartolina de ladrones".

Se acercan dos verdugos, la obligan a separarse de mi lado. No puedo verla, no puedo taladrar la venda que cubre mis ojos. Ella también va vendada. Van hacia la puerta. Cada paso golpea sobre mi corazón y mi cerebro... tac, tac, tac... uno... dos... tres...

cuatro... se han detenido junto a la puerta. La abren. Salen... se van... se van... sus pasos se apagan en el silencio de la noche.

¡Qué inmensidad de dolor puede anegar el corazón humano en un instante! En este momento, al oir que se alejan con mi compañera no estoy en capacidad de saber que la horrible amenaza no va a ser cumplida; que la orden ha sido dada no con la intención de hacerla efectiva sino como una bestial tortura psicológica, que tiende a anonadarnos con un choque moral devastador, no hiriendo propiamente el cuerpo, sino el cerebro, la mente, el espíritu...

En este momento no estoy en situación de saber lo que está ocurriendo fuera de esta sala. No estoy en capacidad de saber que la amenaza no ha sido materializada; pero que a mi compañera la han conducido a la siguiente sala, en donde se continúan los golpes, las torturas, la asfixia... hasta que, más tarde es conducida de nuevo a su celda. Sin embargo, por mi mente siguen danzando escenas espantosas...

***

¿Y ahora qué? ... Estoy en la sala; pero mi pensamiento no puede apartarse de la horrible perspectiva. Casi no oigo que me están hablando, que están ordenando algo.

¿Qué será lo que me acaban de decir? ¡Ah! ahora sí fijo la atención en las palabras:

—"Desnúdese".

No tengo intención de obedecerlos. Se acercan y me ayudan a quitarme las ropas. Me desnudan completamente. Me empujan hacia adelante. Unos cuatro pasos y topo con un mueble. Sigo vendado. Palpo. Es una mesa corriente. Me ordenan tenderme de bruces sobre ella.

—"Súbase más".

Me empujan. Los brazos quedan colgando por la parte delantera de la mesa. Los pies también cuelgan por el lado posterior.

Me están estirando un brazo, halándome de la muñeca. Me lo acercan a la angulosa pata de la mesa.

—"El número cuatro", dice un torturador.

Halan más el brazo. ¡Caramba! ¿Irán a romper la muñeca? El brazo retorcido lo atan a la madera. Ahora el otro brazo. He quedado, con los brazos abiertos, atados a las patas delanteras de la mesa.

¿Qué más irán a hacer ahora? Me están halando un pie. Más. Tratan de retorcerlo alrededor de la pata del mueble. Me lo amartan fuertemente. Halan el otro pie. Estoy despatarrado. Atan. Pies y manos quedan fijos a la mesa. No puedo moverme. Cada esfuerzo hunde más el cordel y la madera en la carne. Estoy listo para nuevos tormentos.

La cara está pegada a la parte superior del mueble. Me ladean un poco el rostro para que un oído quede sobre la madera. A una

pulgada de la oreja comienzan a golpear el mueble con toques rápidos, secos... toc, toc, toc, toc... que entre por el pabellón de la oreja, que taladre el oído, que repercuta en el cerebro, que lo aturda, que lo enerve... toc, toc, toc... un minuto, diez, cien, más minutos... mientras una voz cavernosa, monótona, profunda, pregunta, pregunta y pregunta, cien, mil veces, amontonando preguntas sin cambiar la inflexión de la voz, casi sin esperar respuesta, leyendo un test cuyo papel cruje bajo sus dedos. Preguntas sencillas, absurdamente sencillas, o escabrosas, fantásticas, mal intencionadas, capciosas:

—"¿Cómo te llamás...? ¿Dónde vivís...? ¿Cuántos años tenés...? ¿Quién hace las bombas...? ¿Cómo te llamás...? ¿Es comunista X...? ¿Dónde vivís...? ¿Has estado en sindicatos...? ¿Dónde están las armas...? ¿Tenés hijos...? ¿Cuántos años tenés...? ¿Sos comunista...? ¿Cómo te llamás...?

...Toc, toc, toc... Una hora, más...

Pero simultáneamente al enervamiento de las fibras cerebrales, la parte posterior del cuerpo está bajo la intensiva acción de golpes y torturas...

El cuerpo se retuerce, sé que no puedo romper los cordeles, pero pies y manos forcejean, se desangran. Resoplo, pujo, revuelco las mejillas sobre un lago de saliva...

—" ¿Cómo te llamás...? ¿Dónde vivís...? ¿Dónde están las bombas...? ¿Tenés hijos...? ¿Es comunista el Dr. Ganuza...? ¿Cómo te llamás...? ¿Cuántos años tenés...?

Toc, toc, toc...

Dos horas, más...

Voy perdiendo la hilación de las preguntas. ¿Qué dónde vivo? ¿Que si alguno es comunista? ¡Qué me importa lo que sea que estén preguntando! Al fin y al cabo nada he de contestar. La voz del interrogador se va convirtiendo en un zumbido molesto, sin sentido, como un persistente moscardón que diera vueltas constantemente alrededor del oído. Nada puedo hacer por alejarlo. Pierdo el sentido.

Me halan y arrastran al baño. El frío del agua de la ducha, penetrando hasta los huesos me saca del sopor, me sacude hasta la última fibra de los nervios, arrojado en el suelo bajo los finos chorrillos de agua helada que punzan la piel. Sorbo con deleite el líquido que baja hasta los labios y aplaco la sed que me abrasa la garganta.

Me ordenan incorporarme y, al tratar de hacerlo, caigo al suelo haciéndome daño en la cara. Los pies no me obedecen.

Tomándome de las axilas me arrastran otra vez frente a la puerta de la sala de torturas que está cerrada. Comienzan a hacerme flexiones, me alzan en peso y me bajan rítmicamente, con el fin de que los pies se endurezcan. Uno, dos; uno, dos, para arriba y para abajo, varias veces. Luego: "Párese". Lo intento y vuelvo a caer. Es inútil, los pies parecen de trapo, no quieren sostenerme. Y vuelven las flexiones... uno, dos; uno, dos. Mas todo resulta infructuoso.

Adentro de la sala, otra persona está siendo torturada. Desde aquí se oyen sus gritos y pujidos ahogados.

Se abre la puerta y sale un jefe. Los policías le informan que no puedo levantarme y preguntan si ya es tiempo de llevarme de nuevo a la sala.

—"Regrésenlo a la bartolina", ordena.

Los primeros celajes de la madrugada pintan ya en el horizonte.

***

Hecho un ovillo en el rincón de la celda soy como un montón de huesos chocando entre sí. Pero allá en el interior, una llamita ardiente, comienza a lamerme el corazón; sube y se extiende como un incendio: un impetuoso sentimiento nuevo, nunca antes por mí experimentado, invade mi ser por un momento. Me siento como transfigurado, oleadas de júbilo golpean mi cerebro y, ante el menguante taconeo de las botas de los verdugos que se alejan después de arrojarme en la celda, levanto el puño con exaltación incontenible. Me siento fortalecido y estoy más seguro que nunca de que sus torturas no lograrán vencer la moral de los demócratas que ahora estamos en garras de la barbarie. No podrán quebrantar la fe ni la seguridad de que en la larga lucha contra el despotismo, el pueblo inevitablemente vencerá. Después de esta vibratoria explosión interna, caigo en un sopor denso, persistente, lento retroceso de

agudísimas tensiones.

Por la tarde, un policía se acerca a la puerta, con sigilo deja un botecito de jugo de tomate: "Lo envían sus compañeros", nos dice. Mi compañero de celda se levanta casi a rastras, alcanza la latita y sorbemos por turno, despacio, con delectación el reconfortante y fresco líquido, primera porción de alimento que tomamos desde el viernes 26.

Hace poco he tratado de incorporarme y he rodado por el suelo de la letrina; el compañero, casi a rastras, apoyándose en la pared, fraternalmente me ha ayudado a regresar a mi rincón.

Pasa la noche del lunes. A los de esta celda no nos han venido a perturbar. Durante la noche, a Fide y a mi compañera la sacaron y Urías Orantes y Carlos Carrillo las condujeron a la cuadra de agentes. Intentaron violarlas; pero ellas han armado tal escándalo, que se vieron obligados a levantarse, encolerizados, algunos jefes de la Sección de Línea que ya estaban dormidos y, debido a eso, los de Investigación tuvieron que regresarlas a sus celdas sin lograr sus propósitos malvados; no sin antes descargar sobre ellas su furia a puntapiés y puñetazos.

Por la mañana del martes, pasan a Cea a otra celda. He quedado solo. Me pregunto qué nuevos proyectos estarán urdiendo las mentes tenebrosas de jefes y verdugos.

II PARTE

SECUESTRO

"EXHIBICION PERSONAL"

Se oye nutrido taconeo en el pasillo. Atropellado tintinear de llaves, ruido de cerrojos en las celdas vecinas. Luego: "Salga". No respondo. Repiten la llamada. Están abriendo el candado. Abren la puerta. En tono imperativo me ordenan salir. Les digo que no puedo caminar. 2 agentes me ayudan a incorporarme y me sacan al pasillo. ¿Qué querrán? ¿era un nuevo interrogatorio? En la penumbra veo sombras apelotonadas frente a las celdas, todavía los ojos lastimados no me dejan ver bien. ¿Nos llevarán a un interrogatorio masi vo? Entre los grupos circulan los capataces dando órdenes. Del grupo más cercano, se desprenden dos hombres, se acercan a mí; ya los veo claramente con cariño me toman de los brazos. Los he reconocido. ¡Son manos fraternales de compañeros! Me incorporan a su grupo.

Luego los sicarios nos ordenan alinearnos; todos los pequeños grupos se alínean en

una sola hilera de reos, de dos en fondo. ¿A dónde nos llevan? Los agentes deliberadamente adoptan un tétrico aire de misterio. Es parte de su técnica.

—"Alíniense bien. ¡Vamos, caminando! hacia los escalerones", ordenan.

Nos conducen hacia el escalerón que, por el lado sur oriental del edificio, comunica con los pisos inferiores. Unos van bajando escalón por escalón con grandes esfuerzos. Algunos van apoyados en la solícita ayuda de otros compañeros. Allí va Cea, obrero de construcción, con los labios horriblemente chamuscados por la brasa de cigarrillos encendidos, lleva rotas las costillas, parece imposible que alcance a bajar tanta grada. Pedro Yan, directivo de los motoristas santanecos, va encorvado como un ocho, no puede enderezar el espinazo, parece que le han desprendido los riñones; lo llevan entre dos compañeros. Otros llevan las plantas de los pies deshechas, cada paso es un tremendo suplicio.

Ya la caravana ha bajado poco a poco los escalones. Por entre los corredores de la planta baja nos conducen al Cuerpo de Bomberos. Allí están ya listos un camión de la "Defensa", entoldado, y carros de la policía con placas particulares.

—"Suban", nos ordenan.

Como vamos esposados se nos hace difícil obedecer... Dentro del camión hay dos bancas, una a cada lado. Nos acomodamos en ellas. Suben las puertas metálicas del Cuerpo de Bomberos. Los agentes bomberos miran

con indiferencia toda la maniobra, se ve que están en el secreto, que son cómplices de ella.

Con ronco zumbido de motores la caravana de vehículos se pone en movimiento, sale por el portón del Cuerpo de Bomberos, enfila hacia el norte. Adelante va un carro con reos y policías vestidos de civil, luego sigue el camión de "Defensa" cubierto con una lona que impide ver el interior; detrás siguen otros dos automóviles, en uno de ellos van las compañeras vigiladas por agentes, en otro va Alfredo Torres, Segundo Jefe de Investigaciones que comanda la maniobra; va también Menjívar (a quien apodan "Cola de Gallo") con otros miembros de ese Cuerpo.

Serán las once de la noche. Rauda y silenciosa la caravana va devorando cuadra tras cuadra. Ya vamos a la altura de la Avenida Independencia. Por los agujeros de la lona, vemos la gente que febrilmente camina por las calles, indiferente al hecho de que en estos vehículos llevan a los reos políticos. ¡Qué se va a imaginar la gente del pueblo que allí nomás al alcance de la mano los sicarios de la tiranía llevan a los elementos más reconocidos de las organizaciones democráticas! ¡Cómo van a pensar que ya los peores métodos fascistas están siendo puestos en práctica por este gobierno malvado que se hace llamar "revolucionario"! Sin embargo, aquí vamos; vemos a nuestra gente, vemos al pueblo y no podemos hablarle. Quisiéramos gritar a la gente que va en las aceras: "Aquí

vamos, aquí nos llevan estos sicarios, estos discípulos de Hitler". Quisiéramos pregonar a los cuatro vientos y que todo el pueblo se dé cuenta. Que la gente se arremoline alrededor de los vehículos y nos rescate de las garras de los verdugos.

Al pasar por "La Tiendona" alcanzamos a ver rápidamente (y más que vemos, adivinamos) escenas que nos son conocidas: una rueda de hombres en derredor de una vendedora de atol "shuco"; otra mujer da vuelta a los pasteles que hierven en un perol lleno de manteca, encima de un alegre chisporroteo de leña encendida. ¡Oh, la gente de nuestro pueblo! ¡Dinámica, trabajadora, sencilla, rebelde! ¡Qué gran tesoro tiene nuestro país! ¡Qué formidables hazañas realizará cuando esté libre de las clases reaccionarias que la agobian con cadenas antidemocráticas!

La caravana no se detiene. Al llegar a la altura de "La Garita" tuerce rumbo a Oriente, sobre la carretera Panamericana, la que une a nuestro país con Honduras, Nicaragua, etc. Veloz y silenciosa va tragando los kilómetros. Vamos en silencio, esposados, apretujados unos contra otros dentro del camión. Poco a poco nos vamos acostumbrando a la oscuridad de la noche. Cuidándonos van tres policías de investigaciones, atentos a cualquier movimiento, con el arma lista a utilizarla en caso de necesidad. Dejamos atrás el aeropuerto de Ilopango.

Vamos abstraídos, cada uno pensando cuál será el final de este episodio. Resulta

inevitable pensar que esta es la carretera por donde tantos y tantos salvadoreños demócratas han sido desterrados por las sangrientas satrapías que han impuesto las clases reaccionarias. ¿Nos llevarán al destierro? Sentimientos encontrados bullen en nuestro interior. Por un lado cierto alivio por alejarnos de ese antro de torturas, de donde por momentos pensamos que no podríamos salir. Por otro lado, la tristeza de alejarnos quién sabe si para siempre de la tierra querida. Y no se puede descartar la escalofriante posibilidad de una intención más malvada de parte de nuestros captores. Con estos pensamientos me abstraigo de la realidad y mis ideas me remontan a otra ocasión similar, varios años atrás...

***

Y recuerdo...

...Son los días finales del mes de agosto de 1949. El Consejo de Gobierno mal llamado "revolucionario" se niega a permitir la libertad de organización sindical. Los trabajadores han organizado una serie de mitines y manifestaciones con ese propósito. Pocos días después ese gobierno decide capturar y desterrar a algunos directivos obreros y personas democráticas. Y allá vamos tres personas: el Dr. J. Antonio Díaz, Eliseo Romero y yo, alejándonos de la línea fronteriza; internándonos en tierra hondureña. Vamos en un vehículo, escoltados por autoridades hondureñas. Adelante, el camino polvoriento, calci-

nado por el tórrido sol de mediodía se pierde en la lejanía. De vez en cuando, una iguana que está asoleándose tirada en el camino salta a la orilla, para no ser arrollada. Atrás queda nuestro terruño. Dos gemelas elevaciones verdes, como ubérrimos pechos de mujer, nos indican los límites de nuestro país. Encima de ellos pasa la línea fronteriza (los del lugar los conocen con el nombre de "Pechos de Santa María"). Sobre ellos fijo persistente la mirada, son el símbolo de esta tierra pequeña pero fecunda y querida que es mi patria. Siento en mi corazón la angustia infinita de abandonar todo lo que hasta entonces ha sido para mí lo más querido. El cielo azul que me vio nacer, los ríos, los lagos, los montes y los bravíos volcanes que fueron el marco de mis atrevidos ensueños de la juventud. Allí quedan mis seres más queridos. Mi madre, mis dos pequeñas hijas. ¿Cuándo os volveré a ver, pedazos de mi vida? ¿Cómo os sostendréis durante mi forzada ausencia? ... En una vuelta del camino se pierden definitivamente los cerros que durante un momento para mí se han convertido en símbolos de mi país. Del fondo de mi pecho convulsionado, un grito, como de fiera herida, pugna por salir. "Adiós, Patria querida! Adiós Cuscatlán amado, tierra bravía, aherrojada por camarillas antidemocráticas que representan intereses de una minoría reaccionaria e intereses extranjeros. ¡No seguiréis todo el tiempo bajo semejante opresión: nuestro valiente pueblo sabrá encontrar el camino de su liberación y será feliz y esplen-

doroso su futuro! ¡Te juro pueblo mío, seguir luchando por tu felicidad, aunque sea lejos de tu suelo".

Adelante, el camino polvoriento. Muchos pueblos también oprimidos como el nuestro por la reacción interna y por los intereses de las compañías bananeras, petroleras, azucareras, que no los dejan progresar; pueblos que luchan denodadamente por su liberación, por la democracia y la libertad. Atrás quedan nuestros seres queridos, nuestra Patria aherrojada; pero adelante, tampoco estaremos solos: la fraternal solidaridad de los patriotas, obreros y profesionales, que luchan por la liberación de sus respectivos pueblos nos acompañará, y nosotros trataremos de poner nuestro modesto esfuerzo en su ayuda; porque la liberación de nuestros pueblos es una gran causa común...

***

Esos son recuerdos... Mas, el rebote del vehículo en un bache del camino me regresa de la abstracción: me coloca ante la cruda realidad. Llevo la garganta reseca. Vamos en un camión de la "Defensa" cuidados por tres verdugos. Seguimos silenciosos. Los ojos de los policías brillan con siniestra maldad. Siguen fijos en nuestros movimientos. Siento que las manos se me están durmiendo, mordidas por el frío hierro de las esposas.

De repente, las luces nos indican que vamos entrando en una población. Inopinada-

mente el camión abandona la carretera, tuerce a la derecha y comienza a subir por una calle empinada. Entonces nos asalta una duda: ¿Es que no vamos al destierro? ¿No seguiremos adelante? Varios compañeros han reconocido la población, y casi al mismo tiempo exclaman: COJUTEPEQUE!

En efecto, vamos subiendo por las empinadas calles de la cabecera del Departamento de Cuscatlán, que los poetas llaman "Ciudad de las Nieblas", eternamente bella entre las serranías que la aprisionan. Es una lástima que por las circunstancias en que llegamos no podamos estar en capacidad de apreciar su belleza; pero no faltará ocasión de hacerlo.

Antes de que podamos ordenar nuestras ideas, los vehículos se detienen bruscamente frente a la sección departamental de la Policía Nacional. No se ve ni un alma por las calles de la ciudad solitaria. Son aproximadamente las 12 de la noche. Dan órdenes breves y cortantes:

—"Rápido, rápido, bajen, entren, no se tarden! ".

Tienen prisa febril por ocultarnos del pueblo. Nos alinean en el corredor del viejo caserón donde está instalado el Cuerpo de Policía. Nos cuentan: somos 19 hombres, tres mujeres y un niño. No falta ni uno. El Comandante Alfredo Torres, Segundo Jefe de Investigaciones, que preside el pelotón de policía, lo comprueba personalmente lista en mano. Alto, delgado, joven, muy atildado, con bigotito bien cuidado y el traje impe-

cable, parece un intelectual de modales refinados. Quien no lo viera en estos menesteres, difícilmente podría pensar que este es uno de los directores de torturas. Con ceremonioso ademán hace entrega de la lista de reos al jefe de los policías locales, el cual ordena a un agente de línea que nos pase lista. El viejo policía se planta frente a nosotros, nos abarca con una mirada (de general revisando la tropa), y luego comienza a hacer esfuerzos por leer la lista: "Fulano de tal", grita. "Doctor, fulano de tal, si me hace el favor", le corrige el aludido. El policía se turba, carraspea, visiblemente contrariado llama al siguiente: "Doctor zutano" grita. "Bachiller, si me hace el favor", responde el indicado. El policía pierde los estribos, se pone rojo de cólera, lanza unas cuantas palabrotas, pasea una mirada furibunda sobre nosotros para impedir que sigamos interrumpiéndole y continúa llamándonos, anteponiendo a cada nombre (de obrero o intelectual) un título profesional. Olvidando un momento nuestra situación, no podemos menos de reírnos de los apuros del pobre agente.

Luego, cruzando un patio nos conducen a las celdas que están al fondo, a la izquierda. Son las celdas de los reos comunes, pero ahora están vacías, en previsión de nuestra llegada. Nos quitan las esposas y nos encierran en la primera celda; en la siguiente dejan a las compañeras Lucila, Fide y Tula, y a Mauricio, de cinco años de edad. Los policías de

investigaciones se retiran, después de darnos miradas amenazadoras y, entre tanto, un policía de línea, armado de fusil, queda como centinela de vista frente a las celdas.

Al quedar sólos en una misma bartolina, sentimos que el fuego de una gran hermandad nos une. Nos acomodamos en el suelo. Los que están más sanos ayudan solícitamente a sus compañeros más golpeados a tenderse en el piso. Somos hombres de diferentes clases sociales, de los más distintos credos religiosos y corrientes políticas diversas. Sin embargo, comprendemos que el mismo puño reaccionario nos ha golpeado, nos ha unido en el dolor y en el sufrimiento. Aquí estamos obreros, estudiantes, campesinos, profesionales. Entre nosotros hay católicos, protestantes y personas sin religión. Comprendemos claramente que la represión reaccionaria está dirigida contra todas las fuerzas democráticas, sin importar clase ni religión, sexo ni edad. Las fuerzas retrógradas del país quieren aplastar todo movimiento democrático del pueblo salvadoreño, quieren impedir todo avance hacia la democracia, la libertad y el progreso. Y cínicamente han vuelto a levantar el mismo trapito de siempre: al anticomunismo, para poder golpear a su sabor a todos los sectores progresistas. Porque, ¿cómo es posible que digan, por ejemplo, que el Dr. Ganuza Morán es comunista, cuando él repetidamente y en público ha pregonado lo contrario? Sin embargo, es un profesional demócrata, querido

por el pueblo santaneco, y la camarilla reaccionaria teme su prestigio. Hace poco era Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, y ahora está aquí en esta celda, junto a nosotros los obreros, sometido a todos los atropellos, arbitrariedades e irrespetos de miserables gusanos que no le llegan ni a la altura de sus calcañares. Aquí está, escondido de los jueces (y de sus compañeros de la Corte), escondido de su familia, escondido de su pueblo. Y todo, en nombre de la "santa" lucha contra el comunismo (como antes la Inquisición luchaba por detener el progreso de la ciencia, ahora las tiranías recurren al anticomunismo para tratar de detener el avance de los pueblos).

A la par está el Dr. Miguel Angel Flores. En su rostro sereno y en su sonrisa bondadosa y paternal se refleja profunda amargura al comprobar la crueldad extrema de los verdugos. Ante sus ojos han desfilado dantescos cuadros de dolor: lo condujeron a presenciar las torturas y, bajo la implacable garra de los verdugos vio retorcerse las víctimas en el paroxismo de suplicios espantosos. Padece grave enfermedad del corazón y el tremendo espectáculo le ha puesto al borde de la tumba. Violentos ataques del corazón han hecho que sus compañeros de celda, mientras estuvo en San Salvador, hayan creído por momentos imposible rescatarle de las garras de la muerte. Pero qué importa la muerte de un patriota a la camarilla de asesinos que gobierna en interés de un puñado de grandes terratenientes, grandes cafetaleros y exportadores y grandes

compañías extranjeras? El delito del Doctor es ser demócrata por convicción. Desde hace mucho estaba retirado de toda actividad política por impedírselo su enfermedad. Lo capturaron en su bufete de abogado, muchas personas se dieron cuenta y protestaron por la arbitrariedad, pero los agentes de investigaciones fueron implacables. El Dr. Damián Rosales y Rosales (a quien nadie puede calificar de comunista) lleno de justa indignación protestó enérgicamente en el momento de la captura del colega, y sin reparar en el riesgo a que él mismo se exponía, hizo saber a los policías que el Dr. Flores padecía del corazón y categóricamente les dijo que quiénes habían ordenado su captura serían responsables de lo que le pudiera ocurrir. Nada importó a los sicarios, cumplían "órdenes superiores" dijeron, y a pesar de todo, empujaron a un carro a su víctima y lo llevaron a las celdas de la policía. Ahora, está aquí, junto a nosotros. Su mirada comprensiva contempla tanta maldad, tanta vesania, y su rostro sigue iluminado por una tenue sonrisa bondadosa. De repente le vemos palidecer, se lleva las manos al pecho, parece un roble a punto de desplomarse. El corazón ha vuelto a fallar. Manos fraternales se apresuran a sostenerle con sobresalto y cálida solicitud. Evitan la caída. Le dan aire. Sorda cólera nos está royendo el corazón. Quisiéramos que terminara ya de una vez tanta maldad, tanta iniquidad contra el pueblo, tanto desprecio

por la vida de las personas progresistas, amantes de su patria.

***

Parece imposible que un régimen social pueda deshumanizar tan completamente a los individuos. Las hienas humanas, bestiales torturadores, son producto de este sistema reaccionario que odia el progreso y el desarrollo de nuestro país. Cada uno de nosotros, con su experiencia de atropellos y torturas sufridas tiene un cuadro incompleto de las bestialidades atroces cometidas por los verdugos en estos días. Pero esta noche, al ver los cuerpos lacerados de los compañeros, al oir los relatos espantosos de crueldades inauditas, nos damos cuenta de la podredumbre de este sistema raccionario semi-feudal y semi-colonial que sufre nuestra Patria. Es imposible concebir mayor crueldad, sadismo y vesania. Esta noche no es posible dormir. Nadie podría hacerlo aunque lo quisiera. Si nos han reunido en esta celda, hay que aprovechar el tiempo. Es necesario que todos conozcan de las torturas a que fueron sometidos los demás, para que cada cual sea un testimonio viviente de esto que ignora el pueblo. Y cada uno relata su experiencia de torturas.

Algunos compañeros tienen las plantas de los pies convertidos en una sola ampolla de color morado oscuro, como una enorme berenjena, horriblemente inflamadas, molidas por los golpes dados con el canto de gruesas

reglas de madera o piqueteadas con la punta de un compás de acero. Otros tienen la espalda y el pecho desfigurados por el látigo, los puntapiés y los taconazos. Hay compañeros con el rostro quemado con cigarrillos encendidos; otros muestran hendiduras que dejaron en la carne los cordeles con que fueron colgados de los pies o de las manos. Casi todos sufrieron el tormento de la asfixia por la capucha, hasta quedar exánimes. Algunos tienen rota la dentadura. Quién sabe cuántos tienen los huesos fracturados. Al recordar las tremendas horas vividas, un incontenible sacudimiento vuelve a convulsionar los músculos agudamente doloridos.

Yo pienso: ¿será esto la "defensa de nuestras instituciones", la "defensa de la civilización y de la cultura occidental", como gustan de pregonar los vocingleros defensores de la reacción y del colonialismo? No. Esto no es la defensa de los "valores humanos"; esto es la descarada, cruel, reaccionaria y enconada defensa de los intereses de unas cuantas familias reaccionarias semi-feudales (cafetaleras y exportadoras) del interior del país y la defensa de los intereses del Departamento de Estado Norteamericano que tiene en dependencia a nuestra Patria. El escudo de esas fuerzas reaccionarias es el anti-comunismo y este es la cobija tras la cual se encubren todos los gobiernos despóticos, criminales y vendepatrias, los sectores más reaccionarios que inútilmente pretenden detener el curso de la historia, que pretenden detener el progreso

del país, manteniéndolo indefinidamente sometido a los restos del feudalismo; atrasado subdesarrollado y acomodado a intereses extranjeros.

***

Aquí está René, miembro del Comité Ejecutivo del Sindicato de Obreros Panificadores de El Salvador. Su mayor preocupación es su compañera Lucila, y su hijo adoptivo, Mauricio, de cinco años de edad, que yacen en la celda vecina. El día 26 en la mañana oyó decir que la policía había comenzado a capturar dirigentes sindicales. Nada debía, nada había hecho que estuviera fuera de la Ley. Sin embargo, por precaución, conociendo las arbitrariedades que se cometen en nuestro país, dispuso ponerse a salvo de una eventualidad. Se despidió cariñosamente de su mujercita y de su hijo. ¡Le dolía tanto separarse de ellos! ¡Pero qué se iba a hacer! Sería cosa de unos pocos días. Nunca pensó que el odio fascista contra los trabajadores llegara a tanto como para hacer rehenes a las mujeres y a los niños. Salió de la casa y se dirigió a la ciudad de Santa Ana. Poco después de haberse ido, la policía rodeó la casa con gran aparato. Encontraron sola a la mujer y a su pequeño hijo.

—"¿Dónde está tu marido?", preguntaron.

—"No sé", respondió ella.

En realidad, no sabía, pues él no le dijo

adonde iba. Registran la casa atropelladamente y luego, deciden llevarla en calidad de rehén junto con el niño.

Ya en la cárcel, la llevan a la sala de torturas y la someten a tormentos:

—"¿Dónde está tu marido?"

—"No sé".

—"Tenés que decirlo, o te matamos", gritaban coléricas las fieras, mientras la golpeaban. Pero es inútil, ella no sabe.

Entonces, traen al niño. Ante sus ojos espantados que no se explican el por qué, golpean a su madre. El niño ve que unos hombres malos están golpeándola y grita desgarradoramente:

—"No le peguen a mi mamá, no le peguen a mi mamá".

Los verdugos le replican:

—"Si nos decís quiénes visitaban a tu papá, dejaremos de pegarle a tu mamá".

El niño, con el corazoncito golpeándole fuertemente en el pecho y todavía entre sollozos, les dice:

—"A mi papá lo visitaban unos amigos".

—"¿Cómo se llaman?".

—"Don *fulano* y don *zutano*".

Los malvados ponen a funcionar una máquina grabadora y registran la voz del niño. (En realidad, siendo su padre dirigente del sindicato muchos compañeros de trabajo tenían que visitarlo en su casa para informarle sobre las anomalías que ocurrían en los talleres).

Después, los verdugos muestran al niño

una máquina de escribir que les sirve para tomar declaraciones y le dicen:

—"Si nos contestás, ya no volveremos a pegar a tu mamá y además te vamos a dar galletas".

Se muestran repugnantemente obsequiosos y solícitos, para engañar a la criatura:

—"¿Verdad que tu papá escribía en una máquina igual a ésta? ".

El niño recuerda que su padre solía llevarle al local del Sindicato. Allí, gentes muy buenas, compañeros de su padre, lo tratan con cariño. Este se encontraba casi siempre muy ocupado, atendiendo quejas de los compañeros o escribiendo demandas a los patronos y oficios al Ministerio. El niño no entiende qué es eso, pero le gusta cuando su padre se sienta frente a una máquina que tiene muchos alambritos. Su padre no puede escribir muy bien en ella, un dedo, mira las letras, lo deja caer sobre una tecla, y un alambrito se levanta y marca sobre el papel. Levanta otro dedo, lo deja caer y vuelve a marcar. Entonces el niño no puede aguantar más su impaciencia y mete sus manecitas también en el teclado. "Espérate, ¿no ves que estoy ocupado? ", le reprende su padre; "cuando seas grande vas a aprender; pero hoy déjame quieto que quiero terminar esta carta para este compañero..."

Ahora, frente a los verdugos, sin duda recuerda esto el niño y exclama:

—"Sí, mi papá escribía papelitos en una máquina igual a esa".

La grabadora tomaba sus palabras...

Dos días después, caminando por una de las calles de Santa Ana, un amigo vio a René y le dio la terrible noticia.

—"¿No sabés que a tu mujer la capturaron? ".

El golpe produjo en él el efecto de un tremendo mazazo. Vagó por las calles casi inconsciente y, de repente, en una calle lo descubrieron policías de investigaciones y cayeron sobre él. Lo trajeron a San Salvador, lo sometieron a torturas y, después, por horas y horas le obligaron a escuchar la vocecita angustiada de su hijo que desde la grabadora exclamaba incesantemente: "No golpéen a mi mamá", "a mi papá lo visitaban unos amigos", "mi papá escribía papelitos en una máquina igual a esa"... horas y horas de dantesca tortura psicológica. Ahora, de sus oídos no se desprende la desgarradora voz de su hijo...

***

En la otra celda están las compañeras detenidas. Entre ellas está Fide. Fue bárbaramente torturada: ningún respeto mereció a las fieras deshumanizadas su condición de mujer, de madre respetada y de persona apreciada, querida por todos. A pesar de que padece del corazón la sometieron al tormento de la asfixia, le quemaron el cuerpo con la brasa de cigarrillos. No tuvieron respeto por su edad, y como energúmenos la molieron a coces y

bofetadas. ¿Qué delito había cometido para que estos "defensores de la cultura y de la familia" se ensañaran así con una mujer trabajadora y honesta? El delito cometido es haber sentido intensamente el dolor de la horrenda explotación que sufrían sus compañeras en los talleres de panadería y haber luchado a través del camino sindical por mejorar esas condiciones de vida infrahumanas. Menuda, inquieta, delgada, ella misma ha dejado lo mejor de su vida en las artesas de la panadería. Sometida a tremendo desgaste físico prematuramente va envejeciendo. Desde antes de la caída de la tiranía de Martínez, ella luchaba por lograr la unidad de sus compañeras: entonces trabajaban de 14 a 16 horas diarias por un salario de ₡4.00 a ₡6.00 por semana. Después fue una de las fundadoras del Sindicato de Panificadores y a través de él se logró un pequeño mejoramiento en los horarios de trabajo y en los salarios. Su esfuerzo es bien conocido por los trabajadores de su gremio y ella es uno de sus miembros más queridos. Eso es delito suficiente para que las bestias la golpeen. Porque el gobierno de Osorio está interesado, de acuerdo con los gángsters sindicales de la O.R.I.T. (Organización Regional Interamericana de Trabajadores, que representa los intereses de los monopolios norteamericanos), en reemplazar a los dirigentes genuinos de los trabajadores por policías disfrazados de obreros, por agentes sindicales corrompidos y oportunistas, para

construir su propio aparato oficializado y, de esa manera, enganchar el movimiento sindical al carro reaccionario de su política antidemocrática. Por los tacones de sus verdugos descarga sobre los trabajadores su cólera, machaca a puntapiés los pechos de las obreras, golpea su vientre, como si con semejante, vano y vesánico esfuerzo, pudiera destruirse la semilla del futuro luminoso de nuestro pueblo. Quieren prostituir al movimiento sindical para que no sea base de la democracia y del progreso del país; quieren castrarlo de su esencia patriótica para que no haya trabas a la penetración de las compañías monopolistas norteamericanas. Y como los actuales dirigentes del movimiento sindical han tenido suficiente dignidad para no dejarse corromper por los ofrecimientos de ventajas personales, ni intimidar por las amenazas y las presiones de toda índole desplegadas por el Gobierno de Osorio y especialmente por su Ministerio de Trabajo con Mario Héctor Salazar al frente, tratan de obtener por el terror lo que fueron incapaces de lograr en el fuego de la lucha pacífica.

Ahora han dividido el trabajo de sus sicarios: por un lado le dan la orden a los verdugos de descargar su rabia contra los trabajadores, y por otro lado, los policías sindicales (los Herbert Martínez, los Saravia, los Duarte, los Ventura) sin duda alguna estarán ya aprovechando para imponerse en la dirección de los sindicatos. Los obreros que

estamos en esta celda, comprendemos perfectamente el juego antidemocrático que se encubre con la actual represión anticomunista. No hay la menor duda de que todos los trabajadores, andando el tiempo, lo verán tan claramente, como lo vemos los abreros en esta noche, en esta celda, cuando están todavía abiertas las heridas causadas por los verdugos en los cuerpos de los luchadores obreros, hombres y mujeres.

***

Una cosa nos intriga. ¿Dónde estará el resto de presos políticos que el gobierno ha hecho desde el 26 de septiembre para acá? Hasta nosotros ha trascendido que son centenares de personas las que han sido capturadas. ¿Dónde estarán? De acuerdo a nuestra situación, lógicamente sacamos la conclusión de que en estos momentos llenarán las cárceles de toda la República, distribuidos en grupos como el nuestro.

En nuestro grupo tenemos estudiantes universitarios: los bachilleres Manuel Atilio Hasbún, Salvador Larreynaga y Mario Salazar Valiente. Sentado frente a mí, con las piernas estiradas, veo al Bachiller Hasbún. Fue capturado pocos días antes de la represión, al regresar de Guatemala de un evento estudiantil, al que había asistido como delegado de la A.G.E.U.S. (Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños). Es un fogoso y querido dirigente estudiantil. Ha sido

director de "OPINION ESTUDIANTIL", el valiente periódico de los estudiantes universitarios, que se ha ganado merecido puesto en el corazón del pueblo por su tradición de lucha en pro de los derechos democráticos de la ciudadanía. Hasbún fue brutalmente torturado y su comportamiento valiente admiró a las mismas hienas humanas que le atormentaban. Su presencia nos infunde ánimo, porque aún en los momentos más difíciles sabe encontrar el lado optimista de las cosas, es de espíritu jovial y tiene la broma oportuna a flor de labio, lo que en circunstancias como las actuales resulta una verdadera bendición.

La mayoría de nuestro grupo está compuesto por obreros, especialmente por directivos de diversos sindicatos. Aquí hay obreros de construcción, motoristas, panificadores, sastres, zapateros, obreros de fábricas, etc. Nada ha respetado la antidemocracia. El despotismo entronizado tiene sus propósitos de corto y largo alcance, tanto en el terreno político como en el sindical, en lo económico y, ante ellos, nada vale la personalidad humana, los derechos del hombre, la democracia ni los intereses de las mayorías.

***

Pasa la noche. Llega el día. Descansamos. Esperamos. Lo inesperado puede llegar en cualquier momento. Nada sabemos de lo que piensan hacer con nosotros. Esa incertidumbre procuran mantenerla en todo momento:

es un arma policial que forma parte importante de su sistema terrorista de arbitrariedades. Hay que combatirla para que no corroa la moral, que no se pierda de vista la perspectiva general. Hablamos de que es preciso que, los que logren salir primero, den a conocer a nuestro pueblo y a otros pueblos la inconcebible bestialidad de este régimen y que luchen por los que queden sometidos a las arbitrariedades, vejámenes y torturas. Es necesario rescatar a las víctimas de las garras de los verdugos. Comprendemos que es preciso salvar a los que queden presos. Nadie debe quedar olvidado en las garras de la tiranía.

Reconfortados con la mutua solidaridad, alejamos de nuestros pensamientos los aspectos tenebrosos de la situación; bromeamos, nos reimos de los policías: "fíjate que ese me llamó con el título de doctor, y ni siquiera he pasado la primaria, ja, ja..." dice alguien por allí.

A medio día, entre todos, reunimos unos centavos para la comida. Pedimos al centinela que nos mande a traer algo. Por ahí anda un muchacho ("pasador", le llaman los policías), le ordenan que vaya al mercado a comprarnos algo. No se ve en estos policías de línea una especial animosidad contra nosotros. Tenemos un almuerzo colectivo. Camarones, arroz, frijoles, chorizos, tortillas y hasta un poquito de curtido con chile. Se nos hace agua la boca. ¿Quién hará el reparto equitativamente? Porque hay que evitar que alguien coma con mayor entusiasmo que los demás, y no hay

que desestimar que algunos, por los golpes o quemaduras en la boca, y por haberles roto dientes o muelas, tendrán que comer muy despacio. Pedro Grande, obrero de construcción, serio, de ademán y voz pausada, es nombrado para el reparto. Calcula las raciones a conciencia. Almorzamos: es la primera comida formal después de varios días. Estamos optimistas: charlamos. La voz profunda de Pedro Grande, lanzando una broma inoportuna: "Nadie sabe lo que la noche trae", rebaja un poco el ambiente optimista.

Al filo de media noche despertamos sobresaltados: "levántense, prepárense, vámonos", otra vez son los policías de investigaciones, con sus órdenes cortantes, los ojos vidriosos de odio y su aire estudiadamente misterioso. Subimos a los vehículos y marchamos de regreso a San Salvador. Será la una de la madrugada. En las tinieblas de la noche vamos velozmente acortando distancias. Entramos a San Salvador. La ciudad está dormida, las calles desiertas. Manzana tras manzana nos vamos acercando de nuevo al tétrico edificio, antro de torturas. Es una perspectiva sombría. Ya vemos sus fríos muros grises.

Entramos por el Cuerpo de Bomberos. Nos distribuyen por grupos pequeños en las celdas. Es la madrugada del jueves 2 de octubre. Estuvimos en Cojutepeque alrededor de 24 horas.

***

En esta fría madrugada, con las mejillas pegadas al duro enladrillado de esta celda, es posible valorar a fondo el insondable abismo de injusticia en que se han despeñado los sectores gobernantes. Consciente y cínicamente se están burlando de las instituciones de justicia creadas por ellos mismos.

¿A qué se debió nuestro precipitado viaje a Cojutepeque? Por una inexplicable vía prontamente hemos sabido la causa, y yo medito sobre ello antes de conciliar el sueño que se niega a presentarse. Los familiares de algunos de nosotros han presentado recurso de exhibición personal ("Habeas Corpus") a la Corte Suprema de Justicia. Este organismo lo aceptó y nombró Jueces Ejecutores para venir a buscarnos. Ayer por la mañana los Jueces Ejecutores se presentaron; los jefes de Policía negaron tener detenidos a los individuos del caso, pero los representantes de la justicia, no conformes con esa afirmación quisieron comprobarlo personalmente y pidieron inspeccionar las celdas. El juez y el secretario cumplen augustamente su labor: llegan a cada celda, la registran, llaman a grandes voces al agraciado. Nadie responde. ¡No está preso! Con digno semblante, como corresponde a la ocasión, los representantes de la justicia levantan el acta y hacen constar que la persona "de mérito" no se encuentra detenida en las cárceles de la Policía Nacional. ¡La justicia se ha cumplido! ¡Puede sentirse satisfecha! ... Sin embargo, aquí estamos, tirados en el suelo de

esta celda No. 4 y con las mejillas pegadas al frío enladrillado, pensando en la sangrienta farsa en que convierte a la sagrada institución de la Justicia un régimen antidemocrático y antinacional, cubierto con el sucio manto del anticomunismo.

¡No estamos presos! ... Poco a poco voy entrando en la comprensión de la insondable verdad que está planteada. ¡No estamos presos? ¿Entonces? Ante mis ojos se presenta de golpe, en toda su crudeza la despiadada realidad: estamos secuestrados... sí, ¡SECUESTRADOS! Perdidos en el laberinto de cárceles de una tiranía cruel, arbitraria y malvada. Secuestrados, en las garras de verdugos desalmados, fríos robots, sin conciencia, escrúpulo ni moral, hechos a su medida por un régimen caduco y putrefacto. Secuestrados, escondidos del pueblo, de los familiares y de toda ayuda. Hundidos en la profundidad de un pozo, desde el cual no se alcanza a ver la luz del día, ni el titilar de las estrellas y hasta cuya superficie no alcanzan a llegar los gritos de los condenados...

Es fácil perder la perspectiva entrando en ese piélago ilimitado; en ese remolino absorbente de corrientes viscosas y profundas; es fácil caer en la desesperación, en el desaliento, terribles enemigos de los detenidos.

Pero no, no estamos escondidos, ni ignorados. Se equivocan los verdugos y sus jefes si creen que encontrarán un lugar donde tenernos ocultos del pueblo. Se equivocan si

creen que sus celdas y sótanos serán capaces de escondernos. ¡No! , ni aunque nos llevaran a las entrañas de la tierra. Están trágicamente equivocados si piensan que sus crueldades quedarán ignoradas, olvidadas. No. No hay lugar que esté oculto a los ojos del pueblo. No. No estamos ocultos, olvidados. Los que están irremediablemente perdidos, aislados, copados, son la pequeña camarilla de reaccionarios y sus secuaces, sitiados por el océano del pueblo. No podrán escapar de la justicia popular, ningún crimen podrán ocultar, aunque lo hayan cometido en las sombras de la noche y bajo centenares de candados. No, ninguna celda nos retendrá definitivamente, ningún secuestro valdrá; ineludiblemente nuestro pueblo nos encontrará, nos rescatará y nos libertará. Eso nadie lo podrá evitar: ni los Truman, ni los Osorio. El pueblo, al final de los finales, vence, sobre los que quieren detener su marcha!

***

COJUTEPEQUE

Estamos otra vez en Cojutepeque. Sólo un día permanecemos en San Salvador. Al amparo de las sombras de la noche, como criminales que temen ser sorprendidos en delito, nos trasladaron de nuevo. Pero aquí quedamos sólo cinco, el resto siguió de largo

para otras cárceles del interior del país. Ahora ya sabemos la razón de los traslados. Sin duda nuestros familiares han pedido "Habeas Corpus", llegarán los Jueces Ejecutores, a grandes voces nos llamarán por nuestros nombres, no responderemos presente, pues estamos a muchos kilómetros de distancia; harán el acta dejando constancia de que no estamos presos . . .y la justicia quedará cumplida!

Mientras tanto, nosotros estamos en esta bartolina inmunda. Somos cinco: el bachiller Gabriel Gallegos Valdés, los obreros Orfelio Monterrosa (panificador), Miguel A. Cea (construcción), un obrero de construcción de Santa Ana de apellido Calderón, y yo.

Pasamos la noche sin hablar. En la densa oscuridad sentimos constante aletear de los murciélagos. Durante el día, alguna claridad entra y, cuando vemos hacia afuera, nos hace cerrar los ojos al herirnos la retina el reflejo del sol que da en los muros y paredes que circundan el minúsculo patiecito que está frente a la vieja puerta de madera que tiene la celda. Esta vez no nos han dejado en las celdas de los reos comunes. Parece que el secreto debe tornarse más impenetrable; que nadie lo debe descubrir, que nadie debe darse cuenta de nuestro cautiverio en esta ciudad. Por eso, echando mano de sus recursos ocultos, nos han encerrado en una vieja bartolina que está al extremo izquierdo de la entrada de la casa, con la pared trasera dando a la calle, pero sin

otra comunicación con ella que un miserable ventanuco allá en lo alto.

Frente a la celda está ese pequeño patiecito que mencionamos, de unos 5 metros cuadrados de superficie, a cuyo extremo está el pasillo disimulado que lo comunica con el resto del edificio.

Es fresco el clima en estos días en esta ciudad: pero en esta celda fría, húmeda, oscura, estando sin más abrigo que el pantalón y la camisa que se pega al cuerpo; sucia de sudor, sangre y porquerías de tanta celda por donde hemos pasado, descalzos, en tales circunstancias, el frío, como fino estilete acerado se nos mete hasta el tuétano de los huesos. Los días están lluviosos y las tormentas tienen fuerza torrencial, azota el viento hasta el fondo de la celda, arrastrando consigo trombas de agua fría y granizos; mientras el tejado, como coladera, nos rocía con una ducha no deseada, pues no hay un solo lugar donde no lloren gruesos goterones.

Las paredes son de adobe, muy gruesas, como de cárcel colonial. El piso enladrillado de barro cocido, inhóspito y cruel, destila humedad, cubierto con una capa de mugre pegajosa. Los ladrillos, desgastados por el centro y altos por las junturas, se hunden hasta los huesos, produciendo dolores insufribles que no permiten estar mucho tiempo acostados, aunque la fatiga lo reclame. En el fondo de la celda, junto a la pared que está de espaldas a la calle, hay un montón de tierra negra, viscosa, hedionda, sobre la cual a falta

de excusado, hay que hacer las necesidades fisiológicas, y raspar de ella con un tejo para tapar los excrementos. Las miasmas que emanan de ese rincón, que guarda viejas porquerías acumuladas en tantos años, envenenan el ambiente de la galera con fetidez insoportable.

Los ojos se acomodan a la penumbra y descubrimos que las paredes de la celda están totalmente cubiertas de inscripciones, figuras, recuerdos de tanto ser que en el transcurso de mucho tiempo, justa o injustamente ha sido arrojado a la sordidez de esta mazmorra. Figuras pornográficas, grotescas, hechas con lápiz, tiza o carbón, son el tema favorito de improvisados pintores. Desde los rincones, tecolotes y lechuzas, pintadas en la pared nos miran con ojos inmóviles. Algunas cruces trazadas, con nombres y fechas, nos anuncian que por aquí han pasado seres angustiados que denunciaban anticipadamente su muerte presentida.

Hay inscripciones ingeniosas, ocurrentes; otras, cobardes, serviles; las hay religiosas, piadosas y hay obscenas, sórdidas, repelentes. En algunas se ve el machismo que no se quiere dejar domeñar: "Aquí está XX, el cachimbón de Cojute". Otra: "Aquí no hay más gallo que XX". Mas allá, un grito atormentado o guasón: "Madre mía, sácame". Alguien le ha escrito en contestación: "Andá mamá la teta de tu nana, marica! ". Otro más, sentenciosamente, ha escrito: "No llorés, eso lo hubieras pensado antes de embolarte". Y muchísimas,

que no es dable reproducir. Pero entre tanto trazo, fecha y nombre, encontramos algo que nos conmueve: algunas inscripciones que dan testimonio de patriotas que han pasado por este sótano infame, camino del destierro: "Por aquí pasamos, (fecha) camino de Honduras, desterrados por defender la causa del pueblo (nombres)", dice una de ellas. Yo paso ratos releyendo esa inscripción y, mientras la leo, pienso qué incontables arbitrariedades han tenido que sufrir los ciudadanos dignos. Cuántos sufrimientos han sido causados al pueblo por tanto gobierno empeñado en mantener a nuestro país en el atraso y en la dependencia colonial. Cuántas injusticias se han cometido para mantener al campesinado bajo la semiservidumbre de terratenientes feudálicos. Cuánto vandalismo para seguir negándole a las inmensas mayorías del pueblo libertad y pan. Pero es evidente que aunque el pueblo tenga todavía que sufrir y sangrar; aunque muchos de sus mejores hijos tengan todavía que conocer estas cárceles inmundas y emporcarse con la tierra pútrida, viscosa que está en ese rincón, la clara luz del mañana esplendoroso no podrá ser atajada por nadie, porque no hay fuerza capaz de detener los celajes de la ascendente aurora y porque la muerte no podrá vencer a la inextinguible vida. Esta se impondrá siempre, y el pueblo, invencible, heroico, inmortal, venciendo a la maldad, al egoísmo y a la reacción, ineluctablemente conquistará su libertad y será el consciente y poderoso constructor de su

grandioso futuro.

Ante esta convicción siento deseos de gritar: ¡Detened la aurora, insensatos! ¡Ponedle rejas! ¡Detened la vida, maniáticos! ¡Ponedle esposas, sepultadla! ¡Detened el progreso, detened el futuro, pobres ilusos! Tenéis poder, ahora, para ordenar a vuestros verdugos que con espumarajos de furia en la boca sigan machacando los pechos de las obreras y atormentado el cuerpo de personas demócratas; pero no podréis detener el sol que se levanta en el oriente. Antes de que termine vuestra generación, veréis desplomarse vuestras cárceles feudales, despedazarse vuestros grillos y cadenas coloniales (made in USA), ascender el Sol hasta el cenit glorioso. De las 30.000 tumbas donde el simiesco criminal Martínez pretendió aprisionar la vida, detener la Reforma Agraria, brotarán las flores esplendorosas de un futuro maravilloso: la ancianidad tendrá reposo, felicidad y respeto; los adultos tendrán salud, trabajo creador, fecundo y alegría; la juventud tendrá pan, instrucción y porvenir asegurados, y para la niñez será todo lo más bueno, lo más blando, lo más dulce... Vuestros despotismos serán en la historia sólo un mal recuerdo emergiendo entre las pútridas emanaciones de un pantano cada vez más lejano (o emergiendo de ese estercolero fétido, que desde el rincón de esta celda, es el símbolo de vuestra corrupción y caducidad)...

***

¡Oh tremendo error de los que gobiernan contra el torrente de la historia! Son impotentes en su crueldad, en su vesania y, aunque parezca paradójico, son impotentes en su poder. Podrán destruir el cuerpo, aniquilar físicamente a una persona; pero si las convicciones se han hecho carne en su conciencia, no podrán destruir los ideales que como fúlgida estrella polar irradian luz desde el alma.

Muchas veces he oído y leído estas ideas expresadas en distintas formas. Ahora ante mi presencia tengo la comprobación de su certeza. Los compañeros que están en esta lóbrega prisión, no saben qué les depara el día siguiente, la noche siguiente, ni siquiera la hora ni el minuto venidero; sin embargo, los veo tan seguros de sí mismos, como si tuvieran todo el futuro en sus manos, como si no tuvieran sobre ellos pendiente la espada amenazadora de torturas renovadas, lacerantes dolores, indefinido secuestro y peregrinar en sótanos y mazmorras ignoradas; el destierro o aún más, el alevoso, frío y silencioso asesinato... todo es posible. A pesar de ello, nadie ha perdido la moral, el buen ánimo. Aquí nadie se ha despeñado en la resbaladiza pendiente del desaliento o la desesperación. Los fortifica la recia certidumbre de que la causa del bienestar y la felicidad del pueblo es la causa más justa, más grande, más invencible. Nadie ha cometido ni el más leve delito, ni falta punible; en este sentido, la propia conciencia está tranquila; mas, si mentes

mostruosamente deformadas por los intereses retrógrados, consideran como delito el amor al pueblo, ¡qué le vamos a hacer! Si consideran que es un delito hacer abstracción de los propios intereses personales, del egoísmo y la mezquindad individual, en aras del bienestar colectivo y del mejoramiento y desarrollo de la sociedad, ¡peor para ellos! Eso no hará cambiar la verdad, ni hará torcerse el rumbo de la historia.

Nadie está deprimido. Aquí veo a Cea, parado frente a la pared (qué digo, parado: semi-encorvado, es más exacto decir). Por tener rotas las costillas no puede levantar los brazos, hacerlo le causa dolores que se reflejan en muecas involuntarias del rostro, y en gotas de sudor que le cubren la frente. Sin embargo, con porfía incontenible, una y otra vez, con grandes esfuerzos, pone las palmas de las manos en la pared, hace fuerzas con los dedos tratando de hincarlos en los agujeritos y, de esta manera hace avanzar las manos una pulgada hacia arriba, luego otra y otra vez. Ante nuestros ojos asombrados vemos cómo las manos poco a poco van subiendo por la pared con tenaz esfuerzo, entre sudores y muecas de dolor y, por fin las manos han llegado a la altura de los ojos (el casi inaccesible objetivo de ese día) y una amplia sonrisa de satisfacción ilumina el rostro del compañero, que se siente en ese momento el hombre más feliz del mundo. No hay lobreguez carcelaria ni dolor físico que disminuya

la radiante alegría de este éxito en los "ejercicios físicos" de este día, que significan un triunfo sobre la obra de los verdugos. Todos nos sentimos contentos con episodios como éste. Otros compañeros más ágiles, también hacen calistenia... uno, dos, tres, cuatro... uno, dos, tres, cuatro... se desentumecen los músculos y tendones.

No hay abandono, ni tristeza innecesarias; parece que siempre, aún en las condiciones más difíciles es posible mantener buen ánimo, basado en la convicción de la justa causa del pueblo y en la inevitabilidad de su triunfo final.

Por la certeza de que la razón está de nuestra parte, no se ve en los rostros de los compañeros asomar la temible sombra de la desesperación a pesar del secuestro, a pesar de estar escondidos y perdidos en las entrañas de esta horrible cárcel colonial.

ROMPEOLAS

Por las noches, el viento aúlla al irrumpir en el calabozo; la lluvia azota. ¿Qué hacer? Entre nosotros hay un muchachote de fuertes hombros y complexión robusta, siempre sonriente y animoso. Se presenta como voluntario para servir de "rompeolas". Es decir, para dormir más cerca de la puerta y dejar que sobre él azote de lleno el agua y el viento

inclemente. Y, claro, por unanimidad le nombramos (figuradamente) "rompeolas" en propiedad: tras sus fuertes hombros nos sentimos más protegidos de la tempestad, como se sentirán los barcos en puerto seguro.

En realidad, este compañero es el mejor equipado para estas circunstancias. Se trata del bachiller Gabriel Gallegos Valdés. Cuando los policías llegaron a su casa, todavía no se había levantado. Con prisa febril querían llevárselo inmediatamente. El, sin perder la calma, se les impuso: "Espérenme, tengo que vestirme". Concienzudamente se dedicó a escoger la ropa adecuada. Se preparaba para una larga jornada. Se calzó botas altas, se puso calcetines resistentes, grueso pantalón kaki, camisa de la misma tela; parecía un oficial del ejército. ¡Listo! Ya estaba en ropa de "campaña". Ya podían llevárselo.

Ahora, su previsión y su espíritu fraternal nos son muy valiosos. Su carácter jovial nos contagia, al hablar parece que siempre estuviera sonriendo, su mirada es franca y noble. Es Director de "OPIÑION ESTUDIANTIL", el periódico de los estudiantes universitarios que tradicionalmente ha sido un vocero de las aspiraciones del pueblo salvadoreño. Ostentar dicho cargo no lo perdonan los mandones de turno. La crítica democrática no la pueden soportar, la sátira juvenil les saca de quicio, la verdad les arde como latigazo en pleno rostro: están acostumbrados a gobernar contra los intereses de las mayo-

rías, entre el incienso de áulicos y sicarios. Para comprender el grado de ridiculez que adquiere la intolerancia de estos "soberanos", baste señalar este pequeño detalle: entre el pueblo corrió recientemente la anécdota de que el Presidente Osorio había tenido un traspiés amoroso: su esposa lo sorprendió en tierno arrebato con otra dulcinea y, fuera de sí, tomó un revólver, le disparó a quemarropa y le hirió gravemente. Le operaron de urgencia. Hasta aquí la anécdota popular que corre de boca en boca. En realidad, el Sr. Presidente fue operado en esos días y el comunicado oficial decía que había sufrido un ataque de apendicitis que requirió rápida intervención quirúrgica. "Opinión Estudiantil". En su sección humorística llamada "Diccionario Político", tomando una y otra versión, decía más o menos: "Concubinato: cosa que no deben hacer los Presidente, para no verse operados de apendicitis". El pueblo celebró la agudeza. Pero ahora, los verdugos han preguntado asíduamente a varios estudiantes sobre quién fue el autor de esa columna: "para darle su merecido". Si el autor de una simple columnilla humorística les tiene tan coléricos, ya podemos imaginar cómo estarán contra el Director de ese periódico. Este órgano ha sido clausurado muchas veces por diferentes gobiernos despóticos, pero siempre resurge con mayor pujanza y su bandera democrática pasa de las manos de una generación de estudiantes a la siguiente y no es difícil prever que

mientras refleje el sentir popular, será tan inextinguible como el mismo pueblo.

***

INESPERADA AYUDA

En el patiecillo, frente a la puerta del calabozo, día y noche, bajo el sol, el viento o la lluvia, permanece silencioso, sentado en un taburete, un centinela armado con un fusil. Cuando llueve, se abriga con una capa de hule y aguanta el chaparrón lanzando de vez en cuando alguna imprecación de cólera y tratando de guarecerse bajo el pequeño alero de la celda. Tres veces cada 24 horas cambian de centinela.

Este es un calabozo "especial". En algún tiempo, a juzgar por las inscripciones de las paredes, parece que fue usado como cárcel para reos comunes; pero ahora está destinado para los reos que la policía quiere mantener ocultos. Entre la gente de la localidad le llaman "sótano", aunque propiamente no está bajo tierra, como los que hay en otras poblaciones del país. En realidad, esta celda está bien oculta del resto de la casa de la policía y no se puede ver desde ningún sitio de ella, pues, aunque al principiar el patio principal se nota, a la izquierda, el pequeño pasillo que comunica al patiecito interior, la celda no es visible.

A cada rato se asoman por aquí policías de línea, uniformados. Quieren conocer a los

comunistas, contra quienes está tronando día y noche el gobierno, acusándolos de haber intentado realizar un complot para instaurar un estado comunista. Se les pinta como monstruos que poco les falta para beberse la sangre de niños tiernos. Se atruena el espacio con las calumnias más infames y descabelladas, propias de la invención de mentes enfermas y depravadas por el odio al pueblo. Los policías se asoman con la curiosidad y un matiz de temor pintados en las pupilas. El temor es causado por la prohibición de acercarse por acá, a no ser para las obligaciones del servicio. A nadie le está permitido hablarnos. Por eso, el centinela se les enoja y les regaña: "Váyanse, —les dice— ¿no ven que el fregado voy a ser yo? Si no se van, los voy a reportar". Al rato, otros uniformados están atisbando.

Algo alentador es comprobar que el gobierno no ha logrado convencer ni siquiera a todos sus policías, sobre la sarta de mentiras endilgadas contra los detenidos políticos. Por lo visto, muchos policías por experiencia propia saben de los procedimientos que el gobierno y el cuerpo a que ellos pertenecen emplean para reprimir a los elementos de la oposición. Eso nos sirve de aliento, porque comprendemos que mucho menos podrán engañar a la opinión pública.

Parece ser que nuestra permanencia en esta cárcel es el acontecimiento del día para estos policías. Ya en el segundo día de estar en Cojutepeque, oímos que algún policía le

pregunta al centinela sobre si hemos comido. Este le responde que no. Y entre el apagado cuchicheo que se produce en el pasillo, hasta nuestros oídos alcanzan a llegar claramente frases de condenación a los métodos de la policía de investigaciones: "Esos hijos de p. . . sólo vienen a tirar aquí a la gente, como si se tratara de animales, sin preocuparse de la comida. ¡Como ellos no son los que están aguantando hambre! "

Pasado el medio día se acerca al centinela un policía y le susurra algo al oído. Este asiente. El llegado, acercándose a la puerta, hace esfuerzos por vernos en la penumbra del calabozo y nos pregunta: "¿No han comido? " Respondemos que no. "Ya les voy a traer un volado", nos dice y se aleja. A poco lo vemos regresar con una olla y un gran paquete entre las manos. "Vaya, muchachos, coman", nos dice, y entre las rejas de madera a cuadros nos pasa las viandas. Sinceramente le damos las gracias por la atención. El centinela abre la puerta para que nos pueda pasar la olla con sopa. Quedamos realmente asombrados: nos ha llevado en abundancia sopa caliente de frijoles con chicharrones, una gran sarta de longanizas fritas (mucho tiempo tenía de querer comer longanizas de Cojute que son las más sabrosas del país, pero naturalmente que no me imaginé que tales deseos se cumplirían en estas condiciones), arroz frito, camaroncillos, fritada de cerdo y un gran rimero de tortillas de maíz calientitas. Calculamos que ha gastado unos cuatro colo-

nes, o sea lo equivalente a un día de salario de un policía de línea.

Había más que suficiente para todos. No hubo necesidad de reparto individual. Lo extendimos en el suelo sobre los periódicos que servían de envoltorio y comenzamos a comer con voracidad y fruición. El policía se queda un momento, con satisfacción, viéndonos comer, y después se aleja. Le oímos decir emocionado, moviendo la cabeza de un lado para otro: "yo también tengo hijos"...

Esto me hace pensar muchas cosas: por un lado, hay que estar alerta contra cualquier maniobra ignorada de la policía. Esta es capaz de recurrir a todas las argucias con tal de adormecer la vigilancia de los reos. Y eso es muy peligroso, porque detrás de ello puede venir una maniobra inesperada.

Sin embargo, estando alerta contra tal posibilidad, pienso que la podredumbre del régimen no ha logrado todavía deshumanizar completamente a todos los que están bajo su servicio. A pesar de las crueldades que cotidianamente les obliga a realizar, algunos de ellos aún no tienen completamente duro el corazón.

Y pienso que los esfuerzos de los elementos democráticos por alcanzar el progreso político y económico del país, van dirigidos a conquistar la libertad, la felicidad y la alegría para las grandes mayorías de salvadoreños, incluso la felicidad de los hijos de los policías, incluso la felicidad y el porvenir dichoso de

los hijos de esos mismos miserables verdugos que ahora nos atormentan. . .

Mientras tanto, la radio grita sandeces contra los supuestos "enemigos de la familia, de la religión, del progreso y de la tranquilidad del país". . .

***

Estamos en el cuarto día de encierro en esta mazmorra de Cojutepeque. Es lunes, 6 de octubre.

A las 9 de la mañana, el mismo agente de policía nos ha traído otro abundante almuerzo. Esta vez, como cosa especial nos regaló con caldo de patas de res. El arroz, las tortillas de maíz y otros alimentos que nos sobraron, previsoriamente los guardamos para cuando tengamos más hambre. ¡No estamos para desperdiciar!

Acabamos de comer, cuando repentinamente llegan Urías, Menjívar y otros policías de investigaciones, con sus modales groseros y su prisa violenta. Nos ordenan salir rápidamente del calabozo y nos esposan por parejas: a mí me corresponde con Cea, y a Orfelio con Gallegos Valdés (sólo Calderón lleva esposas en ambas muñecas), nos meten en dos automóviles con placas particulares. Salimos de Cojutepeque después de las 10 de la mañana. Algo inesperado debe haber ocurrido para que se arriesguen a llevarnos en pleno día por las calles de la ciudad, ellos que prefieren el sigilo

de la noche. Para sorpresa nuestra, al salir a la carretera, toman el rumbo contrario a San Salvador. Y nuevamente tenemos que preguntarnos: "¿cuál será nuestro próximo destino? ".

SANTIAGO DE MARIA

Los automóviles en que vamos se deslizan veloces por la carretera. Pasan junto a nosotros, en sentido contrario, los carros, camiones de carga y autobuses repletos de pasajeros que vienen del oriente del país. De vez en cuando nos sobrepasa un vehículo que lleva más prisa que nosotros.

¡Qué bello es el paisaje a la altura del Departamento de San Vicente! Dan ganas de ir en otras condiciones, en una excursión, por ejemplo, o decirle a estos esbirros: "paren, queremos admirar la belleza de nuestro querido país". Estoy seguro que no comprenderían, nos verían con una mirada estúpida, burlesca y dirían: "¿admiran a nuestro país? ". Pensarían que nos falta un tornillo. Ellos no entienden lo que es amar a nuestro país, admirar su desbordante naturaleza, querer a su pueblo entrañablemente. Lo único que admiran, a su modo, es el dinero, la pistola, las prostitutas, ¡ah! y las acharoladas botas de "su" coronel o de "su mayor".

A pesar de la incertidumbre lacerante que nos embarga por no saber a dónde vamos, por qué causa nos sacaron en pleno día del

escondite de Cojutepeque, ni cuáles son las instrucciones que llevan estos fríos instrumentos de la tiranía, inconscientemente nos sentimos hipnotizados por esta majestuosa belleza del "Valle de Jiboa". A nuestra derecha, a la orilla de la carretera está el abismo y desde el propio fondo de éste, en maravillosas tonalidades, va elevándose imponente, amplio y magnífico, el Volcán de San Vicente, hasta alcanzar el pináculo de gloria coronado por las nubes. Sus faldas forman una abigarrada gama de colores: el verde esmeralda entrelazado al amarillo subido, el verde oscuro de los cafetales y el amarillo pálido, casi blanco: plantaciones de caña de azúcar, cafetales, cereales, etc., salpicados del rojo de los tejados; todo ello formando un policromado y armonioso conjunto que habla de la laboriosidad de nuestro pueblo, del sudor de nuestras gentes. La vida surge en plenitud de las manos encallecidas de los campesinos, de la naturaleza tropical, en combinación grandiosa con las fuerzas que emergen poderosas de las entrañas del volcán. Allí está el eterno penacho de humo cerca de sus faldas, donde el coloso muestra su fuerza telúrica, en lo que el pueblo llama "Los infiernillos". Los habitantes del lugar dicen que entre las hirvientes aguas de las fuentes termales que brotan allí, es posible pelar gallinas y cocer huevos. No saben todavía que mañana, cuando se hayan roto las cadenas del feudalismo y de la opresión extranjera, en esa región paradisíaca podrán levantarse sanato-

rios que harán posible aprovechar en beneficio del pueblo las aguas medicinales que la naturaleza de esos parajes nos regala.

Ante este espectáculo es imposible abstraerse a la fascinación que causa el pensar en la privilegiada naturaleza de nuestro país. Es cierto que su territorio es pequeño, apenas 20 mil kilómetros; pero cuánta riqueza, cuánta belleza encierra. Es como un pomito de esencia perfumada. No conoce las inclemencias del invierno nórdico, nevado y frío; sus estaciones son: el tiempo lluvioso y el tiempo seco; su clima es siempre cálido, acogedor; las flores brotan todo el tiempo y sus árboles están siempre verdes y cubiertos de hojas. La tierra da 3 y 4 cosechas anuales de cereales; el ganado siempre puede pastar a campo abierto, sin necesidad de encerrarlo en cobertizos invernales; los árboles frutales nos dan sus almibarados frutos tropicales (¿qué hubiera sido de nuestro campesinado sin los guineos "majonchos" y sin los aguacates?); las aguas del océano que bañan nuestras costas apenas si las hemos explorado: hay peces, camarones, langostas, moluscos, etc., en cantidad suficiente para nutrir a nuestra actual población multiplicada por diez; las entrañas de la tierra guardan preciosa materia prima para nuestras futuras industrias; la belleza de sus lagos, ríos, costas, playas y serranías, serían edénico marco para el turismo, el solaz y descanso de sus habitantes. Y, sobre todo, este laborioso y estoico pueblo cuscatleco, amante de la libertad y del progreso, que es el

más grande tesoro de nuestro país. ¡Oh, qué grandioso futuro espera a nuestro pueblo, rodeado de tales condiciones naturales, cuando haga a un lado las trabas reaccionarias semifeudales y la opresión extranjera, y se levante poderoso a construir su pleno desarrollo independiente. . .!

Hemos dejado atrás el "Valle del Jiboa", nos acercamos al caudaloso Río Lempa. Adelante y a la derecha, como infinita cinta de plata, serpentea a lo lejos. Pronto vemos brillar al sol la estructura metálica del "Puente Cuscatlán". Nos acercamos a él, es imponente. Al pasar veloces sobre el puente, desde su altura vemos las negras y turbulentas aguas que se atropellan coléricas hacia el océano. Luego, comienza la Zona Oriental del país.

Me ha tocado ir en el vehículo que está a cargo de Urías y Menjívar. Ellos van en el asiento delantero, con el chofer, que también es policía de investigaciones. Junto a nosotros va otro, vigilándonos. En todo el camino, Urías y Menjívar han venido hablando por medio de indirectas, pero con el evidente propósito de atemorizarnos. En una ocasión, el chofer le preguntó que a dónde vamos. Urías le respondió de manera misteriosa: "Ahí te vamos a decir para dónde vamos".

Poco después de pasar el "Puente Cuscatlán" dos pobres campesinos que están a la vera del camino, hacen señales al automóvil para que se detenga. Sin duda quieren suplicar que los lleven un trecho. El motorista acelera y Menjívar, pavoneándose con orgullo, le dice

a Urías: "Esos "majes" no saben que aquí va la Gestapo". Ríen con satisfacción. Se ve que lo toman como su ideal.

El paraje es menos espléndido que en la otra margen del río.

A poco, a una señal de Menjívar, el vehículo abandona la carretera panamericana y toma una amplia carretera asfaltada que está a la derecha. Corremos un rato entre hermosos cafetales. Luego, entramos en una población de placentera apariencia; pero no tardamos en darnos cuenta que una horrible catástrofe la ha azotado, aplastándola como si un descomunal pie se hubiera posado sobre ella. Es la ciudad de Santiago de María que hace poco fue casi destruida por el terremoto (igual que otras ciudades de la zona oriental). Las paredes de las casas presentan vívidas señales de tan espantoso cataclismo. Aquí y allá, hay casas destruidas, y en la mayoría de las que están en pie, las paredes tienen claros y cuarteaduras profundas.

Los vehículos dan tumbos sobre las calles empedradas y los policías están coléricos porque provocamos cierta curiosidad en la gente que camina en las aceras. Sin embargo, no pueden saber quiénes somos, porque los automóviles llevan placas particulares y, además, desde afuera no se ve que vamos esposados. Nosotros vemos las caras de las gentes con la esperanza de encontrar un rostro conocido. Pero la leve esperanza se disipa en vano.

Los automóviles se detienen frente a un

edificio medio derruido. Entramos. Es la sección de la Policía Nacional.

Deliberan un momento los de investigaciones con el jefe de la sección local, parece que éste no está muy conforme con que nos dejen allí: lo que le preocupa es que no tiene una celda donde estemos seguros. Por fin, nos parece que llegan a un acuerdo, nos llevan a un cuarto al fondo de la casa. Colocan un banco para que nos sentemos; frente a nosotros, sentado en otra banca ponen a un centinela con las órdenes más estrictas: "Usted responde por estos hombres son individuos peligrosos, comunistas. Si se le van, lo matamos a usted". Luego, dirigiéndose a nosotros, nos dice el Director:

—"Aquí los vamos a tener, pero cuidadito si intentan fugarse, porque no vamos a andar con contemplaciones: tenemos órdenes superiores de que, a la primera señal de quererse escapar, los matemos".

Se nota a simple vista que el hombre está nervioso. Le han venido a perturbar su tranquilidad provinciana. Como que no considera muy segura su cárcel y siente que es muy grande la responsabilidad que ponen en sus manos. A los de investigaciones les ha parecido de buen tono el discursito, y, después de andar un poco por la casa, se van. Oímos cuando arrancan los motores. Nos sentimos un poco aliviados.

El centinela tiene el fusil entre las manos y nos mira con evidente temor. Cualquiera de nuestros movimientos le pone nervioso.

Por nuestra parte, comenzamos visualmente a explorar la situación. Realmente, esta casa está en lamentables condiciones. La pared del fondo del cuarto donde estamos se ha derrumbado y vemos el patio de la casa vecina. Está cultivado de árboles frutales: naranjos, aguacates, mangos, matas de guineo, etc. Por aquí podría uno salir corriendo. Ideas de fuga comienzan a rondar por la mente y el patio vecino se transforma en una muda incitación. La mente comienza a hacer cálculos: tres zancadas y. . . ¡a correr! Tratando de perderse del perseguidor. Luego, a correr entre las casas y patios hasta salir de la población y seguir a campo traviesa por fincas y barrancas. O pedir refugio en una casa. De seguro que a cualquiera de nosotros nos darán abrigo si les decimos quiénes somos, que no somos criminales ni ladrones sino perseguidos políticos. Por las miradas insistentes a la pared derruida yo comprendo que los otros compañeros también están siendo fascinados por los mismos pensamientos. Sin embargo, tales elucubraciones no son duraderas, cruzan como fugaces relámpagos; son pensamientos un poco ociosos, basados en la necesidad de verse libres de este secuestro y de la aguda perspectiva de nuevas torturas; pero no tienen base firme en la realidad. En primer lugar, porque seguimos esposados por parejas. Así sería imposible intentar la fuga. Y, aunque no tuviéramos esposas, las condiciones físicas en que estamos no nos permitirían huir. En

segundo lugar, el centinela lee nuestros pensamientos cuando nos ve mirar furtivamente al solar vecino, y no es dable dudar de la pericia de estos hombres en el manejo del fusil: antes de que lográramos caminar unos pocos pasos, ya estaríamos revolcándonos en el suelo entre un charco de sangre. Todo queda sopesado. Yo abandono tales pensamientos inútiles, y posiblemente los compañeros también hacen una evaluación realista, porque comenzamos a rehuir el mirar hacia ese lado.

Un compañero sugiere oportunamente que comamos lo que nos sobró de la mañana y que, previsoramente, lo hemos traído con nosotros. Hacemos rueda acurrucados en el suelo y con la mano que nos queda libre nos llevamos a la boca puñados de arroz y pedazos de tortilla fría. Todavía estamos comiendo, cuando intempestivamente hacen irrupción de nuevo los policías de investigaciones, sorprendiéndonos en esa ocupación. Urías se nos queda viendo y con risa sarcástica dice:

—"Pero ve, estos hijos de p. . . no se mueren de hambre en ninguna parte. A saber cómo hacen", y colérico, agrega: "Vaya, alístense que ya nos vamos". "Vamos a llevar a éstos", le dice al centinela, señalando a Orfelio, Gabriel y Calderón.

—"Que se queden estos dos", dice indicando a Cea y a mí.

El bocado se me queda atorado en la garganta, como un pedazo de piedra pómez que no se puede tragar. Siento un dolor

profundo, pocas veces experimentado, que me sube desde el pecho y se me congela en la garganta. ¿Por qué nos separarán estas bestias? ¿Qué quieren? ¿Qué proyectan? ¿No están cansados de tanto hacer sufrir? Siento que la capacidad que tiene el corazón para soportar el sufrimiento es casi ilimitada, porque con tanto golpe moral sería lo suficiente para que hubiera dejado de latir. Yo he sentido tristezas infinitas por otras despedidas, pero ésta no es igual. Es más grande que la que puede producir la despedida final de un familiar querido. Es duro tener que separarnos de compañeros tan queridos, que han soportado con nosotros las inclemencias y el dolor. El corazón se estremece ante golpe, tan artero e inesperado. "Adiós, compañeros; adiós, hermanos" dicen quedamente los labios; mientras con los ojos en mudo lenguaje tratamos mutuamente de darnos valor: "Animo, compañeros, ¡Firmes"...!

Por la mirada dolida pero serena de los compañeros, comprendemos que están dispuestos a soportar cualquier canallada de los enemigos de nuestro pueblo. Procuramos no mostrarnos demasiado sentimentales, para que no adivinen estos chacales cuánto daño nos están causando y qué fuerte han golpeado nuestra alma. Sólo remachamos los dientes hasta hacernos daño.

Después de proferir unas cuantas amenazas, se alejan con los compañeros. Va Gallegos Valdés esposado con Orfelio, junto a Calde-

rón, en medio de los sicarios. Se va este compañero de corazón tan noble, que en Cojutepeque escogió el peor puesto de la celda para que el viento y la lluvia no nos azotara tan fuerte como a él. Se va Orfelio, el compañero a quien conozco desde su tierna juventud. Yo le indiqué por primera vez la necesidad de luchar dentro de nuestro sindicato de panificadores para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores de nuestro gremio. Ahora los vemos alejarse. Su paso es firme, su actitud serena. No saben a dónde los conducen, les acongoja pensar que quedamos solos. No se explican esa repentina separación. Pero su mirada es límpida y su frente levantada. Van dispuestos a todo.

***

Quedamos solos Cea y yo. Nos encierran en una cuadra de agentes. Es un cuarto pequeño con varios catres de hierro. Nos sentamos a la orilla de uno de ellos y en otro se sienta un centinela armado. Continuamos esposados uno al otro. Sentimos un malestar indefinible, como si acabáramos de regresar del entierro de un ser entrañablemente querido. La tarde transcurre sombría, pesarosa, doliente. Entre presentimientos y pensamientos oscuros. ¿A dónde llevarían a los compañeros? ¿Por qué no dejaron aquí a los dos? Por momentos espero que aparezcan, brutales, los policías de investigaciones.

Interiormente me estoy preparando para un nuevo ciclo de torturas. Pasa la tarde y nada ha cambiado. Seguimos a la orilla del catre, siento los pies entumecidos por la incómoda posición, al igual que la mano esposada, que ambos procuramos mantener inmóvil para no dañarnos. Se oye el zumbido de las moscas. El centinela juega con el fusil, aburrido de tan larga vigilancia. De vez en cuando da un cabezazo. Ya no nos mira alarmado, y más bien se ha ido acostumbrando a nuestra presencia. Parece que nuestro estado físico le comienza a inspirar un poco de lástima. Nos pregunta si queremos agua. Contestamos afirmativamente. Abre la puerta, llama a otro policía.

—"Mirá, traé un poco de agua a esta gente", dice.

Aliviamos nuestra sed. . .

Va anocheciendo y han encendido las luces en este cuarto que ya iba quedando a oscuras. Estamos encerrados y no podemos ver el corredor pero oímos las pláticas y bromas que se cruzan entre sí los policías que han regresado de su turno y están cenando. En esto, nos llama la atención el diálogo que se cruza entre 2 agentes:

—"Dame quince centavos", dice uno.

—"No tengo. Además, ¿para qué los querés? " responde el otro.

—"Quiero reunir un colón, para comprarles comida a esos señores que trajeron hoy".

—"No tengo", dice el otro terminantemente.

—"No te hagás fregado. Dame tu contribución", dice el primero.

—"Ya te dije que no", le responde con un tono de cólera en la voz.

—"Pero, hombre, ¿qué te cuesta? ¿Cómo para los cigarros y el guaro sí tenés? No puedo creer que no tengás ni quince "pinches" centavos para llevarle comida a esta gente", increpa acalorado el primero.

Este diálogo nos sorprende: ¿cómo es posible que este policía ande pidiendo contribución para nosotros? El caso parece inusitado. Pocos minutos después tocan a la puerta y un agente nos ofrece un plato de comida a cada uno y una taza de café. Estamos sinceramente agradecidos por su rasgo humanitario. Para explicarse nos dice sin rencor:

—"Nosotros somos como las gallinas, hombre; unas veces estamos arriba y otras estamos en las ramas de abajo. Y las gallinas que están arriba cagan a las de abajo".

Veo que en su primitiva filosofía policial, este hombre no ha creído ni un ápice las mentiras que dice el gobierno respecto de nosotros. El, ha visto que quien está en el Poder (en la sucesión de gobiernos antidemocráticos que hemos padecido) oprime y persigue a los de "abajo", a sus opositores políticos: a los derrocados y, naturalmente, oprime también a los sectores populares en primer lugar. Y al comprender esto, da muestras de buen juicio. Lo que todavía no puede comprender, y no es posible pedirle tanto, es que cuando el pueblo mismo conquiste su

libertad, rompa sus cadenas feudales y coloniales y entre a ser el árbitro de sus propios destinos, ya no habrá opresión contra el pueblo; sino que habrá el amplio disfrute de la democracia para las inmensas mayorías y no habrá arbitrariedades ni arrestos antojadizos; sino que la justicia se impartirá inflexible y firmemente, pero ecuánime e imparcial, sin necesidad de recurrir a los abusos, atropellos y arbitrariedades a que recurren los gobiernos minoritarios despóticos que implantan su dominación a base de la opresión sobre las grandes mayorías del pueblo.

Este episodio, similar al de Cojutepeque, me ha impresionado. No, por lo visto, no es tan fácil a los fascistoides hacer pasar su moneda falsa anticomunista, que les permite aplastar a los amplios sectores democráticos.

A las nueve de la noche nos permiten ir a la letrina (durante toda la tarde no nos lo han permitido) y, para dormir, nos ordenan acostarnos en un catre de hierro que han colocado en el corredor. Nos cuesta acomodarnos en la cama, pues no nos quitan las esposas. Tenemos que permanecer tendidos en el catre, el uno junto al otro sin hacer el menor movimiento, sin poder cambiar de posición, fijos, como clavados, para no tener que causarnos agudos dolores en las muñecas entrampadas por el acero inclemente. Acostumbrado a dar vueltas en la cama mientras duermo, buscando la mejor posición al cuerpo, nunca pensé que fuera tan difícil permanecer rígido e inmóvil, mientras el alivio del sueño se niega a llegar a

los ojos. La tensión nerviosa hace sentir hormigueos y picazón en los pies, los brazos, las espaldas; la piel se contrae involuntariamente y, ante la poderosa necesidad de rascarse, hay que hacer esfuerzos extraordinarios de voluntad para no sucumbir a la tentación de halar violentamente el brazo esposado, con lo que se causarían lastimaduras al compañero en la muñeca llagada.

La noche se está poniendo muy fría. El cielo está estrellado y el viento de octubre ha comenzado a soplar. Estar en este corredor es como estar en pleno patio. Comenzamos a tiritar. Cea se ha puesto unos embudos de papel periódico en los pies, para abrigarlos un poco. Siento desasosiego interno. Frío nervioso me está volviendo a estremecer los huesos. Tengo el presentimiento de que los verdugos regresarán en la madrugada. Un reloj público da las doce campanadas. Los gallos han comenzado a lanzar al viento su clarinada. Poco después, logro conciliar el sueño, sueño intranquilo, sobresaltado.

De repente, en la madrugada, despierto de un salto: un penetrante olor ominosamente conocido invade mis pulmones haciéndome latir violentamente el corazón. ¡Es el inquietante olor del hule de la capucha! Tengo la impresión de que despierto de una horrible pesadilla. En realidad es muy distinto lo ocurrido: el centinela que nos ve tiritar, se ha condolido de nosotros y nos está cobijando con una capa de hule! El sentirla sobre mi rostro me ha hecho despertar sobresaltado. Sí,

no todos los servidores del régimen opresor del pueblo tienen completamente encallecida el alma! Me vuelvo a dormir, con un sueño más tranquilo. Alrededor de las tres de la mañana despertamos sobresaltados. Una nueva sorpresa nos sacude. ¡Vienen de regreso los compañeros Gallegos Valdés, Orfelio y Calderón! Valdés tiene tremendamente desfigurado el rostro: un ojo cerrado, horriblemente hinchado, y, alrededor, la piel se le ha convertido en una bolsa amoratada que le cubre el ojo, el pómulo y parte de la frente. Los acuestan en catres, junto a nosotros. Volvemos a dormir.

El centinela nos levanta antes de las 6 de la mañana. Nos dejan ir a la letrina y después nos encierra a todos en la cuadra donde nos tuvieron la víspera. Sentados en catres contiguos, Gallegos nos relata sus experiencias. Al separarlos de nosotros, los llevaron a Usultán, ciudad cabecera del Departamento. Los encerraron en un cuarto amplio, en la sección de policía, bajo la vigilancia de un centinela armado. Les quitaron las esposas de las manos y se las pusieron en los tobillos, siempre haciendo pareja con Orfelio. Tuvieron que estar en cuclillas. De repente, se presentó otro policía de línea, de los destacados en el lugar y, al reconocer al estudiante, se enfureció y comenzó a insultarlo: "¡Ajá! Así es que vos sos de "Opinión Estudiantil, ¿no?" gritaba. Valdés procuraba aplacar la provocación del energúmeno, pero éste cada vez se enfurecía más:

—"Estos estudiantes, hijos de p. . . tanto que "joden" al gobierno. Nunca están conformes", decía. "Te voy a matar, hijo de p. . . de aquí ya no tengás esperanza de salir vivo".

Y pasando a los hechos tomó impulso y le descargó tremendo puntapié en ojo y pómulo al indefenso compañero que, esposado de un pie y acurrucado, recibió el salvaje impacto sin posibilidad de defenderse o esquivarlo. Rodó por el suelo casi inconsciente y el rabioso verdugo se le arrojó implacable a patada limpia, con ánimo de terminarlo. Intervino el centinela, apartando al monstruo casi a la fuerza. Este se alejó lanzando maldiciones y amenazas:

—"Voy a volver en la noche y no creás que te voy a dejar vivo, estudiante hijo de p. . ."

Sin embargo, a media noche, una llamada telefónica de San Salvador ordenaba al Director de Policía de Usulután reconcentrara urgentemente a los reos en Santiago de María. Un influyente "Prudista" (miembro del partido del gobierno) del lugar prestó su carro y los condujo con escolta a esta ciudad. En la madrugada los teníamos de nuevo con nosotros. . .

DESTIERRO MASIVO

Cerca de las 7 de la mañana un inusitado movimiento nos pone en tensa espectativa. Se

oye llegar varios vehículos. Algunos policías de investigaciones abren la puerta de la cuadra, husmean y se alejan. Se oye muchos pasos y gran animación en la sala de la calle, que está contigua al cuarto donde nos encontramos. Después, una pareja de policías de investigaciones entra y se lleva a Gallegos Valdés y a Orfelio. Regresan sólo con Orfelio, ahora esposado de ambas muñecas. Trae un pan entre las manos. Nos relata lo que sucede: en la sala principal están concentrando a muchos compañeros que han traído de San Salvador y de otros lugares; parece que los van a desterrar. Entre ellos hay profesionales, estudiantes y obreros. Va una mujer: Fidelina Raymundo. Están desayunando y ella le dio uno de sus panes. A Gallegos Valdés lo han incorporado al grupo. El les ha dicho a los otros, quiénes estamos aquí.

Al saber esto, nos invade gran espectación. ¿Nos unirán a ellos? ¿Quedaremos solos aquí? Ya hemos aprendido a saber que todo es posible en manos de estos criminales; incluso las salidas más imprevistas y absurdas. La inquietud no nos hace caer en la desesperación, pero por lo menos quisiéramos ver a los compañeros y que ellos nos vean.

Alrededor de las 8 de la mañana, el movimiento se hace más notable. Claramente se oye que ya los están llevando a los vehículos. Arrancan, se alejan, se pierden. . . La soledad reemplaza al bullicio. En medio de nuestro dolor, despido mental y brevemente a los compañeros: " ¡Feliz viaje, compañeros!

Que pronto regresen al país, al seno de sus familias, al seno de su pueblo, a acompañarlo en sus alegrías y penas, en sus sufrimientos y triunfos. Mientras tanto, que otros pueblos les abran los brazos fraternales! . . . ¡Y no se olviden de luchar por los que aquí quedamos. . .! ".

. . .16 son los ciudadanos que este día mandó al exilio el gobierno de Osorio, en un destierro masivo, atropello incalificable, violatorio de los derechos humanos y de los principios de la Constitución Política del 50 proclamada por este mismo régimen. Estos gobiernos despóticos no paran ante nada, ni ante los peores crímenes y delitos de lesa humanidad. Son la "democracia" ideal de los colonialistas, de los inversionistas extranjeros. La llamada "Democracia del Mundo Libre", impuesta por ellos en República Dominicana con Trujillo, en Cuba con Batista, en Venezuela con la "gloriosa revolución" de Pèrez Jiménez, en Colombia con Rojas Pinilla, en Perú con Odría, en Nicaragua con Somoza, en Paraguay. . . en El Salvador con Osorio y el grupo de militares en el mando. . .

Honduras vio llegar la caravana de exilados, escoltados por policías salvadoreños, camino de las cárceles de Somoza en Nicaragua, para encontrar finalmente, refugio en Costa Rica. Las tiranías se prestan mutuamente las cárceles para esconder a los patriotas y permiten que por su territorio, que se dice soberano pasen las comisiones de policías conduciendo a los reos políticos como si

estuvieran en su propio país. Ese es el centroamericanismo de los déspotas. Esa es la "fraternal" ayuda que se prestan entre sí los gobiernos que nuestra Centroamérica (y en América Latina) tienen un denominador común: su servilismo antipatriota para servir los intereses de poderosos monopolios extranjeros y del Departamento de Estado norteamericano (su patrocinador y sostenedor) y su odio cavenario contra el pueblo y contra sus movimientos por la democracia, el progreso y la plena independencia nacional. Es la "Santa Alianza" de las "democracias" dirigidas desde el Norte.

Los desterrados de este día martes 7 de octubre de 1952, son:

Los doctores:

Carlos Ganuza Morán,
Miguel Angel Flores,
Tony Vassiliu Hidalgo.

Los bachilleres:

Salvador Larreynaga,
Mario Salazar Valiente,
Gabriel Gallegos Valdés,
Roberto Carías Delgado,
David Hernández Echegoyén,
Profesor Héctor Magaña.

nos vuelve a tragar como un inmenso monstruo voraz e insaciable. . .

III PARTE

PEREGRINAR

De regreso nos distribuyen en distintas celdas. Un buen número quedamos en la celda No. 6, donde encontramos muchos nuevos compañeros de prisión. En otras celdas hay también gente nueva, estudiantes y, principalmente, obreros.

Nos enteramos de lo que ha sucedido en nuestra ausencia. Jueces ejecutores, a veces acompañados por periodistas, han andado buscando a los reos políticos desaparecidos.

Los familiares, angustiados, van de cárcel en cárcel, pidiendo saber dónde estamos. Visitan las redacciones de los periódicos. Imploran atención de funcionarios pétreos e indiferentes. La angustiada madre del Br. Salazar Valiente, la conocida poetisa Lydia Valiente, antes de saber de su destierro, había pedido públicamente entregarse como prisionera en lugar de su hijo. . . Las madres, las esposas y los hijos de los secuestrados sufren duramente las consecuencias de la represión. El pueblo está muy inquieto por la desapa-

rición de los reos que no aparecen en la lista de desterrados.

Esta celda es grande. Ha sido utilizada como lugar de entrenamiento de los policías de la Especial. Practican lucha y judo. Debido a que no han retirado todavía el colchón de entrenamiento que ocupa toda la celda, dormimos bastante cómodamente.

Pero no tardamos muchos días aquí. A mediados de octubre, una tarde, distintas comisiones de agentes nos van llamando por grupos. Juntos quedamos: Francisco Gutiérrez (reo común), Roberto Calderón (obrero de Metapán), Francisco Conteras (dirigente ferrocarrilero), José Angel Zepeda (peluquero, antiguo dirigente sindical), José Orfelio Monterrosa (directivo panificador) y yo.

En una ambulancia nos llevan a Zacatecoluca, cabecera del Departamento de la Paz. En la cárcel de la policía nos dejan en una celda grande y oscura. No se parece a la de Cojutepeque. Esta es mucho más aseada y tiene ladrillos de cemento. Es de paredes gruesas. Tiene techo muy alto y, allá bien arriba, está una pequeña ventanilla que casi no deja entrar claridad. La reja de la celda da hacia el volcán de San Vicente que alcanzamos a ver, majestuoso y sereno, encima del muro que impide ver el patio. El "Chinchontepec" nos conforta con su grandeza y, cuando posamos nuestra mirada en él, sentimos más cariño por todo lo bello y grande que tiene nuestra querida patria.

Por las noches vemos a Gutiérrez, en un rincón de la celda, hincado y vuelto hacia la pared, sollozando y crujiéndole los dientes de terror, con las manos juntas, implora amargamente: "Niño de Atocha bendito, si me sacás vivo de aquí te voy a hacer una visita. Te juro que haré penitencia. Sacame vivo, Niño de Atocha".

Teme que lo maten. No nos quiere decir por qué motivos lo han capturado, pero sospechamos que le acusan de algún robo.

En esta cárcel no nos dan alimentos. Subsistimos gracias a la fraternal generosidad de Contreras y Zepeda que gastan, en la alimentación de todos, los centavos que por medio muy hábil logran hacerles llegar sus familiares.

EDUCACION POLICIAL DE LA NIÑEZ

Esta tarde estamos pegados a la reja, ocultos de todos por un muro de 2 metros de alto, construído frente a la misma, apenas a un paso de distancia. Escuchamos los lamentos de dos niños de diferente sexo. Calculamos su edad entre los 7 y 9 años. Por momentos, su llanto es apagado por las voces burlonas de los policias.

Comenzamos a preocuparnos por ellos, sintiendo deseos de saber por qué los habrán traído. Pensamos que los han encontrado extraviados. Mas no tardamos en comprender y, lo que oímos, nos causa un brutal impacto.

—"Así es que vos estabas haciendo picardías con esa cipota en el excusado del mercado no? ¡Zángano! ". Dice un policía, atormentando moralmente a la criatura.

—"No. no", responde el niño entre sollozos, "estábamos jugando, cuando nos vio el policía y creyó que estábamos haciendo otra cosa".

—"Mentiras, ya te vamos a colgar para que digás la verdad, pícaro".

—"Yo no he hecho nada, déjenme ir a mi casa" grita lastimeramente. "No tenemos otro sitio para jugar".

—"Ya te vamos a enseñar a que no seas pícaro, desgraciado", ruge el patán.

Y entre ayes desgarradores se oye en el aire silbar el látigo.

Al aquietarse los gemidos del "delincuente", podemos escuchar lo que sucede a la niña. Alguien se complace en ofender su tierna almita.

—"Vela, tan chiquita y tan p. . . ¿Cómo te hacía ese pícaro? ¿Te gustaba, verdad? "

Y se oye la risa chocarrera del malvado. Una y otra vez, entre burlas y risotadas, le exigen a la niña que les muestre cómo ha hecho el imaginario acto sexual. Se solazan con el llanto de la niña. La ofenden con las expresiones más bestiales.

Ella no responde. Solloza. Nos la imaginamos acurrucadita, temblorosa, bajo las amenazas y ofensas de las bestias.

Hay cosas amargas, pero pocas como la

triste realidad de no poder castigar inmediatamente a los canallas, que de tal manera pisotean el tesoro de nuestra patria: su niñez. Maldito el régimen que inculca tales sentimientos de desprecio contra ella.

Tenemos la convicción de que este no es un caso aislado. Por lo que ya hemos visto en el cuartel central y en otros lugares, así como por lo que estamos presenciando aquí, nos convencemos de que esta es una actitud bastante generalizada de parte de la policía ante la niñez: despectiva, cruel, corruptora.

Sólo una mentalidad cuartelaria, deformada por decenios de tiranías, puede encontrar complacencia en atormentar sádicamente el alma tierna de niños de tan corta edad. ¿A quién más, sino a esbirros desalmados, se les puede ocurir llevar al cuartel de policía a los niños pobres que no tienen parques ni otros lugares de recreo para sus juegos infantiles? Si el régimen despótico deja de construir parques infantiles por construir cárceles y cuarteles, la consecuencia natural será que los hijos de la gente pobre tendrán que jugar hasta en los lugares más inmundos.

Empero, al agente del despotismo lo único que se le ocurre es llevar a los niños a la cárcel por encontrarlos jugando en los sitios pestilentes. Castigarlos, humillarlos y ofenderlos.

¡Qué cicatrices imborrables quedarán en el alma inocente de un niño que ha sufrido tal humillación! ¡Qué huella dejará en el pudor de una niña, semejante violación moral! ¿Es

eso educación? ¿Se podrá perdonar a un régimen social que de tal manera envilece lo más sagrado y noble?

¡Oh niños, oh jóvenes! Nada podéis esperar de semejante régimen bestial que corrompe vuestra alma virgen y pura! Merecéis lo mejor, sois lo más grande que tiene la humanidad. Representáis el futuro feliz de nuestro pueblo. Lo tendréis todo, cuando este régimen bochornoso sea sólo un pasado. Por vuestro feliz futuro luchamos todos los hombres y mujeres que aspiramos a un mañana de progreso y libertad. . .

. . .Un rato después llegan los padres de los niños detenidos.

—"Si no castigan a esos cipotes pícaros, los vamos a volver a traer", les dice el Comandante. "Sólo así se van a educar estos zánganos".

Se les impone una multa.

Por lo visto, se ha cumplido con el deformado y cuartelario concepto de educar a la niñez.

FIN DE SEMANA CAMPESINO

Cada sábado, desde el amanecer, una idea fija nos asedia. Nos invaden la tristeza y la inquietud. Hay sobrada razón para ello.

Por la tarde comienza el coro de lamentos en el patio de la cárcel. El amargo llanto de mujeres y de niños. Parte el alma. ¿La causa? Uno de los más graves males de

nuestra sociedad: el aguardiente, la chicha.

Todos los sábados y domingos traen de fuera de la ciudad a campesinos macheteados, agonizantes o ya muertos. Del volcán o de las aldeas vecinas, colgados en hamacas, bajan con ellos las patrullas para que el forense dictamine la causa de la muerte. Junto a la hamaca van la madre, la mujer y los hijos llorando desconsoladamente su infortunio. Dentro, un amasijo de carne sanguinolenta destrozada por el filo del machete.

Es difícil apartar de los oídos los ayes de la humilde familia doliente.

Con frecuencia, la cosecha del machete es abundante. Varias veces en un mismo día se repite el temido drama.

Como regla, el presunto autor del delito es capturado, molido a palos y, todavía borracho, es arrojado a puntapiés a la celda vecina. Posteriormente vienen las torturas para que se "haga cargo". Días después, con todo y expediente, es entregado al juez. El muerto al cementerio y el homicida a la cárcel. Doble tragedia generada en el mismo mal. Orfandad y dolor, más hambre y miseria para los seres que dependen de ellos.

¡Oh dureza de la vida para las gentes humildes de mi patria! Cuántas lágrimas y sufrimientos tienen que sorber. . .

El ser sufrido de mi tierra es el habitante del campo, que constituye la inmensa mayoría. Vive sobre la tierra que no le pertenece, ya que unas cuántas familias monopolizan el suelo patrio. Menos de mil grandes terrate-

nientes acaparan más de la mitad de la tierra (concretamente, menos del uno por ciento de propietarios poseen alrededor de las dos terceras partes de la tierra cultivable). Mientras tanto, la masa de campesinos pobres le saca el último jugo a sus parcelitas agotadas, menores de una hectárea. La gran mayoría de familias del campo ya no poséen tierra y son exprimidas como limones por terratenientes y empresarios rurales.

¿La vivienda, qué es la vivienda campesina? El triste y desportillado rancho de paja, antihigiénico, sin ladrillos, sin luz, sin agua; a no ser el agua lluvia que se cuela por todas partes durante las tormentas de invierno la que la pobre mujer tiene que acarrear desde el arroyo o del ojo de agua más cercano.

El rancho es el testigo mudo de todas las miserias, de las hambres, enfermedades, dolores físicos y morales que acompañan cotidianamente a la humilde familia del campo. Es el testigo involuntario del amargo llanto de la madre cuando no tiene una tortilla de maíz dura con qué acallar el hambre de los hijos y cuando la vida del fruto de sus entrañas se consume irremediablemente por falta de medicinas.

¡Oh niño del campo, tan desposeído de todo lo que hace grata la vida de los seres de tu edad! Sin diversiones, sin alegrías. Creces angustiado por la preocupación de tus padres ante la escasez de todo lo necesario. Ayudas a tu padre desde la más tierna edad en las duras faenas del campo. Te haces hombrecito muy

temprano. Sin posibilidades de recibir la luz de la enseñanza. Si logras ir a la escuela —escuelita rural de 2 ó 3 grados de primaria— tendrás que recorrer varios kilómetros, bajo el sol calcinante y la lluvia tropical, vadeando torrentes peligrosos. De lo contrario, serás uno más en el crecido número de los analfabetas (60 por ciento de la población).

Y tú, niña del campo, relegada desde tierna edad a un segundo plano. Si logras crecer (pues tienes más del 50 por ciento de probabilidades de no llegar a los 5 años de edad, según indican las frías estadísticas), tienes pocas posibilidades de ir a la escuela. Si creces, llegarás a ser como tu madre: esclava del hogar y molendera de la finca. O te calcinarás al sol, junto a los blancos copos de algodón, por un salario mucho menor que el del hombre. Doblemente sierva, del terrateniente y de la familia. Bajo este régimen despiadado serás una mujer sin alegrías, comerás la dura tortilla de maicillo y frijol salcochado, amasados con lágrimas; todo el tiempo, desde la cuna hasta la tumba! ¡Oh niña, qué triste destino te depara este régimen económico malvado, frío, inclemente, que explota hasta lo indecible las débiles fuerzas del trabajador y que no da nada más que hambre, desnudez y vicios!

Eso es. . . ¡vicios! . . .

Después del trabajo extenuante, de sol a sol, con la más limitada remuneración, muchos trabajadores del campo van a ahogar sus

amarguras en el fuerte licor embriagante. Así olvidan un momento las pobrezas del hogar. Por un rato se sienten fuertes, libres, poderosos. Mas, el aguardiente no proporciona alegrías al pobre. Exalta, imprime fuerza y arrojo momentáneos, pero no da alegrías. Hace aparecer oleadas inexplicables de cólera y rencor, de ánimo de desquite. En el fondo del alma se remueve sordamente el resentimiento por la explotación ilimitada, por el calcinante sol del medio día que hace empapar de sudor la tierra ajena, sudor retribuído por un salario que no alcanza para nada; se remueven los recuerdos dolorosos: la muerte de los hijos roídos, por la tuberculosis o los parásitos intestinales, las amargas quejas de la mujer que se marchita y consume prematuramente, la altanería del patrono o capataz; todo se mezcla en mente y corazón y surge el deseo irresistible de que alguien pague por tanto infortunio y tanto dolor. Las manos se crispan sobre el mango del machete y, en la cantina o en la carretera, surge el grito:

—"Yo soy hombre, hijos de p. . .".

Y los machetes sacan chispas, cuando chocan en duelos fraticidas. Y los cuerpos caen destrozados. Y las hamacas se convierten en mortajas! Y comienza el llanto de las madres, de las esposas, de los huérfanos. . .!

Ríos de sangre corren en el campo debido al aguardiente, mientras el Estado estimula su consumo en una criminal política tendiente al embrutecimiento del pueblo, para

mantenerle maniatado frente a la ilimitada explotación que efectúan terratenientes semifeudales y empresarios agrícolas capitalistas. Como se sabe, más del 10 por ciento del presupuesto del Estado es percibido a través del impuesto por el aguardiente. No importa al régimen pro-imperialista actual que el vicio florezca, que haya más huérfanos, que los campos se llenen de cruces.

Sobre la sangre de los campesinos y obreros agrícolas destrozados por el machete se eleva el coro dantesco de lamentos. Y al oirlos cada fin de semana en esta celda, nos sumergimos en sobresaltadas meditaciones sobre la urgencia de acabar para siempre con la tragedia que arrastra nuestro pueblo.

***

...De la meditación dolorosa pasamos a la discusión sobre la situación del trabajador del campo.

De ella sacamos en claro que no es posible desligar esta situación de hambre, desnutrición, analfabetismo y vicios, consecuencia del régimen semifeudal del campo, de la situación de horrible opresión política que reina en el país y que se descarga con especial fuerza sobre las masas del agro salvadoreño. El trabajador agrícola vive en la extremada opresión, bajo un aparato represivo local y nacional particularmente severo. Todo intento de los campesinos y obreros agrícolas de luchar por su mejoramiento económico o

político es contestado con la violencia gubernamental, con la cárcel, los apaleamientos y asesinatos. Todo tipo de organización, exceptuando a las congregaciones religiosas, es prohibida drásticamente. Las ligas campesinas y sindicatos de obreros agrícolas están prohibidos, a pesar de que las Constituciones que ha tenido el país reconocen invariablemente el derecho de todos los ciudadanos a organizarse pacíficamente para todo objeto lícito.

La Guardia Nacional, cuerpo eminentemente represivo, y las autoridades locales se encargan de impedir al campesino y obrero agrícola ejercer sus derechos constitucionales y los más elementales derechos humanos, garantizando a los terratenientes semi-feudales y empresarios agrícolas capitalistas el ejercicio de la explotación ilimitada sobre sus trabajadores.

A la luz de esto podemos comprender con claridad, que el encarcelamiento actual de tan gran número de ciudadanos democráticos, no es sino parte de todo un proceso de tiranía militar que busca oponerse a todo avance democrático en lo político y a toda transformación económico-social de las condiciones de vida y de trabajo del pueblo. Vemos un curso eslabonado de represiones agudas, dentro de una situación de represión permanente que arranca principalmente del año de 1932, cuando fueron asesinados alrededor de 30.000 trabajadores del campo y de la ciudad que luchaban por terminar con la situación semi-

feudal del país y sobre cuyos cadáveres el sanguinario tirano Hernández Martínez inauguró el régimen de dictadura militar; luego, el osminato* que llenó de cadáveres los campos de Ahuachapán y San Miguelito. Más tarde, Castaneda Castro, con sus contínuas represiones, con los asesinatos del 15 de Septiembre de 1946, cuando los trabajadores reclamaban el derecho de sindicalización y trataban de ejercer el derecho de huelga. Luego, marzo de 1951, y ahora, 1952: septiembre, octubre, noviembre. . .

. . .Todo es una sola cadena eslabonada de cárceles, bayonetas, sangre de hombres y mujeres que aman la aurora futura de libertad y felicidad popular. . .Más de 20 años de tiranía militar!

Pero nada podrá detener ilimitadamente el derecho de un pueblo a ser feliz. No se puede eternamente mantener al campesino sin tierra, sin pan, sin enseñanza, sin medicinas, sin vivienda humana, sin créditos, sin alegrías. No se puede eternamente obligar al obrero agrícola a que se conforme con salarios de hambre, sin libertad de organización sindical, sin derechos laborales ni políticos.

Las mismas necesidades del progreso están reclamando que la gran población del campo tenga mayor capacidad de compra, para que pueda consumir en forma creciente los productos de las fábricas. Es claro que a estas alturas la burguesía no es capaz de

* N. de E. Se refiere al período que gobernó luego de un golpe de estado el Coronel Osmín Aguirre.

luchar a fondo contra las prácticas feudales, sino que procura conservar las que le ayuden a explotar más intensamente a las masas trabajadoras agrícolas e industriales. Es claro, que la burguesía nacional vacila frente al imperialismo. Tiene miedo a que el pueblo tome en sus manos sus propios destinos. Son las masas obreras y campesinas el corazón de la unidad de las fuerzas progresistas que cambiarán de raíz la situación de miseria y opresión en que vivimos. Por eso, los gobiernos pro-imperialistas tratan de embrutecerlos con el aguardiente, con la demagogia y perseguirlos con el arma del anticomunismo.

El ansia de tierra del campesinado no se podrá detener. El anhelo de libertades democráticas no se podrá ahogar. El campesinado, los obreros y todos los sectores progresistas del país, alcanzarán, se oponga quien se oponga, las libertades públicas, la amplia democracia para todo el pueblo, LA REFORMA AGRARIA verdadera que dé la tierra y la ayuda técnica al campesino; el progreso, la industrialización y la verdadera independencia económica y política del país.

Se acerca la época en que la cultura llegará al campo (cuando el pueblo haya conquistado un gobierno popular), en que terminará el analfabetismo; los niños no tendrán que recorrer grandes distancias para estudiar; las mujeres no serán siervas, sino ciudadanas con igualdad de derechos económicos y políticos en la práctica y no sólo en el papel. No está lejano el día, cuando los vicios

no tengan ya la base social que les da la intensa explotación, la incultura... Llegará el día en que el pueblo será feliz, construyendo sus propios destinos...

En camino hacia esa meta, como nosotros, otros más, visitarán estas cárceles... Pero la victoria final será del pueblo.

...Todos nuestros pensamientos y nuestras discusiones, alrededor de problemas nacionales, terminan siempre con esta conclusión.

***

En esta celda policial de Zacatecoluca, la oscuridad reina, tanto en la noche como en el día. Sin embargo, entre la 1 y las 3 de la tarde, nos visita un alegre rayito de sol que se cuela por una pequeña rendija del techo.

Con qué alegría nos turnamos para recibir ese acariciante rayo de vida. El pequeño círculo de luz no es mayor que una moneda de diez centavos; pero nos basta para "tostarnos" la espalda, el cuello, el pecho desnudo. Con fruición nos colocamos bajo su radio de acción y nos formamos la ilusión de que estamos recibiendo salud y fuerza. Pensamos que eso hará disminuir la intensa palidez de nuestros cuerpos.

Todas las tardes esperamos con impaciencia esta luminosa visita.

Las semanas van pasando y seguimos en Zacatecoluca. Gutiérrez y Calderón fueron llevados, posiblemente, de regreso a la capital.

Una mañana, llegan por mí dos policías de civil. Con su misterio acostumbrado se niegan a decir a dónde me conducirán. La preocupación se apodera de los compañeros que quedan en la celda. En lo profundo del alma agradezco sus sentimientos de solidaridad. Mientras tanto, los esbirros me esposan.

Al cerrar la reja, uno de los policías dice al otro: "lo llevaremos al sótano". Cruzamos el patio y entramos en la sala de enfrente. Esta se comunica con una habitación que debe ser la entrada del mencionado sótano. Permanecemos un momento en la sala y después de que un policía uniformado llega a decirles que no me dejarán allí, cruzamos otra vez el patio, salimos por la puerta trasera del edificio y caminamos por las calles empedradas de la ciudad.

Salimos de ésta por el lado sur. Nos detenemos en unos potreros junto a unos ranchitos, desde donde se ve la carretera a una distancia aproximada de 150 metros. Pienso que uno de esos ranchitos de paja les ha de servir de lugar de torturas. Me parece sumamente extraña la actitud de los agentes. Hablan entre sí, pero durante todo el camino no me han dirigido la palabra, ni han tratado de interrogarme. Parece que estuvieran a la espera de algo.

Me ordenan acercarme a una roca. Debajo de un árbol. Comienzan un diálogo entre ellos, como si ignoraran mi presencia:

—"Conocés el cuento del rey y el ahorcado", pregunta uno al otro.

—"Hombre, no", responde éste.

—"Pues, era un hombre que iba a ser ahorcado y el rey le dijo que le sería concedido su último deseo. Este respondió que sólo quería que le permitieran escoger el árbol donde sería ajusticiado. El rey le prometió que su deseo sería cumplido. Fue conducido al bosque y, después de todo un día de búsqueda, no encontró ni un árbol de su agrado. Finalmente indicó una mata de verdolaga que no le llegaba ni al ojo del pie. Naturalmente que como allí no se le podía ahorcar, fue perdonado..."

—"Ja, ja, ja, ja, pero a este hijo de p... no le vamos a dar a escoger ni el árbol donde va a quedar con la lengua de fuera".

—"¿Por qué son tan brutos ustedes, hombre? " dijo el primero, dirigiéndose directamente a mí, con tono conmiserativo. "Vos sos obrero, y ¿qué te sacás con andarte metiendo en babosadas? Mirá a los estudiantes y doctores que los "embruecan" a ustedes. Esos están bien, mientras que a ustedes les toca la jodida".

No vale la pena ni siquiera contestar esas estupideces.

Fuera de eso, no muestran interés mayor de seguirme hostilizando. Ven el reloj, contí-

nuamente miran hacia la carretera. Están impacientes. Es indudable que esperan algo.

Un rato después se oye un silbido detrás de los ranchos. Aparece un hombre y les dice: "Ya no. Hay que regresarlo".

No preguntan más y regresamos por las mismas calles.

Al abrir la bartolina, el asombro se pinta en el rostro de los compañeros.

—"Hemos estado muy preocupados. Pensábamos lo peor".

Después de discutir distintas hipótesis, llegamos a la conclusión de que estos intentos de romper la moral a base de golpes psicológicos no son idea nueva. Ya han sido utilizados en profusión, principalmente por los nazis. De todos modos, quedan flotando algunas preguntas: en estos movimientos, ¿no habrían otros objetivos? ¿Por qué veían con tanta insistencia a la carretera? ¿Qué esperaban? ...

DE REGRESO

A principios de diciembre estamos de regreso en San Salvador. Nos encontramos con los antiguos compañeros de prisión y con nuevos compañeros, en número crecido, que han sido amontonados en al celda No. 6. A esa misma celda nos conducen.

Este es un grupo heterogéneo. Algunos comienzan a impacientarse por tanto día de incomunicación. Pero todos soportan bastante

bien las incomodidades y la injusticia. Hay fraternidad en el conjunto.

No dejan de aparecer, de vez en cuando, fantásticos proyectos de fuga en masa. Se piensa en los distintos medios de escapar; pero tales proyectos, a poco de aparecer, se abandonan por irrealizables.

Algunos piensan que, al llegar el 14 de diciembre, —aniversario de la "revolución" (golpe de estado militar el 14 de Diciembre de 1948 que hizo posible la llegada al poder del actual grupo gobernante)—, habrá amnistía general. Los más conscientes tratan de luchar contra tales ilusiones y la vida va demostrando que esos pensamientos no tienen base seria.

En vez de eso, lo que el régimen hace es promulgar la malvada ley de tipo fascista que lleva por nombre "LEY DE DEFENSA DEL ORDEN DEMOCRATICO Y CONSTITUCIONAL", como instrumento para imponer las más severas penas a los elementos "comunistas y contrarios a la democracia", según el criterio de los déspotas en el poder. Esta Ley está enfilada, en primer lugar, contra los que ya estamos presos y, en segundo término, contra todo ciudadano democrático que se oponga en alguna forma a los atropellos del régimen militar. El gobierno se siente más cómodo para cometer sus desmanes, "legalizados" de ahora en adelante por esa monstruosa ley.

Diciembre transcurre sin grandes cambios en el riguroso régimen carcelario de secuestro.

Para Noche Buena y Año Nuevo, los carceleros se emborrachan y tratan de mostrarse amables con los reos. Incluso alguno de ellos llega a "felicitarnos" a las celdas. Ramírez, el Comandante de Turno, nos abre la celda unos minutos para que recibamos el Año Nuevo y podamos los reos darnos el abrazo "en libertad". 5 minutos después, entre el estruendo de cohetes y sirenas que en la ciudad saludan el inicio de 1953, nos vuelven a encerrar. Nuestro pensamiento se vuelve hacia nuestros familiares, que con la angustia congelada en el corazón, nos estarán deseando felicidades y libertad en este nuevo año... "¡Feliz año Nuevo, queridas hijas, queridos familiares! Feliz Año Nuevo, querido pueblo nuestro! "...

NUEVAS TORTURAS

18, 19 y 20 de enero se han renovado las torturas. Juan Barrera y otros reos políticos, entre quienes estamos mi compañera y yo, hemos sido llevados de nuevo a "declarar".

Esta vez, los suplicios efectuados con menos ceremonias, tuvieron, en cambio, un carácter incisivo y brutal. Principales encargados de ellas fueron José Urías Orantes y Carlos Eduardo Carrillo.

A Barrera le aplicaron la capucha, le golpearon en diferentes formas y le tuvieron colgado durante horas. A mi compañera la

golpearon una y otra vez y, por horas, la tuvieron esposada con las manos hacia atrás, alternando los golpes con las amenazas. Esta vez los puntapiés, las esposas apretadas hasta el último grado y los golpes le han dejado lesiones dolorosas.

El verdugo Carrillo, brazo derecho de Urías no sólo en las torturas sino también en los asesinatos que noche a noche ejecuta su grupo, se revela como un sádico torturador; como fiel discípulo del carnicero Urías. Si eso es posible, le aventaja en saña. Aún es joven, moreno, de ojos vidriosos, desorbitados e inyectados en sangre; bigotes ásperos y cejas espesas.

Comienzan por mostrarme unas malvadas declaraciones firmadas por miserables delatores enviados por el Ministerio de Trabajo, excompañeros que habían luchado junto con nosotros en el movimiento sindical y que cobardemente se han puesto al servicio de los planes del gobierno.

—"Ahora sí, ya no podés negar nada", me dice Urías con diabólica sonrisa. "Hoy tenemos todas las pruebas; aquella vez no estábamos seguros".

Pone un receptor de radio a todo volumen.

Después de unas cuantas preguntas, Urías ordena a Carrillo ponerme la capucha. Pero no repite mucho este tormento. Tras cuatro veces de llegar al borde de la asfixia, dice a Carrillo:

—"Ya no sigás; estos son tercos, apuestan

con el pellejo. Mejor traé la tranca".

Cerca está un palo de trapeador que ha sido convertido en instrumento de tortura. Le han quitado el travesaño horizontal inferior; quedando convertido en firme y larga estaca. Le atan una manta en la punta inferior.

Estoy tirado de bruces en el suelo, desnudo de la cintura para arriba, con las manos esposadas hacia atrás. Carrillo afianza fuertemente con ambas manos la parte superior del palo, se pára firmemente dejando mi cuerpo entre sus pies separados, toma impulso hacia arriba (con el ademán de quién toma un mazo para apisonar el suelo) y hunde la punta del palo entre las costillas, con saña demoníaca. Vuelve a tomar impulso y a descargar el golpe. Muchas veces.

—"Dale duro, dale...", dice Urías, "hay que lisiar de los pulmones a este pendejo".

En el descanso, Urías descarga puntapiés en los costados.

Luego, "emparejan" los golpes, machacando el cuerpo con una tranca de hierro, a fin de que la espalda se convierta en una mancha morada. No hacen preguntas durante la tortura, la realizan fríamente, sin enojarse innecesariamente. Su objetivo principal parece ser en esta ocasión, el de dañar el organismo de manera permanente.

El tormento es de corta duración. Me hacen recobrar el conocimiento y me regresan a la celda No. 6, donde me esperan los compañeros. Durante estos tres últimos días

he estado separado de ellos, en una celda de ladrones.

Los compañeros, solícitamente, acondicionan un catre de los que hace poco trajeron a la celda y me acuestan. Allí he de permanecer varios días sin poder incorporarme. Fraternalmente me llevan el alimento a la boca. Juan Cardona, ferrocarrilero, que está en la cárcel por malinformes de los agentes sindicales del gobierno, quien sabe cómo ha podido conseguir una jeringa y una inyección de penicilina. Me la pone para contrarrestar la infección que causarán los golpes.

Ocho días después llega Carrillo con intención de llevarme a "declarar". Los compañeros le increpan indignados. El vigilante de turno, —un judicial conocido con el sobrenombre de "Perón"—, asustado por la protesta de los compañeros, dice a Carrillo: "No seas bárbaro, hombre, ¿no ves que no se puede levantar? ".

—"Es que tengo orden de tomar la declaración a como haya lugar".

—"¿Por qué no se la tomás aquí en la celda? ".

Maldiciendo entre dientes, Carrillo se aleja, para volver con una hoja de papel. Toma mis generales y levanta una corta declaración en la que niego todos los cargos. Malhumorado se retira.

LA CARCEL DE LA POLICIA NACIONAL

Principios de febrero. Nos permiten salir a asolearnos al pasillo, Durante varios días aún, camino encorvado. Siento punzadas en la espalda cuando intento enderezar el cuerpo. Poco a poco vuelvo a la posición normal.

Estando en el tercer piso, desde el pasillo podemos ver el patio y las celdas de la prisión de abajo y contemplar la vida que llevan los pobres seres que allí se encuentran privados de libertad. No es la prisión donde estamos nosotros, aunque esté en el mismo edificio. A su cargo están los agentes uniformados. Hay allí cerca de mil reos detenidos por faltas de policía y por robos.

Durante el día, una parte de ellos permanecen en el patio. Varias celdas están cerradas día y noche. Este es un antro inhumano, que sangra en el propio centro de San Salvador. Los hombres allí no son considerados como seres humanos. Sus carceleros son hombres bestializados, deshumanizados.

Frente al patio se extienden en semicírculo, y una encima de otra, dos largas filas de celdas de cemento. En el patio hormiguean los reos. Unos se ponen en cuclillas. Otros se pasean de un lado para otro, desesperadamente. Otros platican formando grupos. Casi todos visten ropas sucias y son numerosos los que llevan mugrientos andrajos y tienen el cabello y la barba crecidos.

Los reos miran con frecuencia hacia la puerta que comunica con la entrada sur del edificio. Los "pasadores" gritan a voz en cuello el nombre de uno u otro reo. El pregón se multiplica, repetido por otros "pasadores". Las llamadas van dirigidas a reos que pide el juez de policía, que pasarán a los juzgados comunes o saldrán libres.

En horas de comida algunos reciben alimentos de sus familiares. Con alegría toman el "tambache" y se forma la rueda de amigos, que en un abrir y cerrar de ojos dejan limpio el plato. Otros reos miran con ojos melancólicos y envidiosos. Al devolver el plato, el reo siempre hace alguna recomendación:

—"Dígale que me pongan más frijoles", o bien, "dígales que consigan el dinero para la multa; son 15 pesos ó 30 días". O, "que me traigan cigarrillos", o cualquier otra petición.

Este es un centro de dolor físico y moral, un centro de enfermedades, de maldad, de vicio e infortunio. La policía es totalmente insensible frente al dolor humano en esta cárcel y contribuye, cuanto más puede, a convertirla en un auténtico infierno.

La "alimentación" que se da a los reos sólo puede ser consumida por una persona extremadamente hambrienta. Veamos el menú diario e invariable: en el desayuno, 1 "yoyo", un pocillo de agua tibia, sucia y desabrida, que muy a lo lejos recuerda el sabor a café. A veces, 1 guineo majoncho hervido con todo y cáscara. En el almuerzo: 2

"yoyos". En la cena: 1 "yoyo" y un poco de agua sucia, llamada café.

Y esto, día tras día y año tras año. Jamás los reos pueden probar un pedacito de carne, de queso o un poco de sopa, con excepción de los que reciben alimento de parte de sus familiares. Sólo el "yoyo", mañana y tarde. No está demás saber qué es el "yoyo". Lo componen dos pequeñas tortillas de maíz mal molido, duras y hediondas y, en medio de ellas, una pasta pegajosa de frijoles y arroz revueltos (como lujo, a veces le revuelven también algunos pedacitos de maloliente víscera de buey) casi siempre descompuestos y agrios. En los primeros días, antes de que el hambre clave su aguijón en el estómago, es imposible comer semejante porquería. Muchos la vomitan y hasta pasados varios días la toleran. Pero luego, hasta las cáscaras de guineo mojoncho (banano de inferior calidad) devoran; la faz se vuelve cadavérica y los ojos ansiosos reflejan el hambre que consume el organismo.

Ese mismo "menú" es el que proporcionan también aquí arriba.

La sífilis, las diarreas, la influenza, la tuberculosis hacen estragos en los reos. Muchos mueren sin que una mano piadosa les proporcione ni siquiera una aspirina, ante la indiferencia criminal de los carceleros, que han perdido todo sentimiento de respeto por la persona y la vida humanas.

Las celdas se mantienen en las condiciones más antihigiénicas que imaginarse pue-

da; húmedas, sucias, infestadas de piojos (de cabello y de ropa), chinches y toda clase de parásitos, hongos y microbios.

Los reos duermen en un hacinamiento increíble. Muchos pasan la noche en cuclillas porque no hay espacio para estirar las piernas. Los sábados y domingos, especialmente, cuando hay "llena" debido a la gran cantidad de borrachos detenidos, las celdas materialmente rebalsan.

Los menores de edad —vagos, mendigos y capturados por diversas faltas— (No se trata de los que están separados en una celda), muchos de ellos, casi niños, están revueltos con los reos adultos, entre los que hay borrachos empedernidos, viciosos, degenerados y toda clase de delincuentes comunes. Infortunados muchachos que, en las garras de tales sujetos, son víctimas de los peores abusos y depravaciones morales y corporales. Las tiñas, la sarna, la sífilis y otras enfermedades hacen rápidos estragos en sus cuerpos. Los malos ejemplos y enseñanzas, los vicios y la maldad, prontamente envenenan su alma.

CELDAS DE LADRONES

Sin embargo, todo ello es pálido si lo comparamos con la situación en que se encuentran los ladrones reincidentes. Estos pasan meses. . . y años encerrados en las

celdas, generalmente en las del 2o. piso de la cárcel de la Policía Nacional. Sin recibir el sol, sin rasurarse y sin bañarse, apretados —de 60 a 70 reos— en celdas que no pasan de 6 metros de largo por cuatro de ancho. Sin más comida que la ración descrita. Muchos de ellos se quedan sin ropa y andan desnudos, mostrando las costillas y los salientes huesos de las caderas. Su rostro amarillento tiene vida intensa en los ojos vidriosos; los pómulos salientes y las mejillas hundidas son prueba de hambre y desnutrición en último grado.

Da tristeza profunda ver los racimos de ladrones subidos a las rejas de sus celdas, en actitudes que involuntariamente hacen recordar a los monos. Han aprendido a sostenerse metiendo las piernas entre los barrotes y, con los pies colgados hacia afuera, permanecen horas y horas, gritando a los reos que se encuentran en el patio; pidiendo, mendigando desperdicios, injuriando a medio mundo, profiriendo las peores palabras.

Su ocupación favorita consiste en tirar el "anzuelo". Confeccionan una bolsa de sus propias ropas, le atan un cordón de varios metros de largo hecho con girones de tela, la tiran hacia abajo haciéndola colgar sobre el patio, para que algún reo compadecido eche desperdicios en la bolsa. "Todo es bueno para ellos: cáscaras de fruta, aguacates podridos, tortillas duras, huesos (arrojados por reos a quienes llevan comida de sus casas). Su mayor golosina son las cáscaras de guineo hervido; que algún reo, aún no acostumbrado a comer-

las, haya arrojado al patio. Alguien las recoge y se las pone en las bolsas. Cuando sienten que "ha caído" algo, recogen anhelantes el cordel, vacían el contenido y vuelven a lanzar la bolsa, como pescadores a la orilla de un río.

La Constitución Política del país prohibe detener a una persona por más de 48 horas sin pasarlo a la orden de un juez competente. Por faltas de policía la detención no debe pasar de 30 días, impuestos por el Juez Especial de Policía. Siendo así, ¿cómo pueden permanecer meses y años en manos de la policía estos seres desventurados? Eso es posible por el malvado procedimiento que se llama "30 y 30".

Consiste, en simular que a un reo se le da libertad, pero que se le vuelve a capturar por la repetición de la misma falta. Mas, el reo no se mueve de la celda. Ni siquiera se da cuenta cuándo ha "cumplido" 30, 60, 90 días o más. Cuando un reo cumple 30 días el comandante de turno escribe su nombre en el libro de salidas y, al mismo tiempo, vuelve a inscribirlo en el libro de entradas. El requisito legal está llenado, la Ley y la Constitución se han "cumplido"; mientras los hombres se disecan en la cárcel.

¿A cuántos hombres habrá asesinado cada Director y cada Juez de Policía, mediante este "sencillo" procedimiento? Si se pudiera sacar la estadística, su número daría escalofríos. El "30 y 30" es una institución en ese Cuerpo. Todos los jueces de lo criminal y la Suprema Corte de Justicia lo saben desde

hace varios decenios, pero se hacen sordos y ciegos.

¡Cuántos ladrones prefieren morir a seguirse consumiendo lentamente, roídos por la tuberculosis y la sífilis, sin esperanzas de que se les abra juicio, sin perspectiva ni siquiera lejana de libertad! Sin que con ellos, —seres degenerados—, se intente ni el más elemental sistema de regeneración.

Los más desesperados se abren las venas de los brazos con "gillette" y se mueren lentamente sobre un charco de sangre. Algunos alcanzan a ser salvados, lo que obliga a iniciarles un juicio en los juzgados de lo criminal. Este éxito estimula a otros reos a intentar salvarse de ese infierno a través de tan arriesgada puerta de escape. El intento de suicidio se ha convertido en un medio favorito de los ladrones para procurar que los envíen a juzgado.

Otros, recurren a un criminal e increíblemente bárbaro medio para ser enviados a la penintenciaría. Se ponen de acuerdo entre varios y promueven una riña con el reo escogido. Mientras éste se lía a puñetazos con otro, uno de ellos arrojándosele por detrás le mete el brazo debajo de la barbilla, apretándole sin piedad hasta ahorcarlo. Este método de estrangulación lo han bautizado con el nombre de "el Chino". El cadáver cae al suelo pesadamente y las rejas se abren para llevar a los criminales al Presidio Preventivo de la Penitenciaría Central. Los que tratan de hacerse pasar como cómplices son en mayor

número de los que efectivamente participaron en el asesinato.

Esa es la cárcel de la Policía Nacional de San Salvador. Quien no haya pasado por ella no podrá imaginar jamás la inhumana crueldad de ese régimen carcelario.

LOS NIÑOS LADRONES

En una celda de esa misma cárcel se consumen alrededor de 70 niños de 9 a 14 años. Son ladronzuelos que la dureza de la vida, las privaciones de sus hogares, los malos ejemplos, en una palabra, el medio económico y social, han arrojado al mal camino.

La más violenta impresión causa verlos, de tarde en tarde, cuando los sacan de la celda para hacer el aseo de la misma. Las lágrimas pugnan por agolparse en los ojos al ver a esas tiernas criaturas famélicas que casi no pueden tenerse en pie. A varios los sacan a rastras. Demacrados al extremo, temblorosos, con las costillas pugnando por romper la piel amarillenta, son sólo huesos, pellejo y úlceras. Su sonrisa infantil no es más que una mueca de dolor. Su vida en tan temprana edad, se ha hundido en la más insondable indiferencia de parte de una sociedad que devora a sus más tiernos hijos. Es cierto que no son niños buenos. Son duchos en mañas, en astucia y maldad. Están corrompidos por los mayores. Pero, ¿acaso puede tratarse como delin-

cuentes empedernidos a niños de tan corta edad, que han comenzado a delinquir por culpa del mismo régimen social, que les obliga a crecer en la promiscuidad del sórdido mesón, en la miseria, en la ignorancia, en el hambre, frente a los malos ejemplos de todo género? ¿No es, acaso, para estos niños que se ha ideado los reformatorios de menores? ¿No es con ellos que debe aplicarse sistemas humanitarios de reeducación, de remoldeamiento en el amor al trabajo y en el respeto a los demás? Pero un régimen social que produce tal desgracia, es también incapaz de reeducar.

Este régimen de cuartel que padece el país, sólo mide con la vara de la ergástula, del látigo, del hambre y la capucha! Acostumbrado a la opresión brutal sobre todo un pueblo, ha embotado sus sentidos en la crueldad extrema. Hasta que nuestro pueblo, resuelto a terminar para siempre con tanto sufrimiento e ignominia, diga con voz fuerte y puño potente: ¡BASTA YA!

Ciudadanos, decid: ¿No tenemos razón de luchar contra tales métodos carcelarios y por la transformación democrática de la sociedad? . . .

LAS ALAMBRADAS

Dejemos a los reos de abajo con sus sufrimientos. Veamos qué pasa a nuestro alrededor en esta cárcel de la Policía de Investigaciones.

Detrás de las celdas, en la parte que dá hacia la calle, hay un ancho corredor en donde, tras altas alambradas, llevan durante el día a los reos comunes. Sentados en el piso o paseándose a lo largo del mismo, bajo el tórrido sol, pasan el día varios centenares de hombres que están a "la orden" de la Policía de Investigaciones, acusados de diversos delitos. La mayoría son ladrones con largos meses de detención "investigadora". Por la tarde los vuelven a encerrar en la respectiva celda.

Desde en la mañana hasta en la noche, los agentes se complacen en amargarles la vida. Especialmente cuando está de turno un comandante de investigaciones llamado José Soriano, de edad madura, gordo, alto, fortachón, con andar de oso, que se distingue por blandir contínuamente un pesado garrote de madera. No una vez hemos visto romper un garrote tras otro, en la espalda o en la cabeza de los reos! Al principio nos parecía imposible que pudiera romperse un madero de fino níspero de tal grosor. Después, ese ha sido espectáculo no raro. Desde los primeros garrotazos, las víctimas se retuercen en el suelo entre alaridos escalofriantes.

Por las mañanas, luego de sacar a los reos al campo de alambradas, Soriano, ayudado por otros policías, les hace formar precipitadamente.

—"Rápido, formen, haraganes".

Blande el garrote y lo descarga sobre algún reo que no se apresure a entrar en la formación.

Luego, les ordena que comiencen a trotar, dando vueltas en torno al corredor. Al principio despacio, después rápido, más rápido; fuerte, rítmicamente. El piso retiembla bajo los pasos de cientos de personas.

—"Levanten más alto los pies, imbéciles".

Los pobres reos, escuálidos, hambrientos, pálidos, no pueden seguir con la energía debida al ritmo exigido. El garrote, implacable, les saca fuerzas de donde no las tienen.

Luego, al compás de los palos, los policías obligan a los reos a ejercitar "la rana" que consiste en saltar y correr acurrucados, con las manos en la cintura.

Es doloroso ver a los pobres reos, muchos de ellos con claras señales de tuberculosis, sudorosos, resoplando, esforzándose todo lo posible por obedecer los movimientos que les ordenan los inhumanos sicarios. Pero estos nunca quedan satisfechos. Su sádico regocijo sólo se aquieta a fuerza de propinar golpes, cuando ya los reos no pueden trotar más.

El resto del día, Soriano sigue repartiendo garrotazos entre los reos. Cuando ya están en la celda, pasa sigilosamente junto a las rejas, tratando de que no le vean acercarse y, si algún reo tiene las manos o los pies colgando fuera de las rejas, lo "asusta" descargando su garrote sobre las extremidades. Es una de sus diversiones más preciadas.

Sin embargo, este verdugo tiene, a su modo, sentido del humor. Dentro de su

primitivo cerebro se burla de la hipócrita campaña que en estos días está levantando la prensa del país sobre los supuestos métodos "científicos" y "civilizados" que se dice está introduciendo la policía.

Una mañana, aparece Soriano con un enorme garrote al que le ha pintado una inscripción: "CIVILIZACION". Lo blande feliz y dice a los reos:

—"Miren, hijos de p..., aquí están los metodos "técnicos, aquí está su "civilización", ja, ja, ja. . ."

Anduvo haciendo gala de su "civilización" y "técnica"' hasta que lo rompió en las costillas de un infeliz. Después siguió con sus garrotes sin rótulo.

Mientras tanto, los editorialistas siguen gastándose el cerebro en sesudos y profundos artículos sobre la nueva técnica policial, coreando servilmente las declaraciones hechas por los jefes de policía sobre la introducción de métodos modernos y humanitarios.

En realidad, justo es reconocer que algunas novedades han sido introducidas. Ha estado apareciendo el Mayor Medrano por aquí con su amigo el ingeniero Kury, examinando la nueva pintura de las paredes de las celdas. El flamante ingeniero mira a los secuestrados políticos con la naturalidad de algo normal. Con afectado aire de despreocupación comenta sobre las nuevas técnicas de decorado interno que se están usando en los Estados Unidos. Hay que decir, que no lucen

tan mal las bartolinas pintadas en su interior con cuatro o cinco colores, en reemplazo del uniforme tono gris.

Es evidente que el modernismo ha hecho su irresistible aparición en la sórdida prisión.

A su vez, Soriano, el "bachiller", "Siete Pistolas" Manzano, Salguero y los otros policías, siguen rompiendo garrotes en la espalda de los reos. Las torturas corporales más atroces continúan siendo pan de cada día de los reos comunes. La ración de "yoyo" podrido seguirá (según los cálculos de los jefes policiales) "per secula seculorum". Sin embargo, en algo tienen razón los periódicos: las técnicas modernas, como por ejemplo la del secuestro, siguen perfeccionándose. Ahora el "Habeas Corpus" se ha convertido en anacrónico e inefectivo recurso, y ha quedado muy a la zaga respecto de las nuevas técnicas del expediente policial. ¡Oh! Las maravillas de la "civilización neofascista".

EN LAS REDES DEL DELITO

El profesor José Celestino Castro está interesado en desentrañar las causas económico-sociales que hacen posible el grave problema de la delincuencia. Especialmente, del robo. Siempre que nos sacan al sol, procura platicar con los ladronzuelos. Los policías, que saben de sus propósitos científicos, se muestran condescendientes, no tratan de difi-

cultarlo. El, encuentra fácil pasarse ratos conversando con uno u otro ladrón. Además, éstos lo miran con respeto.

Así, va desentrañando la miseria de los hogares en los que tales seres pasaron sus primeros años. La promiscuidad del mesón. Los malos ejemplos familiares. La falta de trabajo. El alcoholismo. La escasa instrucción. Y va formando un cuadro con todos estos datos, para hacer un estudio sociológico de este mal de nuestra sociedad actual.

Algunos, desahogando sus penas, le han contado que no desean seguir siendo ladrones y que en determinados momentos de sus vidas sombrías, han tratado de romper la cadena delictiva; pero que cuanta vez tratan de desempeñar un trabajo honrado, el estigma de ladrón se los impide y la policía se encarga de frustarles sus propósitos de emprender una vida honesta, al capturarlos en cualquier lugar donde los descubre trabajando. Así, atrapados en un círculo vicioso, se van hundiendo hasta degenerarse por completo y convertirse en criminales desalmados.

Los ladrones le cuentan al profesor cómo giran en el vicio, sin poder escapar, sumergidos en un remolino succionante. Algunos agentes les exigen parte de lo que les produce el robo. De tal manera, comparten con ellos lo robado, como condición para andar libremente por las calles. A veces, los mismos reos reciben permiso para salir fuera de la cárcel a "conseguir". Parte de lo robado tiene que ser compartido con quienes "bondadosamente"

les han permitido respirar un momento el aire de la calle y, de paso, desvalijar al prójimo.

Densa red les aprisiona. Quienes han caído en ella, difícilmente se regeneran. La cárcel es su peor escuela. Los ejemplos, las astucias y experiencias de los más avezados, prontamente les endurecen el alma y les convierten en seres malos, pervertidos, cuya inteligencia —con frecuencia muy despierta— la emplean para el mal. Este tipo de sociedad no ayuda al hombre caído a levantarse, ni propicia la regeneración del corrompido. Vuelve más malvado al pervertido.

***

Al principio el profesor (y todos nosotros) se quedaba perplejo, sin entender lo que decían los ladrones. Poco a poco va dominando los giros de su vocabulario. Y la cuestión está en que los ladrones tienen un lenguaje propio. Su "caló" es difícil de entender por los profanos. Después de un breve aprendizaje, dominamos algunas palabras. Nos damos cuenta, por ejemplo, que:

TABO	quiere decir: cárcel,
CRUZ	quiere decir: camisa,
TEJO	quiere decir: sombrero,
RIELES	quiere decir: zapatos,
MORO	quiere decir: gallo,
PIEDRA	quiere decir: lápiz,
ÑONGA	quiere decir: la mujer,
IR DE GUINDA	quiere decir: huir,

VOLTEARLA	quiere decir: caer preso,
GUIÑAR	quiere decir: alcanzar,
RAYAR	quiere decir: escribir (también, lesionar),
DESCUIDERO	quiere decir: ladrón que roba cosas mal puestas,
CANEGUERO	quiere decir: ladrón que se especializa en abrir candados,
ESCALERO	quiere decir: ladrón que escala casas,
TIJERERO o POCERO	quiere decir: ladrón que roba carteras del bolsillo,
LA JURA	quiere decir: la policía.

Esto es sólo una muestra, pues prácticamente a cada palabra le dan otro significado. Los extraños se quedan totalmente en blanco cuando les oyen hablar. Por ejemplo, un día, uno de ellos le dice a otro: "Güiñame una piedra para rayarle una nube a la ñonga que está en el tabo". Nos quedamos en la luna, sin saber de qué están hablando. Observándolos, nos damos cuenta que lo que ha querido decir es: "alcánzame un lápiz para escribirle una carta a mi mujer que está en la cárcel".

Es curioso, pero tenemos que iniciarnos en los misterios de este sub-mundo.

PRIMERO DE MAYO

Día de los trabajadores del mundo entero. Amanecemos contentos, pensando en las grandes manifestaciones que por todo el mundo demostrarán el poder de la Clase Obrera. ¡Oh fuerza invencible que va transformando la sociedad humana en camino hacia un mundo de igualdad, felicidad y paz!

Desde hace algunos días han permitido al Mayor José Napoleón Ortiz (encerrado con los reos políticos a pesar de ser un miembro del ejército) tener consigo un radio receptor.

Por la mañana por medio de dicho aparato oímos los discursos pronunciados en la concentración obrera que se realiza en el Parque Libertad, autorizada por el Ministerio de Trabajo. Nos da lástima escuchar a los compañeros oradores. Algunos hacen débiles intentos por expresar los sentimientos del proletariado. Otros se pliegan vergonzosamente a la línea antiobrera del gobierno. Desde estas celdas ya nos hemos dado cuenta de que los elementos preparados por el gobierno para dirigir los sindicatos, han aprovechado la dura represión para apoderarse de las directivas sindicales. Aplauden las medidas del gobierno, aprueban sus represiones y tratan de consolidar un aparato sindical amoldado a su política opresiva, bajo la dirección de las centrales sindicales norteamericanas que siguen los intereses de las grandes corporaciones monopolistas. La ofensiva en el campo sindical ha tenido dos tenazas: el látigo del

verdugo en las cámaras de tormento contra los dirigentes sindicales independientes y la acción de los agentes del gobierno en el aparato sindical. Bajo el escudo policial, los Herbert Martínez, Saravia, Duarte y otros, con el terror y la intimidación a los trabajadores, están logrando lo que no pudieron lograr en lucha abierta: controlar los sindicatos.

Sin embargo, vemos, por otra parte,que ni aun ahora, con tanto obrero encarcelado, ha podido el gobierno impedir la celebración del Primero de Mayo. ¡No serán perdurables tus éxitos, despotismo antiobrero! El proletariado sabrá encontrar las formas de hacer valer su voluntad.

Pasamos la tarde entristecidos.

Por la noche, despierto sobresaltado. Creo haber escuchado mi nombre. No me he engañado. El tintineo de las llaves de los sicarios muestra que están abriendo la celda. Llegan por mí. Me obligan a levantarme y me conducen en veloz automóvil. En el silencio de la noche, devorando kilómetros, me llevan a la cárcel de la ciudad oriental de San Miguel. Me encierran en una pequeña celda donde están algunos reos comunes. Al amanecer, trasladan a estos reos a la celda grande que está a la derecha. Quedo solo.

CARCEL DE SAN MIGUEL

Creo que aunque pasen muchos años no podré olvidar las escenas que me ha tocado presenciar en esta cárcel hedionda y pegajosa de San Miguel.

El calor es sofocante, en este mes de junio. Siento que se me embotan los sentidos. No es posible estar, por mucho tiempo, tumbado sobre los ladrillos viscosos que se pegan a la piel. El ambiente deprime. Ni una sola voz que eleve el espíritu, ni un sonido grato a los oídos.

Se oyen las imprecaciones de los reos comunes de la celda vecina que está a la derecha: ultrajes y lamentos. Y frente a esta celda, ese infierno espantoso donde, apretujadas y sudorosas, gritan y ultrajan las prostitutas mezcladas con otras pobres mujeres (25 ó 30), en un pequeño espacio de 4 metros de largo por 3 de ancho.

Me acerco a la puerta de "mi celda", asido a los gruesos barrotes de madera, contemplo la escena dantesca. Varias mujeres están agarradas a los barrotes de su bartolina. Estarían desnudas por completo, si no fuera por el corto calzón mugriento. Gruesas gotas de sudor, de lodo, más propiamente, les resbalan por el cuello, las axilas, los pechos, los muslos. Gritan como condenadas, las que están en el rincón y las que están junto a las rejas. Dirigen palabras ofensivas a todo policía que pasa frente a las celdas y especialmente al

"de turno". Se ve el evidente propósito de provocarlos.

—"Maricón, hijo de. . . ¿Por qué no traés aquí a tu madre? "

—"Sáquennos".

—"Queremos agua, agua. . ."

Se oye el clamor interminable, que parece llegar hasta el cielo. Taladra los oídos aquel grito. Por momentos se vuelve rítmico: " ¡agua, agua, agua! "

Las gargantas secas y los ojos enfebrecidos quisieran destruir aquella indiferencia de los encallecidos carceleros.

—"Cuilios malditos, queremos bañarnos".

Se acerca el vigilante enojado por los ultrajes y grita fuera de sí:

—"Si siguen gritando, les vamos a mojar la bartolina".

—" ¡Agua, agua, agua. . .! "

—" ¿Por qué no encerrás aquí a tu nana, desgraciado? "

Fuera de sí, el policía, le dice al "pasador":

—"Echales agua a estas p. . ."

El reo "pasador" procede a echar baldadas de agua a la bartolina, de una pila vecina que está junto al patio.

—"Vaya, desgraciadas, eso querían, ¿verdad? A ver si así se callan".

A torrentes entra el agua por las rejas, todas tratan de amontonarse cerca de ellas;

reciben el chaparrón; brincan y gritan entre risotadas.

Luego, se aquietan, buscan los rincones.

—"Ya no echés agua, maldito".

El "pasador" sigue implacable su tarea.

La celda ha quedado anegada hasta en sus últimos rincones. Los periódicos extendidos en el suelo, la ropa y las cobijas están mojadas. Ahora las mujeres tendrán que dormir en la charca, sin cubrirse. . . pero se han bañado. El calor sofocante ha disminuido.

Los ojos centelleantes se han opacado. Acurrucadas, mudas, las infelices miran desconsoladamente a su alrededor.

El policía, satisfecho, les dirige el grito le triunfo:

—"Eso querían, p. . ."

ESCUELA DE CORRUPCION

Dura es la comprobación en este escenario, de las lacras más agudas de nuestra sociedad. Aquí se ve, de manera directa en toda su crudeza esta realidad. Es difícil creer ciertos aspectos de la misma; pero desgraciadamente es así.

En esta celda oscura, pegajosa de San Miguel he contemplado lo que jamás hubiera imaginado. A pesar de que no soy joven, a pesar de haber visto tantas injusticias, tantas maldades, aquí he comprobado que la realidad de determinados aspectos del sistema

económico-social supera toda la imaginación.

Aquí he visto cómo a las niñas de 15 años las arrojan en esa celda estrecha, con prostitutas de la peor ralea, del vocabulario más soez. Acongojadas, llorosas, entran en un horrible mundo que no imaginaban.

Cuántas veces he visto entrar a esa celda a jovencitas que las habían capturado por haberse fugado del hogar. Muchos padres ignorantes, creyendo actuar bien, piden el auxilio de la policía para obligar a sus hijas a volver al hogar.

Cuántas veces he visto entrar a jóvenes honradas cuyas patronas las denuncian injustamente como autoras de pequeñas raterías, para ahorrarse el pago del salario. Las mujeres de "la vida" las reciben con insultos y burlas:

– ¡"Ve, la criaturita! ¿Así que todavía estás virgen, no? Todavía no te han. . .

–"Te vamos a enseñar cómo se hace. No duele, ya verás".

Por las noches, es imposible no darse cuenta de lo que está ocurriendo en esa celda. Es difícil dormir. Los gritos de las muchachas ultrajadas y las risotadas de las hetáiras convierten la noche en una pesadilla. Los reos comunes y ladrones gritan desde su bartolina soeces palabras de aprobación.

De la celda de las mujeres salen las voces inconfundibles de las prostitutas:

–"No arañés, condenada. Agarrale los brazos".

–"Agárrenle bien fuerte los pies, que no pataleé".

Claramente se escucha que varias prostitutas sostienen indefensa a una inocente muchacha desnuda, mientras otra prostituta hace "las veces de hombre" en el acto carnal.

—"Así se hace, mirá. Así no. . .".

¡Pobres niñas! Jamás volverá a ser su alma ingenua y pura como cuando entraron. Cuando salen de la cárcel, la sífilis hará presa de sus cuerpos.

Pobres padres que han pedido la "ayuda" de la policía y han entregado a sus hijas involuntariamente en la escuela de la corrupción, en las garras de la enfermedad y, posiblemente, del vicio. . .!

CAMPAÑAS CONTRA LA PROSTITUCION

Huéspedes casi permanentes de la cárcel son la Chinona, la Julia y Rosa Cándida. Pasan gritando en la bartolina durante varios días y uno de tantos les dan puerta; pero a la siguiente tarde traen a una de ellas, borracha, dando alaridos, insultando a medio mundo. Unos cuatro días después, están otra vez juntas, mostrando tras los barrotes sus cuerpos sifilíticos, cantando destempladamente las canciones que están de moda en las "rocolas". Con frecuencia parodian una de ellas, que parece ser su preferida:

"Estoy en el rincón de la bartolina,
Oyendo la canción que yo pedí.

Me están sirviendo ahorita mi tequila
Ya va mi pensamiento rumbo a tí. . .".

Las autoridades, celosas de la moral pública, hacen categóricas declaraciones por la prensa, diciendo que están dispuestas a acabar con el vicio y la prostitución. Como resultado de las batidas a las numerosas tabernas y lupanares de mala muerte (ya que los burdeles de alto rango son intocables pues pertenecen a los militares), se repleta hasta más no poder la pequeña celda de mujeres. Y mientras más amontonadas están en ella, más satisfechos andan los policías, ya que eso indica que están cumpliendo eficientemente con la ley contra la prostitución, que es uno de los más notables "aportes" sociales de este gobierno. Es uno de los instrumentos concebidos para "acabar con el peligro del comunismo, combatiendo las lacras de la sociedad".

Para terminar de resolver el problema de la prostitución, de vez en cuando sacan de la cárcel a las mujeres, las meten en la ambulancia y las llevan a la frontera de Honduras. Las bajan y amenazan:

—"No vuelvan a San Miguel que, si regresan, las vamos a echar al río".

Dos días después, las prostitutas pululan por los lugares de costumbre. Algunas de ellas han regresado a pie.

***

En la bartolina, la que más escadaliza es Rosa Cándida. Es una mujer de mediana edad. Blanca, pudo haber sido hermosa varios años atrás; el aguardiente y la mala vida la han ajado irremediablemente. En sus piernas se ven claramente los estragos de la sífilis. Cuando está borracha, llama a gritos a su marido, un músico de la banda regimental.

Esta tarde ha sido protagonista de una de las escenas más repugnantes, durante la cual se ha revelado la más indignante crueldad de parte del agente de turno. La acaban de llevar a la celda y está borracha. Totalmente desnuda se revuelca en el suelo, provocando los gritos inmundos de los reos comunes. Al oir tales gritos se incorpora y, de pie, con gestos obscenos invita impúdicamente a los jayanes. Gesticula, insultando al policía. Luego, metiendo las piernas entre los barrotes de madera, expone a la vista de todos el sexo. La gritería de júbilo malsano en la celda de ladrones y borrachos no tiene límites. El policía de turno, asustado por el escándalo que están armando los reos, le grita que cierre las piernas y se cubra. La pobre borracha se burla del policía y con movimientos grotescos separa mas las piernás. . . Y así, a pleno sol, frente a todo el mundo, muestra sin cortapisas su cuerpo, su sífilis, su miseria, abierta a todas las miradas, como una flor enferma, exponente de un sistema social caduco y en plena descomposición.

El policía, fuera de sí por la desobediencia, congestionando el rostro por la cólera

y la crueldad, ordena un castigo que jamás pensé concebible:

—"Vení, le ruge a un "pasador", echale mezcla en el. . . Ya va a ver esta p. . . si no hace caso".

El pasador, toma con una cucharra de albañil que encuentra a la mano, un poco de arena con cal de la que están utilizando para los repellos de una de las paredes y la arroja con fuerza sobre el pubis de la mujer. Los ayes de dolor de la pobre borracha causan espanto. El policía se ríe incontenible.

REFLEXIONES

Aunque nunca antes hubiera tenido ideas progresistas, en estos días que he pasado en San Miguel me hubiera convencido definitivamente de que el deber más alto de todo ciudadano consciente de sus responsabilidades para con su patria y con su pueblo, es luchar sin descanso por acabar definitivamente con un régimen social tan inhumano y malvado y de que nuestro pueblo no debe seguir viviendo más, dentro de un orden social que hace germinar tales fenómenos.

Definitivamente está en lo cierto quien anhela cambios radicales, quien ansía la transformación total de la situación social, económica y política del país. No hay otra alternativa: o esto, con todo su increíble salvajismo, crueldad e inhumanidad, o una vida de res-

peto a la persona, de igualdad y libertad. Y todo ciudadano honrado luchará por una causa tan justa, aunque el parto de la sociedad nueva venga envuelto en lágrimas, dolor y sangre.

Es posible que a los serviles escritores del régimen y a los embellecedores de la opresión ejercida sobre el pueblo no les agrade escuchar el relato de la cruda realidad que se vive en las cárceles de la tiranía. Es más grato, claro está, dedicar un bello poema a la graciosa quinceañera hija de un coronel o describir primorosamente las joyas y galas que luce la hija de un oligarca en una elegante fiesta de sociedad, en un té canasta o buffet party, que relatar la crueldad de la policía del régimen militar, su deshumanización, su desprecio a la persona. A los gendarmes tal vez no les agrade que se comente sus actos y que se muestre extrañeza por cosas que ellos ven con la mayor naturalidad; más, ¡qué le vamos a hacer! Es lo menos que podemos hacer: relatar lo que vemos. Además, ¿qué culpa tenemos los reos políticos de andar peregrinando de cárcel en cárcel, conociendo los métodos "correctivos" de este gobierno de un país del "mundo libre"?

Lo descrito aquí es pálido ante la realidad. Muchas de las escenas presenciadas en estas cárceles no es posible describir. No sería correcto poner en letras de molde tanta maldad, tanta degeneración y depravación moral, en que ha caído parte de esta sociedad.

Una pequeña parte de la población ha sido corrompida al extremo por este régimen social. Pero lo cierto es que sobre este lodo, sobre esta abyección, se yergue firme y en toda su grandeza nuestro pueblo trabajador, puro, de espíritu sano, fuerte, decidido a terminar para siempre con tanta podredumbre.

MUERTE A LOS LADRONES

Estamos a mediados de junio. Llevo como mes y medio de estar en esta celda, completamente solo. Me sorprende al ver que están abriendo la reja. De primera intención pienso que me van a conducir a otro lugar. En vez de eso, introducen a otro reo en la misma celda. Es un pobre hombre escuálido, sucio, de edad y estatura medianas. Viene hecho una piltrafa humana. Tiembla de pies a cabeza. Los ojos parecen salírsele de las órbitas y no los puede mantener fijos. La respiración es anhelante.

Lo veo con instintiva desconfianza, pues pienso que puede ser un confidente. Pero de pronto, caigo en la cuenta de que es uno de los "pelones", nombre que se da a los ladrones reincidentes, a los cuales la policía para distinguirles les quita el pelo como marca de infamia.

Cuando puede hablar, me cuenta su historia:

—"He estado varios meses en la cárcel de

la policía de Investigaciones de San Salvador. Me han puesto la capucha para que me haga cargo de diversos robos. Me pelonearon. La semana pasada me pasaron a la celda donde llevan a los que les van a "dar el agua" (dar el agua significa, en el argot policial, dar muerte). Hoy en la madrugada me trajeron a San Miguel 4 judiciales en compañía de otro "pelón", que está en la otra bartolina. Hoy en la noche nos van a matar".

El pobre ladrón tiembla y llora.

—"¿Cómo pudiera mandar un papelito a mi mamá? Que por lo menos sepa por dónde voy a quedar".

Siento profunda compasión por el infeliz. Sé que lo que está diciendo es cierto, pues hemos visto la celda de los condenados a "darles el agua". Nos dimos cuenta que noche a noche las comisiones de policías judiciales sacan de esa celda a varios ladornes. Los diarios dan a conocer continuamente del hallazgo de cadáveres mutilados, en carreteras y cafetales.

Se ve en el rostro de este pobre hombre la desesperación infinita, el pavor de aquel que sabe que no puede recurrir a ningún poder, a ninguna autoridad competente, porque no está en manos de ningún juez, porque no tiene derecho a defenderse legalmente, porque incluso no aparece en ningún registro de detenidos. Sabe que está en las crueles garras de asesinos acostumbrados a matar a sangre fría.

El cautiverio me ha enseñado algunas

cosas indispensables. Saco de un escondrijo un pequeño pedazo de lápiz y papel, y le redacto una carta a la madre de este hombre, que vive en la ciudad de San Vicente.

Estoy conmovido. Escribo con frases adoloridas: que le han traído a esta ciudad los agentes de la policía de investigaciones para matarle, que es necesario enviar copia de esa carta a los periódicos, que todavía se le podría salvar. Termino más o menos así: "Yo no te quiero abandonar, mamá. No quiero morir; sálvame, mamá, ¡salva a tu hijo querido! Adiós, para siempre, mamacita querida. XX".

Me cuesta leer lo escrito. Cuando terminamos de hacer la carta, el pobre hombre está anegado en llanto. Entra en una crisis nerviosa.

Por mi parte, me siento profundamente conmovido al palpar la insondable realidad. ¿Cómo es posible que ocurran estos asesinatos sistemáticos, este exterminio frío de seres humanos? ¿Por qué matar a seres descarriados bajo el pretexto de combatir el robo y la delincuencia?

¿Esta es la solución que este régimen cuartelario y criminal encuentra a las lacras que él mismo engendra?

Cierto es que algunos de estos ladrones son asaltantes y asesinos, que siembran la zozobra en la ciudadanía y que, con sus acciones, provocan la justa indignación. Pero estos mismos seres deformados son el producto de un régimen social también deformado por el egoísmo, la miseria y la explo-

tación. Las raíces de esa lacra están en el sistema mismo. Y su solución no puede consistir en el cruel expediente de asesinarlos en masa. Sin embargo, así es como trata de "resolver" estos complicados problemas sociales, derivados del sistema en descomposición, este régimen de tiranía militar.

A medida que pasan las horas, la desesperación del infeliz aumenta. Tiembla, se mesa los cabellos, llora, reza. La noche es un continuo sobresalto. Cada paso que se oye en las afueras de la celda preludia el desenlace fatal. Noche de capilla ardiente. Noche de pesadilla... Llegan las luces del nuevo día.

A las 6 de la mañana, se asoma a la reja un policía uniformado.

—"Pelón, vení".

El pobre se levanta espantado.

—"¿Vos sos el que trajeron ayer en la mañana desde San Salvador?"

—"Sí".

—"Mirá, encomendate a Dios. Fijate que anoche sacaron al otro pelón que venía con vos. Se lo llevaron los judiciales. Ya le dieron "agua". A mí me caen mal esos orejas, porque son muy desalmados. Fijate que ni siquiera lavaron el machete. Allí lo han dejado encima de la mesa en el cuarto contiguo a la Comandancia, lleno de sangre. Los lazos los tiraron en un rincón. Así es que encomendate a Dios, que dijeron que hoy te va a tocar a vos", dice con fría crueldad.

La palidez que cubre el rostro del infeliz

se vuelve aún más pronunciada. Se hunde en la desesperación.

Serán las 7 y media de la mañana, cuando veo asomarse a la reja una cara harto conocida. Con sus ojos de hiena insatisfecha, mira escrutadoramente la oscuridad de la celda. De repente, hace un involuntario gesto de sorpresa y desagrado al reconocerme.

Es Urías, el torturador, el asesino. Con su voz cascada e impersonal me pregunta:

—"Aquí te han traído, ¿no? "

Sin contestar, le miro de frente con desprecio y repulsión. Agacha la cabeza en gesto involuntario y dirigiéndose al ladrón, le dice colérico:

—"Preparate, que más tarde te vamos a llevar".

La hiena hedionda a carroña se aleja, dejando a su víctima en el infierno de la desesperación.

Más tarde, veo pasar frente a la celda a otro de los conocidos judiciales: a Salvador Candray. Por lo visto, son los que dirigen la comisión encargada de asesinar a estos dos ladrones.

Temprano de la tarde se llevan al "pelón". Con paso vacilante se va, probablemente al encuentro de la muerte. La carta escrita a la madre, ya está en manos de alquien que la sacará fuera de la cárcel (*).

---

* Después de llevarme de regreso a San Salvador, he visto ese mismo ladrón en las celdas de la Policía de Investigaciones, como capataz de

CON EL RITMO DE LA HISTORIA

Cuando el ambiente me deprime, cuando el encierro se vuelve más pesado y la gritería soez, insoportable; cuando comienza a sentirse la dureza de los días que van transcurriendo, sin poder ni siquiera dirigirle la palabra a nadie; en tales momentos, antes de que el gusano de la impaciencia comience a roer el alma, elevo mi pensamiento con mayor insistencia hacia las causas que motivan mi prisión: hacia la tiranía militar y la opresión imperialista sobre mi patria, la falta de libertades para los amplios sectores populares, la inevitable lucha entre la reacción y el progreso, entre lo moribundo y lo naciente.

Pienso en tales instantes que por todo el mundo un solo proceso va avanzando incontenible: se ha formado el Campo Mundial del

ladrones y confidente de la policía entre ellos. Al verlo comprendo que fue para él providencial el que lo hayan llevado a la misma celda donde me encontraba. La equivocación de los policías de línea de San Miguel les salvó la vida pues los de Investigaciones no advirtieron el error hasta después. Ellos también se confundían sobre el lugar exacto donde estaba cada uno de los reos políticos, pues tanto nos movían de una cárcel a otra, para evitar que se supiera donde estábamos, que perdían la cuenta. De ahí la sorpresa de Urías al notar que al ladrón lo habían llevado a la misma celda donde yo estaba. El testimonio sobre el crimen que estaban cometiendo era demasiado grande. Por esto resolvieron regresarlo vivo, dejándolos para otra oportunidad. El otro ladrón, ya no volvió. Mientras tanto, con la constante amenaza de darle "agua" convirtieron al superviviente en capataz y confidente.

Socialismo, a cuya cabeza está la invencible Unión Soviética, campo que dispone de un inconcebible y creciente poderío. Y mientras tanto, otros pueblos luchan fuertemente por su liberación y asestan golpes demoledores a los explotadores extranjeros. Estos ya no las tienen todas consigo. Si aquí golpean a los patriotas y demócratas, por allá los golpean a ellos.

En estos días me complazco pensando en que Mosadegh, entre llantos y gemidos, lucha por rescatar los pozos petroleros del Irán de los tentáculos de compañías extranjeras. ¡Oh viejo Mosadegh, burgués zorro y llorón, no sabes cuánto bien nos haces! ¡No sabes qué inagotable fuente de inspiración y aliento significa la lucha de tu pueblo, para nosotros que yacemos en estas prisiones cuscatlecas. ¡Sigue dando golpes a los ingleses, sigue golpeando a las compañías yanquis, sigue expulsando a los pulpos extranjeros que chupan la sangre de tu pueblo!

La situación de conjunto en el mundo es grandiosa. Todo marcha hacia un futuro feliz para los pueblos. No importa estar en esta celda; vamos con el ritmo de la historia, estamos en una época estupenda. Desde la oscuridad de este encierro se pueden ver ya los celajes de una aurora grandiosa para la humanidad.

Toda depresión incipiente se disipa ante esta convicción, ante la certeza de estar en lo justo y de marchar hacia adelante...

ENCUENTRO

A veces, es difícil definir los sentimientos que como una tempestad se arremolinan en el pecho. Es imposible delimitar dónde comienza la alegría y dónde la tristeza, la satisfacción y la inquietud. Un mismo suceso puede legítimamente ser causa de emocionado alborozo y de aguda preocupación. Y esto no es raro experimentarlo en las condiciones en que nos encontramos en el cautiverio.

El 2 de julio amanece gris, húmedo, caluroso, deprimente, como de ordinario. El aire es tibio y espeso. Llevo dos meses y un día de estar en la misma celda. Completamente solo, con excepción de los dos días en que por equivocación estuvo el ladrón. En todo ese tiempo no me he rasurado. No puedo hablar con nadie. Un policía con fusil permanece en el patio frente a la celda.

Poco después de despertar, noto movimientos inquietos de los policías por los corredores. Uno de ellos se acerca y mira al interior de la celda. Le cuenta al centinela, que han llegado otros reos políticos.

—"Entre ellos, vienen dos mujeres", le dice.

El corazón me da un salto. Prontamente me acerco a la reja y me inquieto. No puedo menos de pasearme por la estrecha celda, en anhelante espera. Es indudable que estos dos duros meses, pasados en la soledad, en la

extrema suciedad, en este calor húmedo, con una alimentación racionada a dos tortillas de maíz y un puñado de frijoles salcochados en cada tiempo de comida, me han estado minando físicamente. Me exalto más de la cuenta. Los minutos de espera me parecen siglos.

La espera no dura mucho. Escoltados traen a cinco compañeros: al profesor Celestino Castro, al doctor Antonio Díaz, a Cea, a Julia Mojica. ¡y a mi compañera!

El impacto que me produce verlos de nuevo, sobre todo a ella, es fuerte. El asombro se refleja en todos. No sabían que estuviera en esta ciudad. Mientras abrazo a los compañeros que entran a "mi" celda, la emoción me hace volver el rostro hacia otro lado. A las compañeras las introducen en esa horrible celda de mujeres.

No sé qué predomina en mí, si la intensa emoción del encuentro, o la indignación e inquietud porque hayan arrojado a las compañeras junto con las prostitutas.

LA LOCA

Por la tarde, una nueva huésped ha tenido cabida en la celda de mujeres. Es una mujer de bastante edad, robusta, blanca, limpia y... completamente loca. No es primera vez que en la celda donde están las compa-

ñeras (ya ha ocurrido en San Salvador) les pongan de compañía una enajenada. Posiblemente lo hacen para aumentar el tormento y los peligros del encierro pues, a veces, tales locas son furiosas.

En esta ocasión la pobre mujer no es peligrosa. Al principio, hasta es motivo de jocosidad. Viene a ser como una distracción en este ambiente depresivo.

Desde nuestra celda oímos los disparates de la mujer. Con voz ronca, fuerte y sonora, sin descansar un instante, va declamando desvaríos, frasecillas rimadas, que tienen cierta hilación entre sí. Por un rato chanceamos a su costa, nos divertimos.

El profesor Celestino Castro se interesa por tal tipo de locura. Nos hace una breve exposición de los distintos grados y clases de enajenación mental. Trata de clasificar la locura de esta mujer. Se admira de su "agilidad" mental y volubilidad verbal. Considera que si esta pobre mujer no se hubiera trastornado sería una persona inteligente. Sobre todo, le hace gracia ese curioso tipo de locura rimada. La pobre loca toma la primera idea que se le atraviesa y le da vueltas en interminables estribillos de este jaez:

Yo quiero queso,
me gusta el queso,
lo hacen de leche,
la leche es buena,
buena es la leche,

es de mi vaca,
mi vaca es blanca,
no tiene toro,
tiene un chivito,
pobre el chivito,
no toma leche,
yo me la tomo,
yo quiero leche,
de mi vaquita,
mi ternerito,
no me da leche,
quiero mi vaca,
quiero mi toro,
denme mi leche, etc. etc. ...

Y así, hasta el infinito. Como a los treinta minutos, hemos dejado de reir. El profesor ya no quiere investigar qué clase de locura tiene la pobre mujer, ni admirar su ingenio dislocado.

—" ¿A qué horas se irá a callar esa loca condenada? " dice, malhumorado.

Mas, ella sigue, impertérrita, con voz fuerte y timbrada, con monotonía exasperante, su estribillo. Otra idea se le ha cruzado por su enfebrecido cerebro:

El gallo canta,
pero me espanta,
pobre el pollito,
le duele el pico,
canta mi gallo,
canta mi polla,
mi gallinita,

no tiene plumas,
yo quiero huevo,
de mi gallina,
yo no me como
mi gallinita,
ni mi pollito,
etc., etc., etc. ...

Y sigue la letanía interminable e incoherente.

Nadie puede dormir. Nos sentimos mareados. El vozarrón de la mujer con sus endemoniados golpes rítmicos nos está volviendo locos a nosotros también. Nos dan ganas de gritarle a los carceleros, que saquen a esa loca maldita. Nos contenemos. No así las prostitutas que, en la misma celda donde están las compañeras, tratan de callar a la loca y, por momentos, con sus gritos e insultos compiten con el pregón de ésta.

Es de imaginar qué tortura será para las pobres reos políticas que están en esa celda de prostitutas y locas.

Vuelve a aparecer la luz del día y amanecemos malhumorados, ojerosos, sin pegar los párpados en toda la noche.

Pero el estribillo infernal continúa: mi ratoncito, no tiene frío, no come queso, solo frijoles, etc. etc...

Por la tarde, se calla un rato. Pero anda dando vueltas por la celda sin indicios de sueño.

Como a las 5 de la tarde reanuda su estribillo.

Vamos en camino de pasar otra noche en vela. Las compañeras no encuentran la manera de persuadir a la loca a que se duerma. Se recuerdan que, por fortuna, han guardado una pastilla de nembutal. Disimuladamente la deshacen en un vaso de agua y la colocan el suelo, deseando que a la mujer le dé sed. La loca se pasea por la celda, vociferando sus disparates. Cerca de media noche se queda viendo fijamente el vaso de agua. Se acerca a él. Lo ve con desconfianza. Lo prueba y finalmente se decide a tomarlo. Talvez siente un sabor sospechoso, porque sólo toma la mitad del contenido del vaso.

Desde ese instante comienza a luchar contra el sueño. Sus rimas se van haciendo más lentas. Se resiste a acostarse. Se le doblan las rodillas y vuelve a levantarse. Mas, al fin la vence el sopor. Cae de bruces y duerme un rato. Antes del amanecer ya está nuevamente en su locura. Por lo menos hemos dormido un rato.

Los reos comunes inician una estentórea protesta. Antes de medio día los carceleros se han llevado a la loca.

***

Al atardecer del 4 de julio, regresamos a San Salvador.

"HUMANITARISMO" POLICIAL

Desde hace algunos meses, en la celda No. 6 han instalado una mueblería. Es un negocio personal de los jefes. Los carpinteros han sido reclutados entre los reos comunes y ladrones. Por su trabajo no les reconocen ni un centavo; tampoco reciben mejor alimentación que el resto de recluídos. Trabajan agotadoramente. Precisamente, en estos días están muy afanados, haciendo los muebles de Medrano con motivo de su próxima boda. De vez en cuando, algunos reos políticos son obligados a trabajar en el taller.

Al frente del taller está el comandante de la Policía de Investigaciones Especiales Antonio Escamilla. Moreno, de edad mendiana, complexión atlética, se jacta de ser un policía "bueno", "popular". Le gusta recordar que, tiempos atrás, fue un muchacho de la "barriada", allá por Santa Anita, donde ha sido propietario de una peluquería. Dentro de la rigidez y métodos brutales implantados en el taller, procura, cuando está de buen humor, mostrarse campechano, expansivo. Habla con desenfado y jactancia, repitiendo en todos los tonos que él no es malo con los ladrones, ni con los demás reos.

—"Estos 'majes', dice, me quieren, porque no me porto mal con ellos".

Habla con desprecio de los otros policías. Por lo visto, considera que entre él y otros colegas suyos hay un abismo.

Ya en plan expansivo se explaya:

—"Muchas veces, los ladrones me piden que yo les dé el "agua"; hasta de rodillas me imploran: "por favor, don Toñito, que no nos vaya a llevar Urías, llévenos usted! " Y es que, de verdad, hombre, ese Urías ya se pasa. Es demasiado bárbaro. Hasta ahora a más de 450 ladrones les ha "dado el agua" por sus propias manos. Nos lleva la delantera a todos nosotros. Cuando yo les doy el agua a los ladrones, no ando con tanta grosería, los despacho luego, y ya. Estos "majes" ya se dieron cuenta de que no los hago sufrir mucho, por eso me quieren. Soy más humanitario. ¿Verdad, muchachos? ", dice a los ladrones que, con la cabeza baja, escuchan.

Luego, prosigue: "A Urías, en cambio, le gusta divertirse con los que va a matar. Ya dentro del cafetal los ata a un árbol y se burla de los reos. Les mete el cuchillo en las mejillas, les corta los labios, los desfigura, les pincha los ojos. Hasta que se aburre, los mata. Para mostrar que es "arrecho" cuando en su comisión le acompañan agentes nuevos que todavía se asustan por esto, se pasa el cuchillo ensangrentado por la lengua y les dice: "aprendan maricones". "Ese Urías, sí que es jodido", dice finalmente en tono de admiración.

No dudamos ni un instante de la absoluta veracidad de las palabras de este policía "humanitario". Por varios medios nos hemos podido enterar de la horrible matanza de

ladrones que se está realizando. Noche a noche salen grupos de ladrones que no vuelven más. Sabemos que les cambian pantalones y camisa para que no puedan ser identificados por sus familiares. Les desfiguran el rostro a tajo de cuchillo. Unicamente por el pelo cortado al rape se puede saber que son ladrones. A algunos les cortan la cabeza y la entierran en otro lugar, distante de donde ha quedado el cuerpo.

Esta matanza la realizan a diario comisiones especiales de la policía de investigaciones, siendo Urías uno de los jefes de comisión que con mayor sadismo se ensaña en los infelices; aunque sin ser el único despiadado ctiminal.

Nos hemos dado cuenta que una celda (a veces es la 8, a veces la 9), está destinada a los ladrones que van a ser asesinados. Una y otra vez esa celda se repleta, y una y otra vez queda vacía.

En más de una ocasión nos ha llegado de esa celda un papel escrito por alguno de esos desgraciados, pidiéndonos auxilio; reflejando en sus letras una angustia que crispa el alma. ¡Y nosotros sin poder hacer nada para detener esa orgía de asesinatos!

Aprovechando algunas oportunidades hemos podido hacer llegar a "OPINION ESTUDIANTIL" nuestras denuncias, acompañándolas de los papeles escritos por la mano de los que van a morir. Para que, por lo menos, el pueblo se dé cuenta de los horrores

que están aconteciendo en el país.

Las tardes más trágicas son aquellas, cuando los agentes andan con listas, sacando de las otras celdas a los ladrones que han de pasar a la bartolina fatídica. El pánico se apodera de todos los ladrones. Los escogidos por el dedo del agente, que es el dedo de la muerte, caminan como autómatas, pálidos, desencajados.

La espectación se apodera de toda la prisión. Todos miran hacia aquella celda. Todos quieren estar despiertos cuando lleguen a sacar la primera tanda. Todos se preguntan: ¿a quiénes se irán a llevar esta noche? Al siguiente día, los ladrones de las otras celdas pintan con tiza en la pared los nombres de sus amigos desaparecidos y la fecha de su salida.

Hasta en la celda de meretrices hay dolor y ansiedad. Asidas a los barrotes, miran angustiadas, tratando de descubrir, entre los condenados, a sus amantes. Por las noches, con los dientes castañeteándoles, a veces con velas encendidas, se arrodillan y rezan angustiadas: —"Dios mío, que no vayan a sacar a Juan esta noche", "que no vayan a sacar a Pedro".

El desamparo absoluto se apodera de sus almas corrompidas, pero humanas. Más humanas que las de los verdugos. Ellas también sufren como todos.

Y, más que nadie, consumiéndose en mortal congoja, sufren la lenta agonía de una muerte segura los infelices descarriados, que

han de morir horriblemente mutilados, a manos de una pandilla de asesinos con carnet. Horrible muerte ejecutada por "orden superior", sin que ley alguna pueda protegerlos, sin que nadie pueda defenderlos legalmente, sin intervención ni conocimiento concreto de tribunal alguno, sin esperanzas de indulto, sin salvación... librados al capricho irrestricto de quienes, para guardar el llamado "orden", se rigen por el absolutismo despótico y criminal. Para estos pobres infelices la llegada de cada anochecer es un tormento inenarrable. Nadie sabe si en el grupo de esa noche le tocará salir de la celda maldita al encuentro de la muerte... Lo único que saben es que están viviendo sus últimos momentos.

¡Ah orden imperante en mi país! Ese mismo orden social viciado, desigual, explotador, inhumano, fomentador de la miseria, de la ignorancia y del vicio, que engendra lacras que le son consubstanciales. Corrompe a una capa social, detritus de la sociedad, que se mueve en el estercolero de los vicios, de la prostitución, del robo y del crimen.

La formación cuartelaria y antidemocrática de los guardianes de este "orden" les hace imaginar que el asesinato de ladrones acaba con el robo, que hay que matar a las meretrices, que hay que castigar a los mendigos como vagos. ¡Ignorantes y malvados! Para terminar con el vicio y el robo hay que acabar con sus causas; hay que acabar con las raíces mismas del régimen que produce tales

consecuencias. Es preciso crear un régimen del pueblo, donde el esfuerzo de este no sea acaparado por unos pocos, donde las riquezas que el pueblo crea mediante su trabajo contribuyan directamente a proporcionar a las inmensas mayorías una vida mejor, más sana y abundante, más instruida, más feliz; donde no exista la explotación de unos pocos sobre el resto de la población; donde todos amen el trabajo, la naturaleza, la vida y donde los elementos que se han descarriado puedan reformarse a base de educación y persuasión; en donde no existan, en fin, cavernarios guardando un "orden" corrompido; en donde no existan esbirros, verdugos y asesinos tipo Urías, Candray, Carrillo, etc.

Mas, este exterminio genocida de ladrones tiene otro fin: endurecer el alma de los verdugos para proceder después a la muerte de patriotas y demócratas. No es casualidad que ahora Urías lama la sangre del cuchillo que ha hundido en el cuerpo de un ladrón: es la lección objetiva para endurecer el corazón de los otros esbirros, para que no les tiemblen las rodillas cuando les den la orden de asesinar a un patriota. No es casualidad que la capucha y toda clase de torturas, que comenzó siendo empleada con los ladrones, haya sido extendida a los reos políticos. Por ello, el asesinato de ladrones no debe tomarse sólo como un hecho horrible, sino como una voz de alerta, como parte de planes mayores; como parte de la enseñanza fascista que están generalizando

los instructores yanquis en Latinoamérica. Por algo, en estos meses, han sentado sus reales en el propio edificio de la Policía Nacional, algunos "técnicos" del F.B.I.

LOS EVANGELISTAS

Una de estas mañanas de principios de julio, al despertar escuchamos cánticos religiosos. En un coro bastante armonioso de voces masculinas. Su cadencia deja un sentimiento de melancolía en el alma. Procede de una celda vecina.

Al correr el día nos enteramos de que un grupo de adherentes a una secta protestante han sido encerrados en prisión. Al principio nos llega el rumor de que proceden de Ataco, departamento de Ahuachapán. Después, sabemos que son de Santa Ana. Estaban celebrando sus oficios religiosos, cuando irrumpieron en la capilla los policías de Investigaciones y les detuvieron. Alegaron sus derechos a ejercer la religión de su preferencia, pero tales argumentos no valen para detener la arbitrariedad y el despotismo. Es una nueva expresión de la intolerancia religiosa, que trata de vedar a un buen número de ciudadanos la libertad de cultos.

El cura del lugar, celoso por el rápido crecimiento de la secta, los ha acusado de impíos y herejes y, para hacer más efectiva su denuncia, les ha endilgado la acusación de "comunistas".

Ante esta palabra mágica, la policía se mueve como impulsada por un resorte. Los herejes, que quieren catequizar para otra religión a la feligresía, son traídos a pie, por cordillera: unos días duermen en una cárcel, otros en otra, pero al fin están ya en esa celda. Son alrededor de 20, en su mayoría humildes campesinos, jóvenes y ancianos.

El primer dia, su cántico es potente, bien timbrado, lleno de fe y optimismo.

En determinado momento en que Medrano va pasando frente a las celdas, se detiene con semblante un tanto burlón a escuchar el cántico que en ese instante entonan los cautivos:

"Cuando allá se pase lista,
Cuando allá se pase lista,
Cuando allá se pase lista,
Yo a mi nombre,
Muy feliz,
Responderé..."

Medrano apresura el paso, farfullando palabrotas entre dientes y un tanto asustado. Por lo que se vé, no tiene muy tranquila su conciencia por tanto crimen cometido bajo sus órdenes.

Con el correr de los días la voz de los evangelistas se va debilitando. Ya los cánticos no se oyen tan seguido. Son pocos los que tienen aliento suficiente para forzar la voz. Pero no es porque su fe haya disminuido. La ración de hambre que reciben no les da

energías para cantar alabanzas al Mesías.

Y no se crea que esto lo hace el gobierno porque sea tan católico que esté dispuesto a romper lanzas por la religión. Sino que ésta es una de tantas muestras de la intolerancia en todos los aspectos de la vida ciudadana. Aquí mismo, con nosotros, hay católicos fervientes que incluso rezan sus oraciones antes de acostarse. Sin embargo, aquí están, sufriendo también los golpes de la tiranía, por su lealtad a los ideales democráticos. Lo que pasa es que el despotismos militar golpea por igual a todos: creyentes y no creyentes, católicos, evangelistas, espiritistas, etc. Para el despotismo no hay edad ni sexo, color ni tamaño. Golpea a todo lo que exprese inconformidad por algún aspecto de su opresión.

...La Iglesia "Apostólica de la Fé en Cristo Jesús" busca afanosamente a sus miembros capturados. Nadie les da razón de su paradero...

ADOCTRINAMIENTO

10 de julio. Después de medio día, notamos en los pasillos desusada animación. Los agentes andan presurosos. En el extremo norte de las celdas, frente a las alambradas que están antes de la No. 1, instalan micrófono y altoparlantes. Nos hacen salir de las celdas y formar frente a ellas. Los más cercanos al "escenario" somos los reos polí-

ticos, sigue el grupo de evangelistas, finalmente los reos comunes. El número es impresionante.

No sabemos en qué va a parar todo esto. De pronto aparece el "chele Medrano" con toda su comitiva compuesta por judiciales y algunos oficiales de policía, traen paso marcial e imponente. Se detienen cerca del micrófono. Nos intriga tanto ceremonial.

Un oficial de policía se ha acercado. Es el Comandante Roque Antonio Canales, el mismo esbirro torturador de quien ya tenemos imborrables recuerdos. Con ademanes petulantes toma el micrófono entre sus manos y, pavoneándose envanecidamente, da una mirada de olímpico desprecio a la larga fila de reos. Nosotros le miramos con evidente repulsión. Medrano y el resto de secuaces permanecen en silencio con afectada gravedad. El verdugo Canales extiende un ejemplar de "Diario Latino" de ese mismo día y dice: "Señores: los hemos reunido para darles a conocer una noticia importante que con toda seguridad será desagradable para los señores comunistas. Este día ha sido detenido Beria, el jerarca del gobierno ruso; expulsado del Partido Comunista y entregado a un Tribunal para que lo juzgue como traidor. Les voy a leer la noticia." Con voz engolada, despacio y procurando vocalizar bien las palabras (como corresponde a quien se enorgullece de haber sido radio-locutor de la policía) lee la parte de ese periódico donde está la información.

Luego, improvisa un estúpido discurso. Dirigiéndose a los reos políticos, dice: "Señores comunistas: les hemos dado esa información para que se den cuenta de lo que les pasa a los fieles servidores del comunismo. Cuando ya no sirven a sus negros designios, son ajusticiados como traidores. Eso les pasa a todos; así es que ustedes deben tomar esa lección y no seguir siendo tontos, sirviendo a una causa que no les reconocerá sus desvelos".

Al principio sentimos ganas de reir ante los burdos recursos de propaganda que usa este torpe pavorreal; ni una idea original se le viene a la sesera. Sólo acierta a repetir con fastidiosa machaconería las mismas ideas gastadas hace tiempo por la propaganda nazi y ahora por los aventajados discípulos yanquis.

"Ustedes, comunistas traidores, no tienen patria, no tienen dios ni religión; no consideran a la familia como base de la sociedad".

No podemos menos de sentir indignación ante los escupitajos venenosos de este reptil.

Embriagado por sus propias palabras, revela las intenciones del gobierno: "No tenemos intenciones de libertarlos, señores comunistas. Ustedes están aquí porque no piensan como el gobierno. Además, los considera como prisioneros de guerra; la democracia occidental está en lucha contra el comunismo y, mientras no termine esta guerra, ustedes seguirán prisioneros".

Al terminar su perorata sólo se oyen

unos pocos aplausos provenientes del sector de evangelistas y de reos comunes, que de esta manera desean subrayar que son ajenos al comunismo.

"Ustedes están aquí porque no piensan como el gobierno". ¿Podrá expresarse con mayor precisión el fondo antidemocrático de esta tiranía militar? En este país del llamado "mundo libre" la cárcel es para quien se atreva a pensar diferente de los militares y reaccionarios en el Poder; para quienes estén en desacuerdo con sus vergonzosos actos de entrega y sumisión al gobierno yanqui. Todos deben uniformar los pensamientos de acuerdo a la orden del cuartel. Quieren convertir a la República en un enorme cuartel militar. ¿En qué se diferencia esto de los métodos fascistas?

Al oir a este fatuo esbirro, hemos recordado las palabras que en otras ocasiones ha dicho Medrano: "Los tenemos presos porque Estados Unidos se considera en guerra con Rusia. Ustedes son rehenes de guerra y por eso no tengan esperanzas de salir".

De esa manera, estos señores, que tratan de hacerse pasar como celosos "defensores" de la patria, muestran lo que son: simples carceleros al servicio del gobierno norteamericano; la patria que defienden no es El Salvador, sino los Estados Unidos, principal opresor de nuestro pueblo.

La sesión de "adoctrinamiento" nos deja más fortalecidos y más convencidos de la

necesidad de luchar por la soberanía y la independencia nacional.

Terminado el acto, nos vuelven a encerrar.

***

Este episodio nos hace recordar que cuando falleció José V. Stalin, vino Medrano a media noche de celda en celda, a despertar a los reos políticos para mostrar, con maligno júbilo, la noticia aparecida en las ediciones extraordinarias de los periódicos.

—"Levántense, miren, se murió su papá".

Sus carcajadas burlonas caían como lluvia de plomo sobre nuestro ánimo entristecido...

LOS ESCONDRIJOS

Estamos a comienzos de agosto. Desde hace algunos meses, durante las temporadas que pasamos en las celdas de la Policía de Investigaciones, casi todos los días tenemos que estar buen rato en los escondites. En este país las cosas han llegado a tal extremo que las celdas no son consideradas por los carceleros como lugares seguros para ocultarnos. A estas celdas no tienen acceso más que los policías de investigaciones. A los policías uniformados les está completamente prohibido subir a este piso. Sin embargo, los

secuestradores tiemblan ante la posibilidad de que seamos "descubiertos", a pesar de que todo el mundo sabe donde estamos. El dedo acusador de algunos sectores del pueblo se vuelve cada vez más insistente y abierto.

¡Ah, miserables secuestradores, se os ha enredado la madeja! Al capturarnos, formulasteis publicamente monstruosas acusaciones que sólo existían en vuestros malvados planes de reprimir al pueblo. Pensasteis que a base de torturas íbais a conseguir la ratificación de vuestras fantásticas mentiras. Pero algo falló en vuestros cálculos: ni aún con las peores torturas lograsteis declaraciones falsas de parte de los obreros, estudiantes, profesionales y mujeres, que capturasteis. Y, entonces, comenzasteis a negar que se nos hubiera capturado. Comenzo nuestro peregrinar por las ciudades del interior. Menudearon los escondrijos en el mismo edificio central de policía. Los meses han ido pasando y los familiares, así como las organizaciones estudiantiles, sindicales, profesionales, etc., arrecian su clamor, su exigencia de nuestra libertad. Estáis metidos en un aprieto.

Cada vez son más frecuentes las solicitudes del recurso de exhibición personal y, en consecuencia, las visitas a las cárceles, de parte de los Jueces Ejecutores; algunos de ellos, bastante honrados, que tratan en forma valiente de ejercer su función a conciencia. Es cierto que este recurso es burlado en mil formas. Hay magistrado de la Corte Suprema de Justicia que después de nombrar al Juez

Ejecutor toma el teléfono para avisar al jefe de la Policía de Investigaciones a fin de que esconda a los reos, de manera que ni por casualidad los encuentre el Juez Ejecutor (respecto a esto, en más de una ocasión Medrano se ha jactado de que el Magistrado Cordón le pone sobreaviso). Pero aún así, la movilización a nuestro favor, comienza a hacer mella en los opresores; los recursos de exhibición personal les hace sentirse como ladrones que van a ser cogidos con las manos en la masa; por momentos se les ve nerviosos.

Una de las muestras de la intensificación de la lucha popular por nuestra libertad es la petición de Exhibición Personal presentada hace pocos días por el Br. Silva en representación de la Asociación General de Estudiantes Universitarios (A.G.E.U.S.), para un grupo de nuestros compañeros. Al mismo tiempo, la exigencia insistente de nuestros familiares se ha tornado incontenible para los carceleros. Ante eso, el mismo Medrano se ve obligado, por temporadas, a dejarnos pasar alimentos y ropa. ¡Hasta las visitas de nuestros familiares han sido posibles ya! (Medrano afirma que las permite a espaldas del Coronel Palomo, Jefe del Servicio Secreto del Estado Mayor del Ejército, que es quien dicta las órdenes más estrictas sobre nuestra rigurosa incomunicación. Siempre que éste asoma su larga nariz por la cárcel, nuevas restricciones vienen a agravar el cautiverio. No en vano los compañeros le han bautizado con el nombre de "Ave negra" o "ave de mal

aguero". Cuando Medrano habla con alguno de los reos políticos, acostumbra decir que este siniestro coronel es el que ordena las torturas para estos).

Sin embargo, oficialmente se sigue negando nuestra detención y, para evitar la evidencia, nos esconden de los jueces que llegan a buscarnos.

Ahora, casi todos los días nos ocultan, no sólo cuando vienen a preguntar por algunos de nosotros, sino también cuando vienen a buscar a cualquier reo común de las otras bartolinas.

Diariamente, después del desayuno nos preparamos. La señal la dan los carceleros cuando llegan con las llaves en las manos, presurosos y jadeantes, mostrando nerviosismo.

—"Pronto, pronto, salgan; no se tarden; fuera, fuera! ".

Nos hacen formar y nos encaminan a las gradas que están junto a la celda No. 6, al lado sur del edificio, y que conducen a los pisos bajos. Su acceso está camuflado, han clavado tablas a su alrededor, simulando una bodega cuya puerta aparece sellada por un grueso madero clavado horizontalmente. Sin embargo, los clavos del travesaño están simulados (cortados por mitad) y, al levantar el mismo, queda al descubierto la chapa de la puerta.

Para escondernos levantan el madero, quitan llave y, cuando ya estamos en el escalerón, empujan la puerta para que vuelva a tomar llave. Un centinela queda al lado de las

celdas, vuelve a colocar el madero sobre la puerta, que nuevamente parece sellada. Pero los reos políticos estamos ya en el escalerón debidamente ocultos del Juez Ejecutor que a grandes voces repite nuestros nombres frente a cada celda. Estamos a distancia suficiente para que no nos pueda oir.

A veces nos detienen en el tramo del 2o.y 3er. piso. Otras, nos conducen hasta el garage del Cuerpo de Bomberos. En más de una ocasión nos han llevado encerrados en ambulancias, hasta los caminos vecinales poco transitados. Allí detienen la ambulancia un rato y luego ordenan el regreso.

En una de tales ocasiones hemos llegado hasta el pueblo de San Antonio Masahuat. Uno de los policías que vienen fuera de la ambulancia, asidos a su parte posterior, sufrió un accidente al desprenderse del vehículo que dio un tumbo en un bache. (Tal policía es conocido con el sobrenombre de "Manguito", por la forma defectuosa de sus mandíbulas). Al regresar, pasamos por la población de San Pedro Masahuat: detuvieron la ambulancia frente a la casa de un comandante que, según dijeron, pronto sería el subdirector de la Policía de Investigaciones en sustitución de Alfredo Torres. Salió a la puerta, y dio permiso de que curaran de emergencia al golpeado. Suprimos su nombre: Adán Torres Valencia.

Ese mismo día, otro grupo de reos políticos ha sido llevado a la carretera del Litoral, por el lado de Conchalío.

Por la tarde nos volvimos a reunir en las celdas.

Para entretener los largos ratos de escondite en las gradas del edificio, hemos hecho tableros de ajedrez y dama. Algunos compañeros juegan mientras los agentes vigilan atentos todos nuestros movimientos.

LA FUGA DEL PROFESOR

11 de agosto. Sigue funcionando el escondite. Nada más que esta tarde no nos dejan en las gradas. Hay más despliegue de fuerzas que de costumbre. Nos conducen al primer piso, al patio posterior contiguo al Cuerpo de Bomberos. Los agentes que hoy nos acompañan no son los que diariamente nos vigilan. Dicen que pertenecen a la 5a. Sección. Se les nota menos expertos, pero más vigilantes. Parece que a los policías más capaces los han enviado en comisión, debido a un asalto a la agencia de un banco en Ahuachapán. Esta vez, quedamos en los corredores interiores del primer piso, junto a las mesas donde comen los agentes de línea. Antes no nos habían escondido aquí. Los judiciales toman posiciones en el patio para ver nuestros movimientos. La mayoría de nosotros conversamos dispersos en pequeños grupos. Algunos se pasean a lo largo del corredor.

El profesor José Celestino Castro se pasea solo. Va y viene, con mucha serenidad. Durante un rato, los agentes no le pierden de vista; pero al fin se acostumbran a su inofensivo trajinar. El profesor, aparentemente está muy absorto en sus pensamientos, de seguro que muy interesantes; pero en realidad está muy atento a la actitud y colocación de los agentes, calculando el momento oportuno de intentar la fuga. Esta es una empresa arriesgada, estando en el seno del propio cuartel e, intentarla, puede costar incluso la vida. Pero el semblante del profesor trasunta tal placidez que parecería que se encuentra perdido en ideas placenteras. Los agentes están encantados con su mansedumbre y cada vez lo ven con menor insistencia. De seguro han de desear que todos los reos sean tan "inofensivos" como él.

Un rato después, nos intriga ya no verle. Suponemos que está en uno de los grupos dispersos por el corredor.

De repente, notamos conmoción entre los vigilantes. De un piso superior preguntan por el profesor. Los agentes, con gritos nerviosos preguntan: "Celestino Castro... Celestino Castro..." Nadie contesta a ese nombre. Nos forman y hacen recuento de reos. El profesor.. ¡ha desaparecido de la propia entraña del edificio resguardado por centenares de policías!

¿Qué ocurrió? En una de tantas vueltas, al llegar al extremo oriental del corredor, el

profesor, audazmente pone en ejecución su plan. Sigue caminando, entra al Cuerpo de Bomberos por la puerta trasera y sigue derecho. El portón que da a la calle está vigilado. Tiene que pasar en medio de los agentes que cuidan el paso. Pero camina tan tranquilo, tan seguro de sí mismo, que a nadie se le ocurre preguntarle quién es, de donde viene, ni para dónde va! El profesor respira con avidez el aire de la calle y, sin apresurarse, se encamina al Consulado de Costa Rica, que está a media cuadra de la Policía. Allí, solicita asilo. Se lo conceden y poco después notifican al gobierno que tienen bajo su protección a un asilado político.

El anuncio sacude a los Jefes de la policía. Con prisa febril nos vuelven a las bartolinas. Arrestan a los vigilantes culpables de descuido. La tarde transcurre en un ambiente de apresurado y nervioso trajinar de los agentes.

Nos ha llenado de admiración la audacia y sangre fría del profesor, que ha realizado tal hazaña, escapándose de este duro cautiverio, de este antro de torturas. En nuestras pláticas recordamos que en la mañana manifestó que trataría de escapar, en vista de la burla constante a los recursos legales.

Rememoramos los meses que nos ha tocado estar juntos. Es tan suave de modales; pero tan férreo en la defensa de sus convicciones. Recordamos cómo regresaba después de las torturas, con los pies amoratados y el cuerpo lacerado; pero tan firme como una

roca. No pudieron doblegarle los verdugos ni con la asfixia, ni con las punzadas de compás, ni con las brasas de cigarrillos encendidos. Maestro respetadísimo, ama entrañablemente a la niñez y a la juventud. Investigador incansable. Recordamos que, cuando nos han permitido salir al corredor a recibir el sol, aprovecha la ocasión para platicar con los muchachos ladrones a fin de indagar sobre su vida. Sobre la base de sus indagatorias está elaborando un plan de reeducación de tal tipo de delincuentes, para luchar contra ese flagelo de la sociedad actual.

Su anhelo es que desaparezca el vicio y la criminalidad y, sin embargo, es tratado con mucho mayor rigor que los más empedernidos criminales, por los malvados que tienen el Poder! Nos consuela saber que, gracias a su arrojo, ha logrado ponerse a salvo de las garras de los verdugos. Nos alegra ver la rabia impotente de sus carceleros. No importa que esa rabia traten de descargarla sobre los que quedamos.

...Al atardecer, nos clasifican. Comisiones especiales nos van llamando por grupos. En uno de ellos va mi compañera. Con un extraño presentimiento nos decimos un adiós con la mano en alto.

Quedamos, por último, sólo 4: el Doctor Juan Antonio Díaz, Miguel A. Cea, José Inocente Guerrero y yo. A media noche, llegan también por nosotros. Amanecemos en la ya conocida cárcel de San Miguel. La

incertidumbre nos lacera. Nos preguntamos contínuamente: ¿dónde estarán los demás compañeros?

Bajo el calor amodorrante, ante los gritos de borrachos y prostitutas de las celdas vecinas, pasamos un día bastante triste.

El pensamiento se deja llevar hacia los otros compañeros. Llevamos casi un año de secuestro. De cárcel en cárcel. Conocemos ya a cada uno de los compañeros de cautiverio. Sus cualidades y sus puntos débiles. Nos alegramos con sus pequeñas alegrías; tratamos de animarles en sus preocupaciones familiares, en sus momentos depresivos. Juntos tratamos de analizar la situación nacional e internacional y de fortalecer nuestras convicciones democráticas. Juntos soñamos con el día en que nuestro pueblo sea feliz y no haya despotismo ni humillante dominación extranjera. Y ahora, otra vez estamos dispersos...

ORDEN DE LIBERTAD

13 de agosto. A la celda nos hacen llegar un periódico. Es un ejemplar de "Diario de Hoy". He aquí lo que encontramos en él:

"INMEDIATA LIBERTAD DE REOS POLITICOS ORDENA CORTE.

"La Corte Suprema de Justicia ha ordenado la libertad inmediata de los reos políticos detenidos en septiembre del año pasado.

Confirmándose de esa manera la resolución del Juez Ejecutor nombrado en las diligencias de exhibición personal solicitadas a favor de dichos reos por miembros de la Directiva de la A.G.E.U.S.

"En julio recién pasado la A.G.E.U.S. hizo una petición de exhibición personal a favor del Br. Manuel Atilio Hasbún, Dr. Inf. Juan Antonio Díaz, Profesor Celestino Castro y señora Tula Alvarenga, afirmándose en la solicitud mencionada que dichas personas se encontraban en las bartolinas de la Policía Nacional. La Corte Suprema de Justicia nombró Juez Ejecutor al Br. Guillermo R. Walsh, quien se apersonó en las bartolinas mencionadas, sin encontrar a los detenidos después de un minucioso registro del lugar. Teniendo conocimiento el Juez Ejecutor que varias personas habían visto a los detenidos en la Policía Nacional las llamó a declarar, habiendo manifestado todas que efectivamente las habían visto en días recientes. Con base en esa prueba testimonial, el Juez Ejecutor ordenó la libertad de los favorecidos y pasó su informe y resolución a la Corte.

"Después de estudiar el informativo instruido, el Alto Tribunal de Justicia confirmó ayer la resolución antes mencionada por medio del auto que en su parte conducente dice:

"Por no haber mérito legal para la detención de los favorecidos Br. Manuel Atilio Hasbún, Profesor Celestino Castro, Dr. Inf. Juan Antonio Díaz y señora Tula Alvarenga,

confírmase el auto del Juez Ejecutor que ordena su libertad. Comuníquese esta Resolución al Sr. Director General de la Policía para su inmediato cumplimiento, debiendo dar cuenta a este tribunal a la mayor brevedad posible..."

He aquí la clave de la precipitada salida de San Salvador. La duda nos acompaña todo el día, sobre el destino de los otros compañeros.

DESTIERRO

14 de agosto. Temprano, sigilosamente, alguien nos pasa un periódico, en un descuido del centinela que fuera de la celda dormita con el fusil sobre las piernas.

La noticia nos electriza:

"14 REOS POLITICOS HALLANSE FUERA DE NUESTRO PAIS.

"Según informes recibidos, 14 de los detenidos políticos se encuentran en Honduras desde antier, con destino desconocido, quedando algunos cuyo paradero se ignora.

"De parte de las autoridades no se ha podido tener un informe al respecto, pero lo anterior se ha sabido por un lacónico cablegrama enviado a la Redacción de Opinión Estudiantil por el Br. Manuel Atilio Hasbún, desde el Puerto de Amapala, Honduras.

"Dicho cablegrama dice así: "Salimos catorce. Quedan cuatro. Firma, Manuel Hasbún". Hasta ahora es el único detalle recibido, ignorándose el nombre de las 14 personas que pasaron por Amapala con rumbo desconocido, así también como el de las otras cuyo paradero no se sabe.

"La Corte Suprema de Justicia ordenó antier la libertad inmediata de los detenidos Br. Manuel Atilio Hasbún, Dr. Inf. Juan Antonio Díaz, Profesor Celestino Castro y señora Tula Alvarenga; habiéndose enviado dicha orden ayer al Director de la Policía Nacional. Pero se ha sabido que algunos reos ya no se encontraban detenidos desde antier, entre ellos el Profesor Celestino Castro, quien se asiló en la Embajada de Costa Rica..."

Ahora, todo está claro. La Corte, no pudiendo por más tiempo, en razón de la presión popular por nuestra libertad, mantener en silencio el secuestro del grueso de los reos políticos (hasta después de 11 meses ha caído en la cuenta de que están presos), se ha visto obligada a ordenar su libertad y esta vez ha confirmado la orden dada por un Juez Ejecutor. ¡Es, indudablemente, un gran triunfo de nuestro pueblo! La policía ha tenido que deshacerse de la mayoría de reos políticos. Sin embargo, ¿les ha puesto en libertad? De ninguna manera. Ha recurrido a otro atropello más de los derechos constitucionales. Al destierro. Por la procedencia del cablegrama se comprende que han sido confinados en la Isla del Tigre, de la República de

Honduras, situada en el Golfo de Fonseca.

Con ayuda de otro gobierno lacayo del imperialismo, la orden de "libertad" se convierte en confinamiento forzoso en una isla de otro país. Tal es la democracia del "mundo libre"...!

SOLOS

Regresamos. Esta vez, a la No. 2. Qué triste y desolada se vé la cárcel, a pesar de que las celdas de ladrones y reos comunes permanecen tan llenas como siempre. En cambio, las celdas que ocupaban los compañeros están aún vacías. Nos sentimos contentos de que los compañeros ya no estén en ellas. Pero el corazón humano tiene sus contraste. Sentimos, al mismo tiempo, profunda melancolía: ¡nos hace falta su presencia!

Hablamos poco. Nuestro pensamiento está muy lejos. En una isla.

—"Caramba, ni siquiera pudieron dejarlos en tierra firme".

—"Son malvados estos canallas".

—"Pero el pueblo hermano no dejará estar mucho tiempo allí a los patriotas salvadoreños. Los rescatará. Se indignará al saber que en una de sus islas están confinados por encargo del gobierno de otro país".

—"Esta es una prueba más de cómo los gobiernos lacayos se complementan unos a otros. Una muestra más de la "asistencia"

antidemocrática de los gobiernos sometidos a Washington".

Ahora después de tantos meses, hemos quedado definitivamente solos. Es inquietante pensarlo. Han hecho muy bien los compañeros al dar a conocer que todavía hemos quedado cuatro. Ya no estamos ignorados. Afuera nuestro pueblo está pendiente de nuestra seguridad.

***

...Por la noche, a través de los barrotes de la ventana que da hacia el oriente, sobre la silueta de la Iglesia de la Merced, veo la luna. Una luna grande y blanca que ahora me parece más bella que nunca. La misma que en estos momentos inunda con luz plateada una Isla del Golfo de Fonseca. Pienso que mi compañera también la está viendo y que, a través de ella, me envía su pensamiento y su mensaje de esperanza y de fe en el futuro.

La imagino sentada en una roca, mientras las fosforescentes olas, brillando a la luz de la luna, lentamente van a morir a sus pies.

...Sí, indudablemente que nos volveremos a ver. La vida triunfa sobre la maldad y la opresión. También nuestro pueblo triunfará inevitablemente sobre la tiranía militar y el yugo semi colonial. Con su fuerza de gigante, indefectiblemente conquistará libertad, felicidad, trabajo, instrucción y alegría para todos los seres que habitan esta amada Patria.

INDICE

Este libro se terminó de imprimir el mes de diciembre de mil novecientos ochenta en los talleres gráficos de Librería, Imprenta y Litografía Lehmann, S. A. San José, Costa Rica, A. C.

ISBN-84-8360-019-6



EDITORIAL UNIVERSITARIA
CENTROAMERICANA (EDUCA)

SECUESTRO Y CAPUCHA EN UN PAIS DEL 'MUNDO LIBRE' es más que relato y testimonio: es la denuncia viva de la detención arbitraria a que son sometidos los hombres que en Centroamérica dedican su vida a divulgar la idea de la democracia y la libertad. Esa detención arbitraria proviene, irónicamente, de aquellos que constituidos en dueños del Estado deberían evitar el ejercicio del secuestro, la tortura, el asesinato político.
SECUESTRO Y CAPUCHA, de Salvador Cayetano Carpio, refiere —a veces en forma que nos resistimos a creer— la crueldad y sadismo con que se le mantuvo preso por más de un año en una de las cárceles clandestinas del gobierno de El Salvador, lo ilegal de su arresto, lo sistemático y estructurado de esta conducta ya común en el país, y, sobre todo, nos permite asomarnos, siquiera medianamente, a toda la maquinaria del terror unificado que funciona tras la fachada estatal de la nación más pequeña de Centroamérica, hoy convulsionada por las causas sociales denunciadas en SECUESTRO Y CAPUCHA.

COLECCION DEBATE